

Triángulo Azul. Los republicanos españoles en Mauthausen. M. Constante, M. Razola

Triángulo Azul

Los republicanos
españoles
en Mauthausen

Mariano Constante
Manuel Razola





GOBIERNO DE ARAGON



Departamento de Educación, Cultura y Deporte

El campo bordeaba la carretera principal. Tal circunstancia no modificaba en nada el comportamiento de los SS. Y los niños, que cada mañana se dirigían a la escuela, eran a menudo testigos de sus crímenes. El camarada Santiago, que trabajó más adelante en la construcción del muro que rodearía el campo, no vio jamás a esos niños detenerse ni dar la sensación de ver estas escenas terroríficas, así como tampoco a los hombres electrocutados que aún no habían sido retirados de las alambradas de púas a las que estaban asidos.

© de los textos: sus autores

© de las fotografías: Amical de Mauthausen y M.H.C.

Edición: Gobierno de Aragón.

Departamento de Educación, Cultura y Deporte y Amical de Mauthausen.

Diseño y maquetación: Jesús Lapuente Imprime: Gráficas Alós

ISBN: 978-84-8380-113-0

Depósito Legal: Hu. 209/2008

- [índice](#)
- [Primera Parte](#)
 - [Patricio Serrano](#)
 - [Razóla](#)
- [Segunda Parte](#)
 - [Sebastián Mena](#)

- [Razóla](#)
- [Angel Hernández García](#)
- [Tercera Parte](#)
 - [Razóla](#)
 - [Objetivos, fuerzas y medios de acción del AMI](#)
- [Cuarta Parte](#)
- [Oficiales](#)
- [Deportados](#)
- [Resistencia](#)
- [Liberación](#)

índice

Presentación

El objetivo esencial del programa “Amarga Memoria”, puesto en marcha en el año 2004 por el Departamento de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón, es la recuperación del patrimonio, tanto material como inmaterial, del período comprendido entre la proclamación de la II República y la recuperación de las libertades democráticas. Pero este objetivo va más allá de lo acaecido en España, y “Amarga Memoria” no se olvida de recuperar y difundir la memoria de aquellos exiliados, emigrados o deportados que se vieron obligados a vivir fuera del país.

Triángulo azul. Los republicanos españoles en Mauthausen es el desgarrador relato de algunos de los republicanos españoles que sobrevivieron a uno de los campos de concentración más terribles de la Alemania nazi. A través de las palabras de estos deportados es posible empezar a conocer, que no comprender, el infierno que fue Mauthausen.

El lector se enfrenta a un libro duro, a una verdadera fotografía del horror. Pero también a la historia de personajes anónimos convertidos en héroes de una lucha cotidiana contra lo más depravado del ser humano. Los testimonios nos hablan de ejemplos de solidaridad colectiva, pequeños hurtos al avituallamiento de la SS, y una potente organización clandestina como clave de la supervivencia de los españoles que sobrevivieron a la muerte en Mauthausen y sus subcampos.

Hemos de recordar que en su gran mayoría los primeros españoles que llegaron a Mauthausen no sabían lo que les esperaba y desconocían por completo la existencia de estos lugares. Hoy en día, a través del testimonio de los deportados supervivientes conocemos parte de lo sucedido en los campos de concentración nazis. Sin embargo, es imposible llegar a imaginar el grado de sufrimiento que vivieron sus ocupantes, a pesar de leer las narraciones tan detalladas que se recuperan en este libro.

Departamento de Educación, Cultura y Deporte

Prólogo a la presente edición

La aparición en 1979 de la edición española del libro *Triángulo Azul*, publicado

por Península, significó un aldabonazo para el conocimiento y difusión -en aquellos años de transición política y de recuperación de las libertades democráticas, pero también de sacrificios y renunciaciones personales y colectivas- de la dolorosa y terrible experiencia que miles de compatriotas sufrieron en el campo nazi de Mauthausen (Austria) desde agosto de 1940 hasta mayo de 1945.

Mariano Constante, en las palabras que ha preparado para esta ocasión, nos explica brevemente la gestación del libro y de cómo se recopilaron los testimonios de los supervivientes participantes, pero nos parece preciso destacar la ayuda imprescindible de los deportados franceses organizados en la Amicale parisina para que el proyecto se pudiese llevar a buen puerto: Emile Valley, Pierre Daix, el matrimonio brigadista formado por Artur London y Lise Ricol -checo él y de ascendencia aragonesa ella- fueron determinantes para que la primera edición pudiese ver la luz en 1969.

El libro ayudó a conocer y a situar el fenómeno de la deportación republicana en el contexto de la deportación europea. Los testimonios personales recogidos y seleccionados por Mariano Constante y Manuel Razóla mostraban al público lector cuál había sido el itinerario colectivo de aquel grupo de hombres que, inmersos en los avatares del drama europeo, acabaron siendo deportados a Mauthausen, tras haberseles negado, por parte del gobierno de Franco, su condición de ciudadanos españoles y encontrarse, por ello, abandonados a la crueldad ignominiosa de los verdugos nazis. En Mauthausen, cosido a sus miserables atuendos, llevaban un triángulo azul, color reservado a los apátridas, sobre el que destacaba una “S” que los reconocía como “spaniers”. ¡Qué contradicción tan ofensiva y cruel: apátridas españoles!

Como ya hemos indicado, la edición española se publicó 10 años después y tuvo el acierto de complementar el texto con un apéndice -que no apareció en su edición en francés- con el listado de los españoles asesinados en Mauthausen-Gusen y que había sido confeccionado gracias a las fichas escondidas por los republicanos Josep Badina, Casimiro Climent y Juan de Diego, que trabajaban en las oficinas del campo. Aquella lista de nombres, indicando el lugar, fecha de nacimiento, el campo donde murieron y la fecha de su muerte, fueron claves para que en muchos pueblos del país se conociese la identidad y la existencia de convecinos que sufrieron deportación a los llamados *campos de la muerte*. Aún hoy es bastante normal encontrar familiares de víctimas, en pequeños pueblos de cualquier rincón de España, que conservan un ejemplar ya amarillento, como una auténtica reliquia familiar, con el nombre subrayado de su padre, hermano,

tío o abuelo, como prueba de su trágico destino y de quienes, en muchos casos, tardaron años en conocer cuáles habían sido las circunstancias de su silencio, desaparición y muerte. Al listado de los muertos en Mauthausen-Gusen se añadían otros menores como el de los denominados “transportes fantasmas” que, partiendo del campo central, iban a parar -ahora lo sabemos- al cercano castillo de Hartheim, donde fueron gaseados unos 500 republicanos españoles a lo largo de los años 1941 y 1942.

El itinerario de los republicanos -*los triángulos azules*- queda recogido de forma explícita en el libro y no vamos a extendernos en ello, pero nos parece conveniente remarcar dos de las especificidades propias de la deportación republicana. La primera de ellas hace referencia al periodo de tiempo de intemamiento: el primer convoy, con republicanos a bordo, ingresó en Mauthausen el 6 de agosto de 1940 y su llegada continuó de forma intermitente a lo largo de 1941 y 1942, de esta forma el colectivo español -nos referimos a aquellos que superaron la muerte en aquel duro y gélido invierno del 1941- se convirtió en uno de los que más tiempo permaneció en un campo de concentración nazi. La segunda característica, propia de los deportados españoles, nos sitúa en los días inmediatos a su liberación: cuando todos los supervivientes, de las diferentes nacionalidades, se disponían a regresar a sus respectivos países de origen, se hizo más evidente y dramática su situación: ¿adonde dirigir sus pasos?, ¿podrían regresar a España de inmediato?, ¿qué país se haría cargo de ellos? Solo la respuesta positiva de Francia permitió su repatriación a territorio francés y ser tratados como los deportados nacionales en aspectos básicos de salud y primeros auxilios.

Pasaron los primeros meses y -al igual que el resto de republicanos exiliados- comprobaron que Franco seguía en el poder, alejándose el momento del regreso y del encuentro con los suyos. Fue un largo exilio; un exilio de pérdidas irrecuperables, de ilusiones y encuentros aplazados. Muchos de los supervivientes de los campos de la muerte siguieron exiliados para siempre, unos murieron sin ver la España democrática por la que tanto habían luchado, otros pudieron volver alguna temporada, casi de forma clandestina, amparándose en la nueva nacionalidad que les había concedido el Estado francés, y sólo unos pocos regresaron durante los años siguientes a la liberación.

De este último grupo de ex deportados nació en 1962 *la Amical de Mauthausen y de otros campos y de todas las víctimas del nazismo de España*, un nombre largo pero que sintetizaba la necesidad de dar cobijo a quienes por motivos diferentes

habían sufrido, en sus propias carnes, el zarpazo del nazismo hitleriano. De forma clandestina aquella incipiente Amical realizó una encomiable labor de búsqueda de víctimas y de familiares por todo el Estado, ofreciéndoles asesoramiento legal para reclamar sus derechos pero también un espacio para compartir su propia historia y encontrar el necesario apoyo moral.

Hoy la Amical, en plena transición generacional, se enorgullece de haber promovido la reedición de este libro dirigido, principalmente, a esas nuevas generaciones que no habiendo participado ni en la Guerra Civil ni en la transición piden saber qué pasó en este país, tras décadas de mentiras y de silencio.

El acuerdo entre la Amical y el programa Amarga Memoria, del Gobierno de Aragón, es una demostración más de la necesaria colaboración entre las asociaciones memorialistas y las instituciones, responsables de las políticas públicas de memoria para dar a conocer nuestro pasado, las luchas colectivas y los sacrificios personales de quienes no dejaron de soñar, incluso en los peores momentos y soportando las condiciones más adversas, en una sociedad donde las palabras justicia y libertad tuviesen pleno significado. Con la reedición de este libro queremos contribuir, aunque sea de forma simbólica, a saldar la enorme deuda que tenemos con todos aquellos hombres y mujeres, luchadores anónimos por la democracia, a quienes es mucho lo que debemos.

Juan M. Calvo Gascón

Amical de Mauthausen

Triángulo azul

Precisiones y explicaciones de su redacción

Debido a nuestra fraternal amistad familiar y nuestras relaciones dentro de la Amicale francesa de Mauthausen, en donde siempre fuimos escogidos para dirigirla con el amigo Manuel Razóla, nuestra amistad y fraternidad continuó siendo tan importante como lo había sido en el campo de Mauthausen durante los casi cinco años de torturas y encierro. Nos veíamos con frecuencia en las reuniones en París de nuestra Amicale francesa. Esto hizo que, a partir de 1950, los dos decidiéramos redactar un “libro testimonio” de lo que habían sido los cinco años de nuestra deportación al campo de exterminio de Mauthausen. Allí

plasmariamos los testimonios solicitados a los compañeros republicanos españoles de Mauthausen. Nos pusimos de acuerdo para poder explicar en un libro todas las peripecias pasadas en aquel antro, las torturas y la muerte de la mayoría de nuestros compatriotas entre las manos de los malditos SS. Enviamos cartas explicativas a todos los ex deportados españoles solicitando su participación. Pocas semanas más tarde teníamos la respuesta, casi total, de todos ellos, que nos aportaron sus testimonios, andanzas y sufrimientos en el campo.

Sobre mí recayeron las correcciones y traducciones (ayudado por mi compañera francesa). Fue un trabajo titánico el traducir aquellos “garabatos” medio españoles, medio franceses y alemanes, hasta poner en todo un poco de orden. En pocas palabras, así nació el *Triangle Bleu* que logré presentar a Gallimard, editorial francesa de París.

Su presentación, que daba a conocer el cómo y el porqué del ensañamiento de los nazis-SS hacia nosotros, fue un éxito histórico en

París. Las dificultades, los obstáculos serían difícilmente narrados, pero éramos REPUBLICANOS ESPAÑOLES y esto nos imponía el seguir nuestra línea de conducta para que el mundo pudiera conocer lo que había sido el vía crucis de los combatientes antifranquistas durante la II Guerra Mundial, tras la pérdida de nuestra lucha en el interior de España.

Narrar y explicar lo que fue la aparición y creación del libro sería un objetivo indescriptible; pero el deseo nuestro era el de no olvidar nada de nuestras luchas y sacrificios en el campo de la muerte. Hubo muchos problemas para llevar a buen puerto aquel trabajo, pero conseguimos que nuestro denuedo fuese satisfecho con el fin de que nadie quedara olvidado.

Creo haber cumplido mi promesa y sé lo que no dudo: “mis objetivos van hacia ello”. Habrá errores, pero se podrá comprobar que el objetivo final que nos habíamos propuesto lo habíamos cumplido con la voluntad de que ni ahora ni jamás queden en *lettre* muerta, como dicen los franceses. Nuestra historia, nuestras vivencias, nuestras aventuras sin reconocer errores ni fallos. Pero frente a todo, es también una satisfacción el pensar que los españoles, todos aquellos de aquella España libre y democrática, aporten al mundo el conocimiento de todas las acciones para lograr la paz, la tolerancia y el respeto humano.

Nuestra tozudez ha tenido el objetivo previsto al principio: honrar nuestra causa, nuestros ideales y que España pueda enorgullecerse de aquel puñado de irreductibles que por doquiera supieron dar ejemplo de valor y hasta llegar al sacrificio total, dando una visión al mundo de nuestros ideales republicanos.

Habrán frases dudosas o incomprensibles, los 87 años, pronto los 88 años, deben tenerse en cuenta; sin embargo, pienso que es un deber el aportar mis testimonios que son los de todos los republicanos españoles allá donde el destino los condujo a mostrar su voluntad de luchar por una justa causa. No luchamos y vivimos para hacer “Historia”, pero sí merece la pena tenerlo en cuenta y que en nuestra tierra se conozcan nuestras peripecias para que nada quede olvidado.

Mariano Constante *Montpellier, 2007*

Triángulo Azul

Los republicanos españoles en Mauthausen

Prólogo

Esta obra está basada en los testimonios de los españoles del campo de concentración hitleriano de Mauthausen. Dicho en otras palabras, evoca la suerte que más comúnmente conocieron los combatientes republicanos de la Guerra Civil que cruzaron la frontera francesa en febrero de 1939, tras la caída de Cataluña. Internamiento en Francia en campos de prisioneros como Gurs y Arge-lés, reclutamiento de grado o por fuerza en compañías de trabajo durante la guerra de 1939-1940, alistamiento en el regimiento de marcha de los voluntarios extranjeros; para aquellos que habían conseguido zafarse del internamiento y que no habían sido hechos prisioneros por los alemanes, su captura durante la Resistencia por la policía de Vichy o por la Gestapo vino a significar, a fin de cuentas, la misma suerte: la deportación en los campos de concentración nazis. Y salvo en el caso de estos últimos que, tratados como los resistentes franceses, fueron, al igual que ellos, dispersados en los diferentes campos de la muerte lenta, el centro de concentración de los “triángulos azules” -el triángulo peculiar de los *Rot-spanier*, de los “rojos españoles”- fue el campo de Mauthausen. Los primeros españoles en ser internados en dicho campo llegaron a finales de la campaña de Francia, en agosto de 1940. Después de los polacos, deportados desde septiembre de 1939, los españoles fueron los primeros prisioneros de raza no germánica que ingresaron en ese campo austríaco, pero sobre todo el primer

grupo de deportados constituido sobre una base política común, la de la lucha antifascista. En efecto, si bien desde el origen de los campos de concentración estaban recluidos en éstos antifascistas alemanes y, posteriormente, austríacos, siempre se les había mezclado con reclusos de derecho común; en cuanto a los polacos, éstos habían sido detenidos por el mero hecho de pertenecer a dicha nacionalidad.

Los españoles tuvieron que afrontar el sistema de los campos de concentración hitlerianos en unas condiciones especiales y especialmente horribles. En primer lugar, porque todos los testimonios de los supervivientes concuerdan en que en dicho periodo de embriaguez de grandes victorias, los SS hicieron reinar en los campos el tenor más bestial y que ésta fue la peor época de toda la historia de los campos de concentración. Luego, porque Mauthausen, campo creado en Austria después del Anschluss, pertenecía a la categoría III, ¡la más espantosa! *Vernichtungslager*, un campo de exterminio, como el de Flossenburg; no siendo Buchenwald más que de categoría II y Dachau, I. Finalmente, porque los españoles representaban para los hitlerianos el prototipo del adversario que debía ser eliminado y que tuvieron que hacer frente a ese aniquilamiento tras acabar de salir de largos años de sufrimientos, yendo a parar a un penal atroz del que no comprendían ni los reglamentos ni el idioma de los verdugos.

Fue, pues, a los españoles republicanos a quienes incumbió el inventar una forma de organización de resistencia adaptada a dicho infierno. Dos años más tarde, la llegada masiva de resistentes checoslovacos iba a aportar a dicha organización numerosos cuadros conocedores de la lengua alemana en el momento en que la utilización sistemática para la industria de guerra nazi de la mano de obra deportada, obligaba a los SS a desarrollar una administración adecuada de los detenidos. A partir de 1943 y, sobre todo, de principios de 1944, los grandes convoyes de resistentes franceses que llegaron a dicho campo acabaron de dar a esta organización su carácter internacional de agrupación de todas las tendencias de la resistencia al fascismo.

Personalmente, es a dicha organización a la que debo yo la vida. La deuda de gratitud colectiva de los franceses de Mauthausen, primero con los españoles, y luego, para con los checoslovacos, es inconmensurable. De no haber sido por ellos, de no haber sido por esa organización que habían logrado estructurar en medio de la angustia y de las torturas, a costa del sacrificio de tantos de los suyos, jamás los grandes convoyes a los que antes me refería hubiesen podido “agarrarse” a aquel mundo de Mauthausen. Y en vez de regresar a nuestros

hogares uno de cada tres, tal como lo hemos conseguido, no hubiésemos regresado más que uno de cada cinco, uno de cada siete, quizá uno de cada diez.

Si esta deuda no es más conocida, mejor reconocida, la culpa de ello no hay que achacarla a la gran masa de los supervivientes franceses. El hecho de que la organización clandestina de resistencia del campo estuviese estructurada a base de compartimentos estancos les ha impedido conocer a fondo su funcionamiento y, menos aún, su historia. Esta historia no ha sido escrita hasta ahora. Por lo expuesto anteriormente, se comprenderá fácilmente por qué son los españoles los primeros en relatarla. Así y todo, queda por aclarar el motivo por el cual han tardado más de veinte años en hacerlo -las dificultades materiales de la puesta a punto de este libro habiendo demorado en tres años más, por lo menos, su proyecto inicial; dificultades a las que se han visto sometidos, pero que no se les puede imputar en forma alguna—.

Ciertamente, este libro es explosivo.

Pero no de forma directa, inmediata.

Lo que quiere decir es que sus autores no se han visto obligados a esperar que el tiempo despejase tal o cual caso individual. Revelan muchas cosas, incluso muchas más de las escritas hasta ahora en todos los libros publicados sobre la deportación, aun cuando no hagan revelaciones propiamente dichas. No eran depositarios de ningún secreto que tuviesen la obligación de guardar. Tan sólo lo eran de una verdad a la vez histórica e internacional, es decir, sin manipulación alguna.

Cada vez que ante testigos de un acontecimiento trascendental y complejo alguien pregunta: “¿por qué ha tardado tanto en aportar su testimonio?”, es al que formula tal pregunta a quien hay que sentar en el banquillo. Y ello porque implica, las más de las veces de forma inconsciente, el intento de reducir tal acontecimiento a las normas cotidianas, de tergiversarlo, de entorpecer su información, su comunicación. Pronto hará un cuarto de siglo que nosotros, los supervivientes, tenemos que hacer frente a ese tipo de preguntas. Cuando escribí mi novela *La Dernière Forteresse*, de ello hace cerca de veinte años, ya se sorprendía la gente de que hubiese tardado cinco años en publicarla. Por aquellos entonces, ya sabía yo que esos cinco años habían sido bien aprovechados. Que aportaba mucha más información que mis predecesores. Calculaba que habían relatado el 25 o 30% de la verdad, y que yo rebasaba el 50%.

Hoy en día, me doy cuenta de que la diferencia no estribaba entre mi libro y los que le precedían -o los que le siguieron-, sino entre todos ellos y una obra como ésta que presento.

No nos preguntábamos por aquellos entonces cuál era el sentido de lo que habíamos vivido. Eramos los vencedores. Habíamos vencido al nazismo, y de manera más general aún al fascismo y su terror, habíamos hecho fracasar su programa de exterminio. Queríamos que nuestros muertos fuesen honrados y que su ejemplo hubiese servido para algo. Transmitíamos un mensaje, a nuestros ojos, límpido y evidente. Nos había afectado sobremanera el tener que probar ante los escépticos la realidad de los horrores que habíamos vivido. Más penosa aún, más humillante si cabe, fue la necesidad de afirmar que habíamos salido sin perder un ápice de nuestra condición de hombres de esa empresa de deshumanización ante aquellos que no trataban de hallar en nuestros testimonios más que lo que se nos hubiese podido contagiar de nuestros verdugos. Y hemos acabado por creer que también habíamos vencido al fascismo, en el terreno de la moral.

Hoy en día, sabemos que, según palabras de Aragon, “a nada es adicto el hombre para siempre”. Ha habido camaradas nuestros de deportación que han ordenado, practicado la tortura y justificado su utilización sistemática en las guerras coloniales y en Argelia; ha habido camaradas nuestros de deportación que han ordenado, practicado la tortura y justificado su utilización sistemática durante la inquisición estaliniana en los países socialistas. Y se ha visto cómo, en Praga, antiguos deportados no tan sólo hacían torturar a sus camaradas de campos de concentración para obtener de ellos confesiones manipuladas, sino también cómo ratificaban, en su calidad de ministros, presidente del Consejo, presidente de la República, secretario general del Partido, aquéllas de esas confesiones manipuladas que transformaban a las organizaciones de resistencia de los campos donde habían militado¹, codo con codo, en antros de la Gestapo.

Los hombres que prestan testimonio en este libro, españoles de la diáspora de la Guerra Civil, han vivido en sus diferentes lugares de exilio, en París, Praga o Moscú, los dramas a los que acabo de referirme. Algunos de los suyos fueron víctimas, directas o indirectas, de tales circunstancias. Para mayor escarnio, sus camaradas de lucha, verdaderos estandartes de la solidaridad proletaria y revolucionaria internacional, los voluntarios extranjeros de las Brigadas Internacionales, se vieron, de la noche a la mañana, en todo el ámbito socialista, e incluso algo más allá, tras la ruptura de 1948 entre Tito y el Kominform,

puestos en el índice de la comunidad antifascista, denunciados como agentes del imperialismo y de los servicios secretos occidentales o, incluso, hitlerianos, pudiéndose citar a Rajk como símbolo de los que perecieron como mártires de esa infamia.

Desearía que antes de iniciar la lectura de ese libro, se aquilatase lo que representó, para esos combatientes que soportaban las condiciones ya de por sí tan penosas de un exilio del que no veían ni el fin ni el desenlace, el verse por añadidura zaheridos de esta suerte en su mismísima razón de vivir: su honor de revolucionarios; el ver a los suyos -el verse a sí mismos- despojados del sentido mismo de su compromiso, de todo cuanto les había ayudado a soportar la guerra, la derrota, las humillaciones de toda índole que sufrieron a continuación. Y los desgarramientos, las dudas, la sospecha que surge entre compañero de armas y compañero de armas. Y todo esto sabido también por aquéllos de los camaradas que, habiendo regresado a España, han sabido conservar la frente muy alta...

Que esos hombres hayan tardado veinte años para llevar a buen puerto la empresa de recopilar sus testimonios sobre su deportación en Mauthausen, para llevar a cabo una comunidad de memoria, de enjuiciamiento y de perspectiva sobre sus luchas en los calabozos del enemigo, se debe no tan sólo a lo que han tenido que vivir desde su liberación, sino también a lo que tenían que relatar. Se comprenderá, tras finalizar la lectura de este libro, que lo que tenían que relatar no puede dissociarse de lo que han vivido. Antes de Mauthausen. Pero también *después* de Mauthausen.

Mi papel en este libro es el de un traductor por lo que se refiere a determinados textos, más bien el de un compaginador que el de un presentador propiamente dicho. La búsqueda y la recopilación de los testimonios, las directrices de la investigación, el equilibrio de las diferentes partes son obra del grupo de autores. Me he limitado a hacerles algunas sugerencias, y ello tanto más cuanto que me honro de conocer a algunos de ellos desde que trabajamos de concierto en la organización de resistencia de Mauthausen. Esto me ha permitido incitarles a salirse de su reserva por lo que a su papel personal o a su biografía concierne. Por tanto, en lo que sigue, se hallarán determinados pasajes de transición y notas escritos por mí (vienen en cursiva). La introducción de este libro, que abarca los testimonios de los autores sobre su vida entre su llegada a Francia y su deportación, ha sido escrita a petición de Pierre Nora, que ha estimado, con toda la razón, que resultaba imprescindible que el público francés fuese puesto al corriente de lo que aconteció por aquellos entonces.

Las fotografías que ilustran este libro son fotos originales tomadas por los SS y que dos deportados españoles, Antonio García y Francisco Boix, empleados en los laboratorios fotográficos del campo de concentración, sustrajeron y escondieron con riesgo de su vida, por orden de la organización clandestina española, con el fin de que sirviesen de testimonio sobre lo que había sido realmente el nazismo. Fue Francisco Boix, miembro de la organización de resistencia de la juventud española, quien las hurtó y las sacó del laboratorio. Este libro da cumplida respuesta a su anhelo. Paco Boix falleció, hace diecisiete años, a resultas de una grave enfermedad. Teníamos la misma edad y estábamos alojados en el mismo barracón. A menudo he pensado en él mientras llevábamos a cabo este trabajo.

1

Donde algunos de ellos se habían abstenido de militar por no creer en la posibilidad de una resistencia colectiva.

Primera Parte

De los campos de internamiento en Francia a la deportación a Mauthausen

Cuatro fueron los conductos que llevaron a los españoles que habían combatido en las fūas republicanas a los campos de concentración nazis: las compañías de trabajo, los batallones de marcha de los voluntarios extranjeros, la deportación de civiles, la Resistencia en Francia. El primero fue el principal. También es aquel cuya historia se inicia con el paso de la frontera francesa tras la caída de Cataluña, en febrero de 1939.

Manuel Razóla es un campesino. Ha nacido en 1909 en la provincia de Guadalajara. Durante la guerra española ocupa un puesto de responsabilidad dentro de la administración civil, antes de ser trasladado, en agosto de 1938, a una unidad de asalto. Mariano Constante, por su parte, ha logrado fugarse en 1937 de las cárceles franquistas. Nacido en 1920, es ascendido, siendo aún muy joven, al empleo de teniente. Será pues en calidad de oficial que cruzará la frontera. Patricio Serrano ha nacido en abril de 1917 en Madrid. Ebanista de profesión, también él ha alcanzado la graduación de teniente. Hecho prisionero por los alemanes en Saint-Dié, llegará al campo de concentración en diciembre de 1940 y será transferido a Gusen el 17 de febrero de 1941. Allí es donde lo hallaremos de nuevo, después de los ivlatos referentes al campo central de Mauthausen.

Lo que esos tres hombres exponen aquí acerca de los campos y compañías de trabajo franceses constituye el calvario de la gran mayoría de los combatientes republicanos españoles. Un calvario del que nosotros, franceses, no podemos, treinta años más tarde, seguir las estaciones sin cargar con el peso de nuestras responsabilidades nacionales y sin experimentar vergüenza.

Razóla

En el transcurso de la primera quincena del mes de febrero de 1939, pasamos a Francia más de quinientos mil hombres, mujeres y niños. Estábamos convencidos de que habíamos perdido una batalla importante, pero muchos de nosotros pensábamos que nuestra guerra no estaba aún perdida. En las provincias centrales, el ejército republicano seguía luchando y resistiendo. Suponíamos que

las democracias occidentales no podían aceptar en forma alguna la victoria del fascista Franco y creíamos que las autoridades francesas nos ayudarían a regresar a España para reanudar la lucha. Como la acogida que nos reservaban las autoridades francesas no fue ni la que nosotros nos esperábamos, ni la que nos merecíamos, pronto caímos en la cuenta de que nuestras ilusiones eran vanas y de que la República española estaba perdida. Tan sólo una conflagración general podría devolvemos la posibilidad de reconquistarla.

A pesar de la solidaridad del pueblo y de los demócratas franceses, se nos trató peor que a un ejército enemigo. Tras el paso de la frontera nos dejaron durante semanas y meses enteros en las montañas aún cubiertas de nieve y en las playas, sin más resguardo, en estas noches de invierno, que la manta que habíamos utilizado durante toda la guerra. Los objetos personales que nos habíamos traído con nosotros nos eran arrebatados a la fuerza o comprados por un cacho de pan. Para comer, nos daban un trozo de carne cruda como si fuéramos perros.

Al día siguiente de llegar los primeros de nosotros, las autoridades francesas -de común acuerdo con los franquistas- abrieron un campo de internamiento para todos aquellos que deseaban regresar a España: lo llamábamos el campo de Franco. En efecto, los franquistas tenían en éste múltiples posibilidades para ejercer su propaganda. A menudo ocurrió que los heridos, las mujeres y los niños fuesen enviados a la fuerza a dicho campo. Los más débiles también se refugiaban en él, teniendo fe en los agentes franquistas, que les prometían que nada les ocurriría en la España nacional. Nosotros les advertimos de que serían fusilados en cuanto volvieran. Y, desgraciadamente, es lo que ocurrió las más de las veces.

Posteriormente, fuimos trasladados al interior del país, a Saint-Cyprien, a Barcarés o a Argeles. Por lo que a mí concierne, fui enviado junto con otros muchos miles a Septfonds. En esos lugares, parecía enteramente como si Francia no dispusiese del sitio suficiente para acogernos. Nos apiñaban como a animales, viéndonos obligados a comer y a dormir al lado de las letrinas. El campo, rodeado de alambradas de púas, estaba vigilado por soldados senegaleses. Para colmo, el mes de abril de aquel año fue muy lluvioso y nuestro campo se convirtió en un verdadero lodazal. A medida que íbamos construyendo barracones, nos transferían a ellos. Así es como fueron creados por los republicanos españoles los primeros campos de internamiento en Francia.

Dichos barracones eran mucho peores que los de los campos de concentración

alemanes. No estaban tapados más que por la parte trasera y en los dos extremos. Cuando llovía, la lluvia entraba por todos lados. Para dormir, echábamos paja sobre el suelo. Nos veíamos obligados a dormir vestidos todos nosotros dado que no teníamos mantas. La alimentación estaba reducida al mínimo. Por supuesto, aun cuando estuviésemos acostumbrados a esas condiciones de vida difíciles por todos aquellos años de guerra, la situación y la clase de existencia actuales eran mucho peores.

Una vez hubieron quedado contruidos los barracones, ya nada nos obligaba a trabajar. Pero, ¿cómo soportar una vida tan miserable y monótona? Los que se conformaban con tal estado de cosas no tardaban en hundirse en la más profunda desmoralización. Jamás en nuestras trincheras españolas nos habíamos visto acosados por tantos piojos y pulgas. Pronto la espantosa ausencia de higiene propició la aparición de numerosos casos de disentería, a veces mortales. Mientras tanto, éramos calumniados constantemente, arguyendo que habíamos venido a Francia a comer el pan de los franceses. Y ello, cuando las autoridades sabían pertinentemente el gran valor del material de guerra y de todo cuanto habíamos pasado a Francia para no dejarlo en manos de los franquistas. Pero todo ello no sirvió para nada. Los dirigentes del campo se ensañaban con nosotros, haciéndonos la vida imposible, multiplicando las presiones y las vejaciones. Los patronos tomaron la costumbre de acudir al campo para reclutar mano de obra. Sin embargo, la mayoría de nosotros rechazó, por dignidad, esa esclavitud disfrazada que se nos ofrecía. La desesperación provocó no pocos regresos a España y se empezó a amenazar a aquellos que se resistían a ello, con devolverlos a la fuerza a su país si no se decidían a alistarse en la Legión extranjera o en los batallones de marcha de los voluntarios extranjeros. Nuestra dignidad de combatientes de una causa justa nos impedía ceder ante esos chantajes ignominiosos. No nos era posible olvidar que ese gobierno que nos avasallaba había abandonado en poder del fascismo a Austria, a Checoslovaquia y a la República española. Si, a nuestra llegada a Francia, hubiésemos visto en este gobierno una clara determinación de luchar contra el nazismo, todos nosotros hubiésemos sido voluntarios para reanudar la lucha contra nuestro enemigo. Pero, de su actitud para con nosotros, de su represión, habíamos deducido que se trataba de un gobierno de capitulación.

Flabía, pues, que resistir. “Mejor morir de pie que vivir de rodillas”. Fue entonces cuando reestructuramos nuestras organizaciones para poner, a todos aquéllos sobre quienes podíamos ejercer influencia, en condiciones de afrontar todas las situaciones que pudiesen presentarse. Tal programa implicaba una labor

política, así como también la organización de entretenimientos deportivos y de espectáculos. Nosotros, que rechazábamos la esclavitud de las compañías de trabajadores, nos desvivíamos para construir un terreno de deportes. Así fue como durante muchos meses conseguimos hacer frente a tal situación. Fue necesario que las autoridades francesas ocupasen militarmente nuestro campo y que recurriesen a la fuerza para diseminamos en las compañías de trabajo formadas desde hacía ya meses en otros campos.

Cuando la declaración de guerra, quedaban muy pocos españoles en los campos franceses. Algunos habían regresado a España. Los que habían desempeñado cargos de mayor responsabilidad habían marchado a América Latina o a la URSS. Los demás quedaban repartidos entre los batallones de marcha y, sobre todo, las compañías de trabajo donde algunos, al igual que nosotros, habían sido incorporados a la fuerza. Esas compañías fueron entonces utiliza-

LOS LHTR'AOS

ACANTONAMIENTO OE LA OUARN CIÛN

Mli M.

**_ Muro qnt rodea el campo BConsIruccones du fábrica i i Barracones »- Puesto de vigilancia 3
Torrente**

4* Alambradas de púas ... Limites del campo

SERVICIOS

ADMINISTRATIVOS

ni TALLERES V AtMACENfSI

CAMPO K

LOS RCCLIICCS

EXPLANADA DONOF SE PASA LISTA

TALLERES

AS

PE VIVEfiLS

CAMPO DE CUARENIENA

Mapa núm. 2. El campo de Mauthausen después de haber quedado terminado.

A. La puerta monumental del garage de los SS

B. La puerta monumental de entrada al campo

C. Edificio de la lavandería (*Wáscherei*)

D. Cocina

E. Prisión (*Bunker*) y horno crematorio

F. Enfermería (*Revier*)

G. Terreno de deportes de los SS, transformado **en** cementerio cuando la Liberación.

das bien en la industria de guerra, bien, en su mayor parte, para reforzar las fortificaciones de la Línea Maginot.

Una vez en esas compañías, se nos obligó a firmar un contrato que nos ligaba para toda la duración de la guerra. Estábamos bajo el mando de un capitán francés y vigilados por gendarmes. El sueldo era de cincuenta céntimos al día.

Cuando llegamos a la Línea Maginot, la población civil había sido evacuada. Dormíamos en las casas desocupadas. Dado que la alimentación era muy insuficiente, la completábamos con las verduras y frutas que hallábamos en los huertos dejados sin cultivar. En cuanto a lo demás, nos veíamos obligados a organizarnos nuevamente, por una parte para paliar las pésimas condiciones de trabajo que nos eran impuestas, por otra, para hacer frente a la situación de la “drôle de guerre” o “guerra de mentirijillas”, durante la cual los franceses que nos vigilaban nos decían sin ambages que el declarar la guerra a Alemania había sido un error, cuando de hecho, el verdadero enemigo era la URSS. Y nosotros, de paso, puesto que consideraban, erróneamente, que éramos todos comunistas. No podíamos por menos que pensar que esta actitud no presagiaba ningún futuro esperanzador ante un ejército fuerte y fanatizado como lo era el de Hitler.

Cuando se desencadenó la ofensiva alemana, las compañías de trabajo dejaron a un lado la pala y el pico para empuñar las armas. Con las armas en la mano, hemos hecho lo mismo que los soldados franceses. Es decir, no mucho. La traición estaba fraguada desde hacía mucho tiempo. La mayoría de los oficiales

ni podían ni querían organizar la resistencia. Compartimos la retirada del ejército francés. Nosotros, que habíamos resistido en España por espacio de tres años a pesar de la inferioridad del armamento del que disponíamos, no conseguíamos dar crédito a nuestros ojos cuando veíamos que la Línea Maginot era abandonada junto con casi todo el material que atiborraba sus blocaos.

En compañía de otros muchos camaradas españoles, inicié la retirada en la región de Belfort. Durante toda una noche, tratamos de forzar el cerco alemán. Habíamos quedado rodeados y nos veíamos, por añadidura, abandonados a nuestra suerte por el mando francés. Decidimos entonces pasar a Suiza. Cruzamos la frontera junto con soldados franceses y fuimos tratados por un igual. La primera noche nos alojaron en un pajar y dormimos a pierna suelta.

Al día siguiente, por la tarde, los suizos nos hicieron formar y nos comunicaron que nos iban a trasladar al interior del país, donde estaríamos mejor. De ahí, nos enviarían a la parte no ocupada de Francia. Caminamos hasta una ciudad, y, una vez ahí, hasta una prisión. Llegados a ésta, se nos repartió en varias celdas, explicándonos y arguyendo que no disponían de suficientes instalaciones para todos aquellos que procedían de Francia. En efecto, unas horas más tarde, nos abrieron las puertas de las celdas y nos invitaron a salir de ellas. Cuál no sería nuestra sorpresa al ver a cada lado de la escalera una fila de soldados con casco y con la bayoneta calada que nos conducían hasta unos camiones militares que estaban esperando afuera. Delante de los camiones, soldados con ametralladoras. Los suizos habían adoptado precauciones propias de las de un traslado de criminales. Los camiones arrancaron en plena noche. Nos hicieron bajar de éstos al llegar al otro lado de la frontera francesa, vigilados por soldados suizos armados hasta los dientes. Allí, nos abandonaron a nuestra suerte. Unas horas más tarde, los alemanes nos descubrieron en el bosque donde nos habíamos ocultado. Fuimos considerados como prisioneros de guerra. Las medidas adoptadas por las autoridades suizas habían violado no tan sólo las leyes internacionales, sino también las reglas de hospitalidad de un país reputado por su neutralidad. No cabe la menor duda de que los suizos tomaron esas medidas porque sabían quiénes éramos y que habíamos luchado contra el fascismo. A menos que se hubiesen atenido a instrucciones de las autoridades consulares franquistas.

Una injusticia más en contra nuestra, una nueva etapa en nuestro devenir, pero para muchos de nosotros, ese 21 de junio de 1940 significaría la última etapa. Caídos en manos de los alemanes, es a manos de los alemanes como íbamos a

morir. Aquel día, que podíamos considerar como el cuarto aniversario de nuestra lucha contra el fascismo, se convertía de hecho en un día plagado de malos augurios. Nosotros, que habíamos logrado zafarnos de las garras del fascismo en España, he aquí que se nos entregaba a los mismísimos criminales nazis, a aquéllos que habían arrasado Guernica y sembrado tantas ruinas y desolación en nuestra patria.

Hasta aquel entonces, habíamos ido recibiendo noticias de los nuestros en España. A pesar de la censura, sabíamos que la represión franquista se había desencadenado de manera desenfrenada: encarcelamientos, asesinatos, deportaciones. Había podido enterarme de que dos de los hermanos de mi madre habían sido ejecutados y que otro se hallaba encarcelado, al igual que mi padre, apresado en Galicia. Muchos de mis primos habían sido ejecutados también. La Guardia Civil se había presentado en mi casa a las dos de la madrugada, creyendo que me hallaba escondido en ésta. En cuanto a la mujer de mi tío que había sido fusilado, había sido devuelta de Francia a España junto con sus diez hijos. Cuento todo esto para que se sepa por lo que habíamos pasado ya antes de caer en manos de los alemanes. Ahora bien, no querría que todo ello fuese considerado como un reproche al pueblo francés, al que tanto debemos por la ayuda y la solidaridad de la que ha dado muestra en todo momento para con nosotros. Los responsables de nuestra situación son aquellos que decidieron la no intervención y preferido la capitulación ante el fascismo para poder oprimir mejor a su propio pueblo.

Tras ser hechos prisioneros por los alemanes, caímos en la cuenta de que los soldados que nos vigilaban no sabían a ciencia cierta si éramos franquistas o antifascistas. Los primeros días, nos demostraron cierta simpatía. Tal circunstancia suscitó cierto equívoco en algunos de los nuestros, que llegaron a creer que los alemanes nos consideraban como aliados suyos puesto que ellos, por su parte, estaban aliados con la URSS. No tardaríamos mucho tiempo en saber a qué atenemos.

Los principios de nuestra estancia en el *stalag*¹ fueron muy duros. Al igual que en los campos de internamiento en Francia, la inactividad, el hambre, los parásitos, todas las miserias propias de la cautividad traían consigo enfermedades. La desmoralización cundía ¹ con mayor fuerza si cabe. Nuestra organización había quedado desmantelada una primera vez cuando habíamos pasado a Francia. La habíamos reestructurado en el campo de internamiento. Destruída nuevamente cuando nuestra incorporación a las compañías de trabajo,

y restaurada una vez más a pesar de la estrecha vigilancia de los militares y de los gendarmes. Desde luego, algunos de nuestros compatriotas nos criticaban y aceptaban a regañadientes esa labor política, pero para nosotros resultaba tan indispensable como el alimento o el aire que respirábamos. Éste fue el motivo por el cual en el stalag, nos obstinamos en reconstituir nuevamente nuestra organización. La desorientación reinante entre algunos de los nuestros, y a la que me he referido anteriormente, nos impelía a ello. Empezamos por explicar que los alemanes que habían ayudado a Franco, dado al traste con la libertad en Austria y en Checoslovaquia, ocupado Polonia y Francia, no tardarían en revolverse contra la URSS, a fin de poder dominar el mundo por el terror, sumergiéndolo en un baño de sangre. Los alemanes eran nuestros enemigos. Cuando se enterasen de que habíamos luchado contra ellos en España, nos tratarían como a sus peores enemigos. Hacer comprender todo lo que acabo de indicar resultó, al principio, muy difícil, pero pronto los hechos vinieron a sustentar nuestros argumentos.

Al cabo de unas semanas, empezaron a enviarnos a trabajar. Nosotros habíamos aconsejado la pasividad y el sabotaje. Nuestra tarea consistía en descargar trenes enteros de productos alimenticios sustraídos a Francia. Decidimos trabajar poco y robar mucho. Tal medida tuvo fácil aceptación. Y en poco tiempo, desapareció el hambre. Los sacos de paja que nos hacían las veces de colchones estaban atiborrados de patatas, de margarina, de chocolate, de tarros de confitura. En España, se dice que “quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón”.

El trabajar afuera nos permitía entrar en contacto con la población civil y nos daba la posibilidad de preparar la evasión de algunos de los nuestros. Y ello teniendo en cuenta que nos hallábamos, por aquellos tiempos, aún en territorio francés, en los cuarteles de Belfort. Sin embargo, los soldados franceses con quienes habíamos hablado estaban desorientados por completo, creyendo que, puesto que no habían ofrecido seria resistencia a Hitler, pronto serían dejados en libertad. Muchos de ellos consideraban a Pctain como a un salvador.

Estas diversas circunstancias habían contribuido en gran manera a levantarnos el ánimo. ¡Cuán lejos estábamos de suponer que la mayoría de nosotros seríamos exterminados en los campos de concentración! Lo que más temíamos era ser devueltos por los alemanes a la España franquista. Esto era lo que más preocupados nos tenía cuando Serrano Súñer, ministro de Asuntos Exteriores de Franco, se trasladó a Berlín. Poco después de esta visita, la Gestapo se presentó en los *stalag* para establecer fichas completas sobre cada uno de nosotros. Los

traslados se iniciaron casi de inmediato. Ignorábamos el punto de destino. Si bien temíamos que fuese España, los más optimistas, en cambio, se imaginaban que era para ir a trabajar en la agricultura o en la industria en Alemania. Por aquel entonces, nadie conocía siquiera la existencia del campo de concentración de Mauthausen. Y, sin embargo, fue hacia ahí donde, a partir del mes de agosto, empezaron a multiplicarse los transportes.

La entrevista de Franco con Hitler en la frontera francesa, el 23 de octubre, generalizó esos envíos. Los franquistas preferían dejarnos en manos de los nazis, pensando probablemente que de esta forma nadie sabría ni dónde ni cómo habían desaparecido millares de antifascistas españoles.

Constante

El 9 de febrero de 1939, a las nueve y media de la noche, me presenté en el puesto fronterizo de Bourg-Madame. Era responsable de un camión GMC cargado con todo el material de la pagaduría de la brigada y con todos los documentos y archivos relativos a nosotros. Me fue notificado que, al formar parte del Estado Mayor del cuerpo de ejército, tenía que pasar por un puesto fronterizo especial entre Bourg-Madame y la Tour-de-Carole. Una hora más tarde, llegamos a territorio francés.

Tras haber reagrupado todos los camiones del EM, fuimos dirigidos hacia un prado situado a la salida de Bourg-Madame en la carretera de Font-Romeu. Únicamente los suboficiales pudieron permanecer ahí, y los soldados fueron conducidos a otro terreno donde se hallaban concentrados varios miles de combatientes republicanos. Instalamos nuestros despachos en una tienda de campaña y durante unos días seguimos liquidando las pagas correspondientes a los efectivos de la brigada, convencidos todos nosotros de que el Gobierno francés iba a permitirnos partir rápidamente con destino al frente de Madrid. Pronto quedamos desengañados cuando los guardias móviles vinieron a anunciarnos que quedaríamos internados en Francia.

Habiendo dado alguien el soplo de que teníamos a nuestro cargo un camión de armas, cierto día se me presentó un piquete de gendarmes y de guardias móviles, espetándome:

-¡Venimos a incautaros de sus armas!

Contesté que no haría entrega de ellas más que a un representante del Gobierno español, dado que no nos encontrábamos en Francia más que en tránsito.

El primer día parecieron conformarse, pero al día siguiente acudieron unos cincuenta guardias móviles que requisaron nuestros fusiles ametralladores. Dos días más tarde le tocó el turno a nuestro material de oficina, máquinas de escribir, calculadoras, etc., so pretexto de remitirlo... al Gobierno español. Tan sólo me dejaron la maleta con nuestros dos millones de pesetas. De cualquier forma, por nada del mundo me hubiese desprendido de ella, así como tampoco de los papeles y documentos más importantes de la pagaduría².

Habiendo sido encargado de avituallar el fuerte Mont-Louis, donde se hallaba atropada la división 26, mi capitán me hizo confiar por las autoridades francesas una misión análoga en el campo de inter-namiento de Bourg-Madame. Cuando hablo de avituallamiento, esto significa un chusco de pan repartido entre varias personas. Al ir a recoger dicho pan en la estación de Tour-de-Carole encontré a varios centenares de heridos y de soldados amputados en el almacén de mercancías. La Cruz Roja francesa ni tan siquiera había venido a ayudar a las enfermeras españolas. No lo hizo más que al cabo de algunos días y debido a nuestras protestas.

Una mañana, un grupo de 400 a 500 oficiales, suboficiales y comisarios políticos pertenecientes en su gran mayoría al X Cuerpo fue reunido para ser enviado a Septfons. Ahi volví a encontrar a mis compañeros del Estado Mayor y, naturalmente, a mi capitán. A mí ya no me quedaba nada más que mi maleta con los dos millones de pesetas, una tienda de campaña individual y una manta. En la maleta llevaba el uniforme nuevo que me había hecho hacer dos meses antes en Barcelona.

Habían puesto a nuestra disposición vagones de tercera clase en vez de vagones de carga. Me sentía enfermo; como no podía ser atendido, me encontraba en bastante mal estado cuando llegamos a Causade. Habían hecho detener el tren en las afueras del pueblo. Allí nos esperaba una nueva sorpresa: un regimiento de senegaleses rodeó el tren.

Armados todos ellos de fusiles y de machetes y mandados por jóvenes oficiales franceses, nos hicieron bajar sin contemplaciones y tomar el camino que nos indicaron. Consumido por la fiebre, apenas podía tenerme en pie. Mis compañeros llevaban mis bártulos. A pesar de ello me iba rezagando. Un

senegalés quiso hacerme apresurar el paso, empujándome con la culata de su fusil. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos: el capitán Pastor, soltando su impedimenta, asestó un puñetazo al senegalés, dejándole fuera de combate. Los demás soldados se pusieron a vociferar. Su oficial, con el rostro demudado por el temor, acudió corriendo. Pastor, que hablaba el francés, exclamó: “Haga usted que seamos tratados como seres humanos, como lo que somos, o entonces, esto no es más que una pequeña muestra de lo que puede ocurrir. ¡Recuerde que estamos acostumbrados a luchar y que no toleramos que se nos maltrate!”.

La columna reemprendió la marcha sin que se produjesen más incidentes. Al llegar a la proximidad de lo que debía ser el campo de

Septfons -pues aún no se había construido ningún barracón-, nos encerraron en un descampado rodeado de alambradas de púas. Dicho emplazamiento fue llamado el “Campo de Judas”. Ni una construcción, ni un árbol, tan sólo un terreno pelado. No disponíamos más que de nuestras tiendas de campaña y de nuestras mantas para resguardarnos de la intemperie. ¿Cuántos éramos? ¿14.000? ¿20.000? No tengo la menor idea. No podíamos dar ni un paso. Mis compañeros me montaron la tienda de campaña. Un médico amigo mío diagnosticó una bronconeumonía. A pesar de los intentos de mis camaradas, ningún médico francés se molestó en visitarme. Tampoco me fue dado ningún medicamento. Para colmo de males, al día siguiente se puso a llover y el agua se introducía en mi tienda, calándome hasta los huesos. Poco después, al subirme la fiebre, perdí el conocimiento.

Mis amigos lograron por fin que me diesen leche concentrada y aspirinas. Una semana más tarde conseguí superar la crisis. Dado mi estado de salud, fui autorizado a trasladarme a Septfons y a instalarme en uno de los barracones recién construidos.

Teníamos que hacer frente a nuestra nueva situación. Tan sólo dos países estaban dispuestos a acogernos: la URSS y México -las dos naciones que nos habían prestado ayuda durante nuestra guerra-. La policía francesa tomaba nota de nuestras inscripciones, al igual que el SERE, organismo encargado de nuestra evacuación. Sin embargo, al darnos cuenta de cuán pequeño era el número de nuestros compañeros que podían marchar por ese conducto, pronto comprendimos que dicha evacuación se prolongaría por espacio de meses y meses. Mis camaradas me nombraron secretario del barracón 37, y así fue cómo, por vez primera, asumí una responsabilidad de Partido. Durante el verano de

1939, numerosos fueron los camaradas que partieron para trabajar libremente como mecánicos, torneros y ajustadores. Parte de ellos fueron enviados a Toulouse, y la gran mayoría a Saint-Étienne. Se hicieron contratos a aquellos que aceptaron ir a trabajar de mineros. Para nosotros esto representaba una victoria, pues habíamos conseguido que fuese tomada en consideración nuestra reivindicación principal, que era la de no ser utilizados como mano de obra subvalorada.

No obstante, las autoridades no habían cejado en su empeño, y a sabiendas de que ninguno de nosotros iría voluntario a las compañías de trabajo, decidieron enviarnos a éstas a la fuerza. Así es como un día se hizo formar a todo el mundo en la explanada y guardias móviles a caballo nos rodearon. Un grupo bastante importante de nuestro barracón 37 fue designado, y yo entre ellos. Nos trasladaron a otros barracones en espera de que se extendiesen nuestras hojas de ruta. Es lo que esperábamos. Durante la noche, tras burlar la vigilancia, logramos regresar a nuestro antiguo barracón. Al día siguiente, de los 1.200 hombres escogidos no quedaban más que 800, que fueron enviados a Montmédy.

Aun cuando el rancho hubiese mejorado algo, nuestra vida en el campo seguía siendo misérrima. Para evitar los piojos teníamos que hacer hervir nuestra ropa. Así es como mi flamante uniforme hecho a medida en Barcelona tuvo que pasar por esa desinfección.

El trabajo de la organización del Partido era ahora casi perfecto. Controlábamos todas las manifestaciones en contra de las autoridades. Organizábamos huelgas. Hacíamos aceptar la disciplina interior del campo. Por supuesto, las autoridades francesas no iban a dejarnos actuar durante mucho tiempo sin reaccionar. Habíamos trastornado sus planes, especialmente en el reclutamiento de voluntarios para las compañías de trabajo. Denunciábamos las ilegalidades que cometían, así como las presiones que ejercían para obtener alistamientos en la Legión extranjera y regresos a España. La policía francesa conocía, gracias a los soplones, la identidad de nuestros dirigentes. Por muchas precauciones que tomásemos, haciéndoles cambiar de barracones, un día un fuerte contingente de guardias móviles a caballo hizo irrupción a las cinco de la madrugada. Tras ser controlados uno por uno, toda la dirección del Partido fue detenida y trasladada a Cotlliure. Lo cual no fue óbice para que nuestra organización reanudase sus actividades como antes de lo sucedido.

La situación internacional se deterioraba por momentos y las condiciones de

vida en el campo eran apenas soportables. La lentitud de la evacuación hacia la URSS y México había llegado a tales extremos que la esperanza era cada vez menor. Ningún barco que no fuese mexicano o soviético aceptaba embarcarnos, y cuando pensábamos en las distancias por recorrer...

La declaración de guerra transformó a los oficiales del campo en reclutadores. Pero esto no cambió en lo más mínimo nuestra situación interior. Por todo enganche, se nos proponía la Legión extranjera, lo que rechazábamos de forma categórica. No queríamos ser considerados como mercenarios. Desde el primer día habíamos solicitado ser incorporados al ejército francés, con las mismas obligaciones, pero también con los mismos derechos que los soldados franceses. Finalmente se nos propuso alistarnos en batallones de marcha constituidos exclusivamente por españoles y en compañías de trabajo militarizadas.

A finales de septiembre, todos nosotros habíamos firmado nuestro alistamiento, en compañías de trabajo la mayoría, pues los batallones de marcha nos parecían demasiado calcados de la Legión extranjera.

En realidad, el estatuto de nuestro alistamiento -para la duración de la guerra- no duró más que el tiempo necesario para enviarnos a la Línea Maginot. En ningún momento tuvo en cuenta el mando militar francés los derechos que nos habían sido prometidos. Un grupo de unos 400 oficiales y comisarios de los barracones 34 a 39 fueron puestos en situación de reemplazo. Dicho en otras palabras, carecíamos de unidad fija y de destino previsto. A sabiendas de que el núcleo dirigente del campo se encontraba en estos barracones, el mando militar había decidido desperdigarnos en las compañías ya existentes.

El primero de noviembre de 1939, apiñados en vagones de carga como si fuéramos animales y tras un largo recorrido a través de toda Francia, nos apeamos en la estación de Sarre-Union, en el departamento del Mosela. Todo había sido previsto, incluso nuestra llegada a las dos de la madrugada. Cada grupo de camiones tomó una carretera diferente. Al día siguiente me hallé en un grupo de 75, en un establo. El mando francés había conseguido dispersar los 400 rebeldes de Septfonds en seis compañías compuestas en su mayor parte por voluntarios que habían partido de Barcarés y de Argelés ya desde el mes de abril.

El comandante francés, al que los españoles habían apodado la "Foca", vino a soltarnos su discurso de recibimiento hacia las nueve de la mañana. Exigía todo de nosotros, sin darnos nada a cambio. Como primera providencia, anunciamos

que iniciaríamos una huelga de hambre y de trabajo si no eran retiradas las alambradas de púas que nos rodeaban. Al llegar la noche, al ver que la cosa iba en serio, el comandante nos dejó deambular a nuestro antojo por el patio de la granja. En vez de entremezclamos con los “veteranos”, se formó con nosotros una sección aparte, la 4.^a sección.

Nuestra compañía, al igual que las demás, se componía de cuatro secciones de unos 80 hombres, aproximadamente, cada una. Cada sección estaba mandada por un capitán del ejército republicano español y supervisada por un cabo de la gendarmería. Un comandante español era responsable de la compañía y al mando de esta se hallaba un capitán francés. Todo el personal francés había sido escogido cuidadosamente entre reaccionarios y fascistas.

A nuestra llegada se hizo venir para mandarnos a un cabo de la gendarmería que era un verdadero coloso. ¡Calzaba el 46! Un cacho de hombre capaz de acogotar a un buey. Al principio, habiendo sido probablemente puesto en guardia en contra nuestra, ni nos dirigía la palabra, pero para sorpresa nuestra, cambió de actitud muy pronto y se convirtió en un amigo para nosotros.

Dos días después de nuestra llegada, salíamos de nuestros campamentos para ir a cavar trincheras en los márgenes del río Sarre, cerca de Sarreguemine. Estábamos por delante de la Línea Maginot. Por tanto, verdaderamente en primera línea. Pero los peligros de la guerra nos tenían menos preocupados que nuestra situación más peculiar. Nos había sido encomendado un trabajo de forzados. Debido a las lluvias estábamos con el agua hasta las rodillas. La alimentación era buena, pero del todo insuficiente. Cualquier soldado que fuese sorprendido hablándonos o dándonos algo quedaba arrestado durante quince días o un mes. No nos era permitido escribir a nuestras familias. ¡Y decir que éramos combatientes voluntarios, alistados para defender la libertad de Francia...!

Entre cinco, don Enrique, un periodista vasco; Julio Hernández, secretario del sindicato bancario de Madrid; Leiva; Donato y yo, decidimos poner en pie una organización del Partido. Nuestra primera tarea consistiría en lograr establecer entendimiento y comprensión entre los “veteranos” y nosotros, con el fin de formar un frente común ante el mando francés.

Cierta mañana, nadie salió de los barracones. Por mediación del comandante español hicimos saber a la “Foca” que nos negábamos a salir a trabajar en tanto que nuestro estatuto no fuese respetado. Se nos amenazó con hacernos fusilar.

Hicieron venir unos camiones repletos de guardias móviles. Nosotros, como si nada. Visto lo cual, se presentó el coronel al mando del V Regimiento del Cuerpo de Ingenieros al que estábamos destinados. Luego, le tocó el turno al general comandante del sector. A pesar de la oposición de la “Foca”, Juan, el comandante español, aconsejado por nosotros, explicó nuestra situación al general. Este prometió que todo quedaría resuelto rápidamente, más teniendo en cuenta que había recibido excelentes informes sobre el trabajo que llevábamos a cabo. Dos días más tarde fuimos trasladados a un nuevo acantonamiento constituido por barracones de madera con sus correspondientes catres. El trabajo se realizó en mejores condiciones. Lo único que no cambió fue el rancho. Decidimos entonces no trabajar más que en proporción al alimento que nos daban y organizamos nuestro propio avituallamiento yendo a buscar verduras y patatas en los campos que habían quedado abandonados debido a la evacuación de la población civil.

La “Foca” fue trasladado a causa de su incapacidad para “dirigirnos”. Los gendarmes fueron igualmente relevados. Como comandante de compañía fue nombrado un teniente de unos treinta años que ostentaba un título de conde y suboficiales de carrera que habían servido en las colonias. ¡Habíamos solicitado ser tratados como soldados, pues recibíamos un cuadro militar de aúpa!

El invierno de 1939-1940 fue muy crudo. El termómetro bajó en nuestro sector hasta 35° bajo cero. Los árboles cubiertos por una gruesa capa de nieve helada, se quebraban bajo su peso. En nuestra vida habíamos pasado tanto frío. Por la mañana casi no podíamos calzarnos las botas, que se habían helado durante la noche. A pesar de estas condiciones atmosféricas se nos obligaba a salir a trabajar cada día. Las hachas se nos rompían al tratar de cortar los troncos helados.

Paulatinamente, conseguimos que se nos tratase con más miramientos. A finales de la primavera llegamos incluso a hacer admitir el principio de los permisos. Pero Hitler se encargó de echar por los suelos los objetivos que habíamos alcanzado. En los primeros días de mayo de 1940 fuimos embarcados rumbo a Bélgica. Y una mañana nos encontramos a retaguardia de las tropas alemanas. Nuestro teniente, que hasta aquel día no había dado nunca pruebas de sus dotes de mando, nos reunió. Sabiendo quiénes éramos y el peligro que nos acechaba, nos aseguró que haría cuanto le fuera posible para ponernos fuera del alcance de los alemanes. Nos pedía que observásemos la disciplina y que no tratásemos de fugarnos, pues el mando francés fusilaba a todos aquellos que eran

incontrolables, por considerarlos como paracaidistas enemigos.

Aun cuando nuestro teniente nos hubiese prometido que nos replegaríamos hacia el sur, lo cierto es que nos encaminamos hacia el este. Al llegar cerca de Verdón tuvimos una agarrada con un suboficial al pasar cerca de un puesto de mando del ejército francés. Viendo los revólveres y los fusiles recuperados que llevábamos con la autorización de nuestro teniente, quiso que los entregásemos. Tal episodio se produjo a media tarde, en el momento en que los cazas alemanes ametrallaban todo el sector. Pudimos proseguir nuestra ruta, pero ocultando las armas.

Al acercarnos a Bar-le-Duc fuimos atacados por la aviación alemana. Columnas de militares y de civiles convergían hacia la ciudad. Bar-le-Duc ofrecía el mismo aspecto que nuestras ciudades españolas después de los bombardeos. Durante toda la noche ayudamos a los equipos de enfermeros a buscar heridos. Al día siguiente, al amanecer, tuvimos que reemprender la marcha, pues los alemanes seguían avanzando.

Tras tres días con sus respectivas noches de caminar sin descanso, nos detuvimos en las cercanías de Neuchâteau. Nuestro teniente hacía honor a su palabra y no quería abandonarnos a nuestra suerte, pero los militares franceses que nos encuadraban se hallaban completamente desmoralizados. La dirección del Partido celebró una reunión. Yo era partidario de que nos dividiésemos en pequeños grupos con el fin de alcanzar la frontera suiza. Donato y don Enrique me hicieron ver los inconvenientes que presentaba esta solución. En primer lugar, había camaradas incapaces de aguantar la caminata o de orientarse; en segundo lugar, corríamos el riesgo de ser tomados por paracaidistas. Se adoptó, pues, la decisión de que permaneciésemos juntos. Pediríamos al teniente que se activase nuestra retirada hacia el sur.

Pero los alemanes nos pisaban los talones. Nos alcanzaron una primera vez en Epinal. Aprovechando que había caído la noche y tomando a campo traviesa, conseguimos darles esquinazo. El 20 de junio, llegamos a Rambervilliers en tal estado de agotamiento que ya no nos teníamos en pie. Desde nuestra partida de Sarre-Union, a principios de mayo, habíamos cubierto más de 1.000 kilómetros a pie. Hubo una nueva reunión de la dirección del Partido. Tomamos la decisión de pedir al teniente de no proseguir nuestra retirada so pena de que muchos de los nuestros sucumbiesen. Fue éste un momento dramático. Sabíamos lo que nos esperaba, pero habíamos sobrepasado el límite de nuestra resistencia física.

El teniente decidió que nos instalaríamos en una granja, en las afueras de la ciudad. Al día siguiente, el 21 de junio, la mayoría se sentía sin fuerzas para levantarse. Cuatro o cinco de nosotros hicimos un esfuerzo para salir en busca de comida. Los campesinos nos proporcionaron patatas y pollos.

Mientras estaba pelando patatas, llegó un sidecar a campo traviesa. Un mocoso de dieciséis o diecisiete años se bajó de éste y fue a plantarse delante de mí apuntándome con su metralleta y vociferando. Levanté los brazos con el cuchillo en la mano. Me entraron ganas de liquidar de una cuchillada a ese renacuajo de nazi. Pero, ahora ya no serviría de nada y tiré el cuchillo al suelo. Otro nazi se presentó. Recogió mi cuchillo y me lo devolvió, dándome a entender que prosiguiera con mi tarea...

1

Campo de prisioneros de guerra no oficiales, es decir, de soldados. Abreviatura de *Stammlager*.

2

Finalmente, tuve que entregar esos fondos en mayo de 1940 al comandante Vincent, jefe de mi brigada. Procedió a su distribución según su criterio personal.

Patricio Serrano

Fuimos a parar a Saint-Dié, que era un lugar de concentración de prisioneros de guerra, y de ahí, tras unos días de espera, formando caravanas interminables, fuimos conducidos a Estrasburgo. En cuanto llegamos, nos alojaron en cobertizos de exposición y se procedió a clasificarnos por nacionalidades.

El hambre empezaba a hacer estragos, sobre todo entre nosotros, que ya habíamos padecido tantas privaciones. Afortunadamente, fueron enviados grupos a buscar avituallamiento de las tropas alemanas que llegaba por el Rin en barcazas. Birlar alimento para los prisioneros era una forma de sabotear el ejército alemán.

En el transcurso del mes de noviembre, el control sobre los prisioneros españoles fue haciéndose cada vez más estricto y, a primeros de diciembre, la Gestapo instaló oficinas. Interrogó, uno por uno, a todos los antiguos combatientes de la República española, diciéndonos que seríamos enviados a trabajar en las minas y asegurándonos que, si nuestra conducta era buena, podríamos regresar a nuestro país.

El 11 de diciembre, se hizo formar todo el contingente español y lo rodearon SS armados de metralletas y acompañados de perros lobos. Tuvimos que cruzar toda la ciudad hasta la estación. Todo el mundo nos miraba, pero no sabíamos si era con odio o con compasión. Nos hicieron subir en vagones de tercera clase herméticamente cerrados, y así atravesamos Alemania, pasando por Stuttgart y Nuremberg.

El 12 de diciembre, en plena noche, se detuvo el tren en un lugar desconocido. En cuanto fueron abiertas las puertas de los vagones, los SS nos hicieron salir a culatazos y a porrazos. Fuimos rodeados de inmediato por los perros lobos. Emprendimos la marcha por un camino empinado e interminable. Vimos perfilarse en lo alto la silueta de una fortaleza impresionante. Al ir aproximándonos, vimos raíles y vagonetas. Al acercarnos, se abrieron de par en par unas puertas monumentales. Nos hicieron formar en una explanada de tierra cubierta de nieve helada. Hombres con la cabeza rapada y que llevaban uniformes a rayas, nos iban contando de diez en diez. Los reflectores de las torres de vigilancia alumbraban la explanada como si estuviésemos en pleno día. Los oficiales del campo nos comunicaron por mediación de un intérprete que nos

hallábamos en el campo de Mauthausen, campo de la muerte. Se tenía que observar la disciplina más férrea. Quien infringía las órdenes era ejecutado. De Mauthausen nadie salía vivo.

Tales hechos sucedieron el 13 de diciembre, a las dos de la madrugada.

El campo de Mauthausen fue creado en 1938, inmediatamente después del Anschluss y como una de las consecuencias subsiguientes de la anexión de Austria al Reich hitleriano. Primera exportación del sistema de campos de concentración en un territorio recién ocupado, Mauthausen era un campo de la categoría III -la peor—, un campo de exterminio. Fue edificado en el emplazamiento de un antiguo campo de prisioneros de la guerra de 1914-1918, en una región de colinas que domina al norte el valle del Danubio y el meandro donde se levanta la aglomeración industrial de Linz. Desde Linz, se veía el campo de concentración así como las llamas del horno crematorio durante la noche, exactamente de la misma manera que desde la ciudad de Erfurt se veía el campo de Buchenwald. Si bien una serie de alambradas de púas prohibía desde bastante lejos el acceso al perímetro del campo propiamente dicho, éste, que pronto adquirió el aspecto de una enorme fortaleza, muy lejos de ser disimulada a las miradas, se imponía como una amenaza y, en cualquier caso, como la instauración de un orden nuevo.

Las suaves ondulaciones del paisaje son propicias al cultivo y numerosos bosquecillos dan cobijo a una abundante caza. Por aquel entonces, el campo estaba bordeado de granjas que, hacia finales de la guerra, utilizaron a prisioneros como mano de obra. La población de Mauthausen, que se extiende al norte del Danubio, a lo largo de la carretera que va de Munich a Viena, ha conocido desde siempre el tipo de vida que existía en el campo de concentración. En efecto, los convoyes de deportados llegaban casi siempre por la estación de Mauthausen y cruzaban a pie todo el pueblo, hostigados por los culatazos de los SS y por sus perros. El camino, bastante empinado, serpentea por las vertientes de las colinas. Los prisioneros tenían que subirlo a paso ligero, tras interminables viajes en vagones de carga. Los rezagados eran muertos en el acto.

La cantera de Wienergraben está ubicada en un pequeño valle, más cercana de la población que del propio campo.

Actualmente, el pueblo sigue llevando el nombre de Mauthausen, lo mismo que

*la ciudad de Dachau sigue llamándose Dachau. Ninguna indicación permite identificar el camino que llevaba al campo y nada permite tampoco localizar su emplazamiento, así como tampoco el de la cantera de Vienergraben que fue, por excelencia, el centro de exterminio hasta la creación de los *commandos* exteriores.*

En agosto de 1940, no es todavía la fortaleza imponente que llegaría a ser La monumental puerta de entrada ya existe y los reclusos están levantando el formidable muro que lo circundará.

Fue entonces cuando arribaron los primeros españoles.

El primer convoy llegó el 6 de agosto de 1940 procedente de Angulema, donde una serie de familias españolas habían sido internadas por los franceses. Cuando el tren entró en la estación, los hombres y los muchachos de más de doce años fueron obligados a apearse. Las mujeres y los niños de menor edad permanecieron en el tren, que emprendió seguidamente viaje a España¹.

Los primeros españoles se vieron inmersos en un mundo de pesadilla del que el relato de José Escobedo, llegado tres días después, en un segundo convoy, puede darnos idea.

Por aquel entonces, José Escobedo tiene treinta y dos años. Es oriundo de la provincia de Teruel. Militante sindicalista de la CNT, y luego de la UGT, había sido detenido en 1934, cuando los disturbios laborales de Barcelona. Sargento en el ejército republicano, Escobedo había sido hecho prisionero por los alemanes en Dunkerque.

José Escobedo

Fuimos sacados de un campo de prisioneros de guerra situado en Prusia Oriental, hacinados en un tren de mercancías a razón de 140 hombres por vagón y, tras un viaje de cuatro días, sin comer ni beber, llegamos a la estación de Mauthausen, donde un gran número de SS y de perros nos rodearon y nos condujeron a marchas forzadas hasta el campo de concentración. Algunos de nosotros, que se precipitaron sobre unas manzanas que el viento había hecho caer sobre la carretera, recibieron una soberana paliza a culatazos. Pronto nos daríamos cuenta de que los SS no tenían nada que ver con los soldados de la *Wehrmacht del stalag* y que parecían ladrar aún más ferozmente que los propios perros lobos.

A las diez de la mañana, desembocamos en la cantera de granito donde la columna hizo una corta parada. El ruido era ensordecedor: un enorme compresor alimentaba unas perforadoras neumáticas, manejadas por hombres vestidos con pijamas a rayas, así como una serie de pequeños martillos neumáticos que horadaban la roca. Era un verdadero hormiguero humano en el que hombres transportaban de continuo grandes piedras a hombros o, por equipos de cuatro, sobre una especie de parihuelas hechas de tablones.

Mientras los mirábamos trabajar, una de esas cuadrillas recibió una tunda de palos propinada por un *Lienkapo*², uno de los hombres dio un traspié pero los demás lograron conservar el equilibrio, un SS les puso la zancadilla, los cuatro hombres rodaron por el suelo, la piedra cayó sobre ellos y les hirió; arreciaron los golpes y los reclusos, cubiertos de sangre, consiguiendo a duras penas ponerse en pie, volvieron a cargar la piedra y siguieron su camino.

Quedamos patidifusos. ¡Esto es una verdadera penitenciaría, como en una película de miedo! -exclamábamos nosotros—; no puede ser que nos hayan enviado aquí, somos soldados y no criminales. Nos hicieron formar de cinco en fondo y subimos los 186 escalones que llevaban al campo. Nos cruzábamos con hombres que acarreaban piedras y que parecían ser españoles. Pensándolo bien, tal cosa nos parecía imposible: probablemente, se nos iba a hacer pasar la noche en un campo de intemamiento antes de trasladarnos a un lugar de trabajo previsto por la convención de Ginebra, y algunos de los nuestros parecían embargados por una ingenuidad sin límites. Mientras desfilábamos, pasamos por delante de las torres de vigilancia y de los centinelas armados con metralletas.

Al llegar al campo propiamente dicho, pudimos intercambiar a hurtadillas unas palabras con una columna que venía en sentido contrario y que estaba formada en efecto por españoles:

-¿Desde cuándo estáis aquí?

-Tres días.

-¿Hay más españoles?

-Nosotros somos los primeros.

No pudimos enterarnos de nada más; estaban obligados a apresurar el paso, bajo los golpes de sus guardianes.

Una vez en el interior del campo, tras haber franqueado la puerta monumental, un nuevo espectáculo estremecedor nos esperaba. Una decena de hombres, desnudos, inclinados sobre una especie de tarugo y con las manos agarradas a una barra de hierro fijada en el suelo, estaban siendo azotados por un enorme SS que descargaba los golpes con una habilidad fantástica. Los prisioneros estaban obligados a ir contando los golpes en voz alta; al cabo de una docena de éstos, se desmayaban, pero ¡ay de ellos!, el castigo era entonces doblado o triplicado automáticamente. Tras veinticinco golpes, los riñones se tomaban de un color amarotado o negro; tras cincuenta, negro y sanguinolentos; tras setenta y cinco, la piel y la carne se desprendían a jirones.

De ambos lados de la puerta de entrada había unas anillas fijadas en la pared de las que colgaban unas cadenas rematadas por collares; más adelante, nos dimos cuenta de que pocos eran los días en que no había hombres castigados “a la torre”, como se decía, y que permanecían encadenados por espacio de 24 o de 48 horas, sin comer ni beber.

Mientras esperábamos, se presentaron SS a observar y nos preguntaron si éramos judíos. Por supuesto, contestamos que éramos españoles: aún ignorábamos la suerte que les era reservada a los judíos en este campo de exterminio. Luego, nos enviaron a la ducha, nos afeitaron de pies a cabeza y pasamos por la desinfección; vestidos con una camisa y un calzoncillo fuimos enviados por grupos de cien al barracón núm. 12. Por la tarde, nos repartieron los uniformes a rayas y, al día siguiente, nos hicieron ir a la cantera junto con los demás a buscar piedras para la construcción del muro que rodearía el campo.

No cabía ya hacerse ilusión alguna sobre lo que iba a ser nuestro futuro.

Una alta llama rodeada de un humo muy denso salía por la chimenea del horno crematorio y, con las bromas de rigor, nos dieron a entender que era por ahí que saldríamos del campo. Los primeros días, hicimos preguntar al comandante del campo si estábamos autorizados, cuando se produjese la muerte de un camarada, a observar un minuto de silencio en señal de duelo. Cosa extraña, tal petición fue concedida; sin embargo, al cabo de una semana, renunciamos a tal “privilegio”: las muertes se sucedían a un ritmo demasiado acelerado.

Marcelino Bilbao acaba de cumplir veinte años. Se incorporó a filas a los dieciséis, combatió en el frente de Bilbao, donde había nacido, y luego, en Oviedo. Cuando el Norte cayó, consiguió llegar a Burdeos, regresó a España a

luchar en el frente de Teruel, y fue herido en dos ocasiones. Pasó a Francia: Saint-Cyprien, Argeles, Gurs, 25 compañía de trabajo, y fue hecho prisionero en Epinal. Su convoy, en el que era trasladado también Patricio Serrano, llegó a Mauthausen cuatro meses más tarde, el 13 de diciembre de 1940, en pleno invierno. Su relato, no tan sólo complementa el de José Escobedo, sino que también, debido a los seis meses que mediaron entre sus respectivas llegadas al campo de Mauthausen, le presta una suerte de efecto estereoscópico.

Marcelino Bilbao

A la una y media de la madrugada, tras un largo viaje, tan pronto como se detuvo el tren, se nos hizo bajar de prisa y corriendo, hundiéndonos en la nieve hasta las rodillas. Un centenar de SS acompañados de perros nos esperaban. Culatazos, dentelladas de los canes, rugidos de los SS: raus, raus, y los 800 hombres aún soñolientos y la mayoría de ellos descalzos, tras una marcha forzada llegaron al campo. La noche era gélida, la temperatura rondaría los 20° bajo cero.

Empujados por los SS y acosados por los perros, llegamos al centro de un círculo formado por alemanes que nos esperaban armados de porras y que se apoderaron de las escasas pertenencias que aún llevábamos. Nos hicieron formar y los 88 nos contaron una y otra vez: faltaban siete hombres. Lo cual significaba que siete de nuestros camaradas habían perecido en el trayecto de la estación al campo...

Los jefes de barracones vinieron a contemplar el espectáculo y aprendimos a reconocerlos: llevaban un triángulo negro, los asociales, es decir, los chulos y los asesinos; verde, los demás presos de derecho común. Su jefe era un “prisionero político”, un antiguo nazi apodado King-Kong; era de estatura descomunal y pesaría unos 130 kilos.

Tras habernos hecho desnudar, tomar una ducha, afeitarnos de pies a cabeza y pasar por la desinfección, se nos distribuyó uniformes a rayas, una camisa y un calzoncillo, algunos de los cuales tenían más agujeros que un colador por haber sido llevados por presos que habían sido fusilados. Tras un nuevo control, nos conducen como si fuésemos un rebaño de ovejas hasta el barracón 15, donde nos hacen entrar a empujones. Todo cuanto poseíamos, estilográficas, relojes, dinero, ropa, absolutamente todo, nos había sido arrebatado. El jefe de barracón llevaba el triángulo rojo de los presos políticos. De inmediato, le pusimos el apodo que le iba que ni pintado y que se iba a volver siniestramente popular: “Popeye”. Llamó al intérprete y nos soltó un discurso interminable que me

recordaba un tanto aquel que nos había dirigido Millán Astray en Pamplona, cuando la guerra de España. El intérprete hablaba muy bien el castellano. Nos dijo: “Estáis aquí para morir. A los que se sorprende fumando, se les mata; a los que van a beber agua sin autorización, se les mata; a los que hablan demasiado alto o hacen ruido, se les castiga con veinticinco bastonazos; ningún extranjero puede plantar cara a un alemán, so pena de muerte”. En resumidas cuentas, no teníamos más que un derecho, el de dejamos matar. Nos resultó todo ello tan absurdo que al final del discurso nos echamos a reír. Nos encontrábamos en un verdadero manicomio. Pero Popeye nos echó fuera del barracón y henos aquí chapoteando en la nieve. Llevábamos puestas una especie de sandalias: una suela de madera con una tira de tela en la extremidad; era tan fácil perderlas cuando se caminaba, que a menudo nos veíamos obligados a andar descalzos por la nieve. Henos ahora formados de diez en fondo, los más bajos en primera fila; se nos hizo repetir interminablemente el ejercicio que consistía en ponemos o quitamos el gorro a la voz de mando. Aquello se prolongó por espacio de tres o cuatro horas.

A la hora de la comida, se nos distribuyeron treinta escudillas y treinta cucharas (éramos doscientos cincuenta en el barracón) y se nos volvió a echar fuera hasta la hora de pasar lista por la noche. Para dormir, nos echaron algo de paja sobre el piso del barracón y los doscientos cincuenta recién llegados tuvieron que tumbarse, apretujados los unos contra los otros como sardinas en lata. Si por casualidad alguno de nosotros se veía obligado a levantarse por la noche, tenía que ir pisoteando a todo el mundo y se oía alguna voz de protesta, Popeye se presentaba y se ponía a repartir bastonazos a ciegas. A pesar de ello, muchos de los nuestros tomaban aún todo aquello a “chirigota”.

La primera noche, un español que trabajaba en la cantera rondó cerca de nuestro barracón para observar a los recién llegados. Se dio el caso de que éramos compañeros de combate desde 1936: habíamos hecho juntos la guerra de España y la campaña de Francia. En cuanto se enteró de que me encontraba ahí, se deslizó por la ventana y vino a darme un abrazo. Pero yo no le reconocí y nos preguntamos si de verdad sería español: estaba harapiento, encorvado, hecho un viejecito decrepito. Después de haber mirado para ver si conocía a alguien más, se volvió hacia mí y dijo: “Soy tu amigo Elejalde”, y yo me sentí estremecido de espanto. Nos contó cómo era la vida en el campo.

De pronto, alguien le preguntó: “¿Hay piojos?”. Y él contestó: “Esto es lo único que os puedo dar”, y a renglón seguido, metiendo la mano debajo de su camisa,

la retiró cubierta de parásitos. Nos habíamos separado en Bar-le-Duc a principios de junio de 1940 al haber quedado cortada la carretera por el avance de las tropas alemanas. Por aquel entonces, Elejalde era un atleta de un metro noventa y pesaba cerca de cien kilos. Tras cinco meses de estancia en el campo de concentración, ya no era más que un ser cargado de espaldas y esquelético. Ya no quedaba nada de él, a no ser su buen humor. Al despedirse de mí, agregó: “Casi siento envidia del homo crematorio, porque él, por lo menos, ¡echa humo! Si consigues salir de aquí y volver a casa, explicarás a mis padres adonde y de qué manera habré muerto”. Para él, no cabía la menor duda de que su fin estaba próximo. Algunos días más tarde, le vi cuando bajaba a la cantera y me dijo que ya no podía con su alma. En efecto, una semana después fue enviado a Gusen, donde logró sobrevivir hasta el 26 de septiembre de 1941, a pesar de su estado. Unos días después de nuestra llegada, los españoles se dieron cuenta de que cada día desaparecía una marmita de sopa destinada a ellos. Popeye hacía la comedia aparentando ponerse como una furia, pero, de hecho, estaba conchabado con el ladrón, un alemán. Un día, Gallego le cogió con las manos en la masa, se situó delante del ladrón, le impidió escapar y, de un puñetazo, le rompió dos dientes. El alemán, sangrando por la boca, fue en busca de Popeye quien, inmediatamente, nos hizo formar y nos amenazó con no distribuir ya la sopa si no se identificaba el agresor de inmediato. Todo el mundo permaneció callado. Algo más tarde, regresó con un atizador en la mano y, acto seguido, se alzó una voz: “He sido yo”. Temblando de rabia, Popeye levantó el atizador y trató de averiguar quién había hablado, pero éste, saliendo de filas, se adelantó. Y Popeye, que no estaba acostumbrado a que le plantasen cara, tuvo miedo. Pidió ayuda a otros jefes de barracón, acudiendo una decena de éstos armados, unos con una navaja de afeitar, otros con una porra o con un tubo de caucho lleno de arena. Se hizo venir al intérprete Enrique, un alemán que había combatido en España en el bando franquista. Nuevo discurso acerca de la disciplina. Los españoles no estaban dispuestos a dejarse atemorizar. La intervención del jefe del barracón 14 (un preso político, Cuno) consiguió arreglar las cosas: el que había golpeado al alemán fue cambiado de barracón y nosotros castigados a hacer ejercicio fuera, bajo la nieve, durante una semana.

Los dos próximos relatos dan cuenta de cómo sucedieron las cosas en realidad y del estupor experimentado por hombres que cayeron en un momento de su vida directamente en el infierno; el testimonio de Esteban Balogh nos lo confirma. Los primeros testigos hablan en su calidad de soldados, en su calidad de prisioneros de guerra -a su entender, no de la Guerra Civil española, sino como prisioneros de la guerra franco-alemana del 39, es decir, de una guerra normal-

; en cambio, Esteban Balogh, húngaro él, combatiente de las Brigadas Internacionales, se espera lo peor cuando llega a Mauthausen a finales de agosto de 1940. A sus treinta y cuatro años, casi está considerado como un veterano. Hecho prisionero en Dunkerque, fue inicialmente al stalag IB, en Prusia Oriental.

Esteban Balogh

A finales de agosto de 1940, un grupo constituido por una decena de soldados de las Brigadas Internacionales de España, procedente del stalag 1 B situado en Prusia Oriental llegó a Mauthausen, tras haber pasado por las prisiones de Königsberg, Danzig, Stettin, Berlín, Leipzig, Munich y Linz. Cruel interrogatorio en Berlín a cargo de la Gestapo, aplicando sus métodos habituales, con el fin de averiguar quiénes de nosotros proveníamos de la URSS. Resultaba que en España yo estaba en las fuerzas acorazadas de Levante y que no estaba en contacto con los soviéticos; de cualquier forma, en ningún caso había que hacer la menor revelación. Al llegar al campo, fuimos llevados al barracón 19, donde hallamos a otros españoles soportando unas condiciones de vida inimaginables. Nos colocaron el triángulo rojo (los demás españoles llevaban el triángulo azul) y a todos nos llamaban los rojos españoles, “die rote Spanier”; los judíos que se hallaban entre nosotros debían llevar además la “estrella de David”. Todos nosotros éramos considerados como enemigos especialmente peligrosos del III Reich, todos comunistas, todos destinados a ser enviados rápidamente al homo crematorio.

Ya hemos seguido las andanzas de Razóla y Constante desde su llegada a Francia. A ellos, ¡o que les ha quedado grabado en la memoria de sus primeros días en Mauthausen es la penitenciaría y su forma de funcionar. La forma de funcionar del infierno. Por supuesto, se trata de remembranzas y además nimbadas por la resistencia subsiguiente, pero ya en su primera mirada de forzados sobre la penitenciaría, palpita la búsqueda de los ardides necesarios para dar al traste con los planes de los verdugos.

Razóla

Cuando llegaron los primeros españoles, el único grupo de trabajo, el único *kommando* existente era el de la cantera de Wienergraben, explotada por una empresa privada. Allí trabajaban unos 1.500 hombres, aproximadamente. En el

campo había siempre, por término medio, unos 6.000 presos. Existía, pues, permanentemente una reserva de 4.500 trabajadores en potencia. Cada día se sustituía a los más débiles y a los enfermos. Cuando el número de los incapacitados llegaba a cierto límite, se organizaba un convoy con destino al campo de Gusen, ubicado a unos diez kilómetros de Mauthausen y donde, según se decía, serían cuidados. Cuando, a partir de 1941, los SS constituyeron nuevos */commandos* que trabajaban en el exterior del campo, se llevó a cabo el mismo sistema de eliminación.

Los SS no admitían que la mano de obra de reserva permaneciese en los barracones del campo sin hacer nada. Les hacían bajar en grupos a la cantera bajo las órdenes de los *kapos* para cargar piedras y subirlas a fuerza de brazos hasta el campo que, a cada día que pasaba, se iba asemejando más y más a una fortaleza. En 1941, los SS crearon un nuevo *kommando* encargado de construir chalets en un paraje muy pintoresco que domina el Danubio. Resultó ser un *kommando* sumamente mortífero y centenares de españoles perdieron la vida en él. En la población de Mauthausen, otro *kommando* cargaba gabarras con las piedras que traían unos camiones de la cantera. ¡Cuántos hombres caerían en el Danubio y se ahogarían en sus aguas!

Constante

A nuestra llegada, el campo no estaba rodeado más que por alambradas de púas electrificadas. Fueron los republicanos españoles quienes iniciaron la construcción de la fortaleza, tal como se la ve hoy en día. Un *kommando* denominado *Baukommando*, “*¡commando de construcción*”, estaba encargado de estas obras.

Dado que el campo se hallaba emplazado sobre la cresta de una elevación, se estaba obligado en ciertos sitios a achaflanar la montaña y, en otros, a rellenar los huecos. Quinientos o seiscientos españoles fueron designados para realizar estos trabajos. Todo contribuía a hacer más penosa su tarea, tanto el mal tiempo como el sol, que ocasionaba quemaduras en sus cabezas rapadas.

Fueron necesarios miles y miles de metros cúbicos de tierra para colmar un barranco que corría más abajo del campo y delimitar la explanada sobre la que fue construido más adelante el campo ruso, es decir, el campo de los enfermos. Esa tierra era transportada en vagonetas desde la parte alta del campo hasta el barranco. Eran tiradas por deportados que volvían a arrastrarlas hasta arriba

cuando habían quedado vacías. Sin embargo, la parte más peligrosa de la operación era frenar su descenso cuando estaban cargadas. Eran los propios presos quienes hacían las veces de freno, ayudados por otro deportado encargado de aminorar el movimiento de las ruedas, utilizando para ello una palanca de madera. Si la palanca se rompía o el hombre la soltaba, la vagoneta arrastraba su “tiro” de presos y no se detenía hasta llegar abajo o al descarrilarse. Los SS y los *kapos* se regodeaban cuando se producían estos accidentes y aprovechaban la circunstancia para apalear o para rematar, llegado el caso, a los heridos.

Nuestra consigna era ya entonces la de producir lo menos posible y de sabotear lo más posible: en cuanto podíamos, dejábamos que las vagonetas se escacharrasen en el fondo del barranco y procurábamos dejar inservible el mayor número posible de herramientas. Los SS y los *kapos* lanzaban entonces lo que denominábamos sus “ofensivas”, es decir, sus represalias, que proseguían a menudo hasta en los barracones. Consistían esencialmente en hacernos tumbar y levantar sucesivamente durante horas y horas, todo ello acompañado de golpes incesantes. Ahora bien, cuando mayor riesgo corríamos que se nos aplicasen castigos individuales era en el caso de que alguno de nosotros fuese sorprendido llevando papeles debajo de su chaqueta para protegerse del frío o de la lluvia. En efecto, en aquella época, llevábamos tanto en invierno como en verano el mismo uniforme a rayas de tela muy delgada que, posteriormente, se convertiría en uniforme de verano. Y se debe tener en cuenta que el campo se halla situado en un punto relativamente alto, en la vertiente norte del valle del Danubio, en una región sumamente fría en invierno.

Por su talante, el relato de Navarro puede asimilarse al de Esteban Balogh. El factor sorpresa ya no queda reflejado en él: es el de la llegada de un hombre que ya sabe lo que le espera. Ninguna diferencia biográfica con nuestros dos primeros testigos. Lo único que varía son las fechas en que llegaron al campo. Navarro llegaría a Mauthausen en diciembre de 1941, dieciséis meses después del primer convoy de españoles. Ya hacía seis meses que Hitler había invadido la Unión Soviética y, por aquellas fechas, las tropas de ésta se replegaban hacia Moscú.

Navarro

El 17 de diciembre de 1941, la Gestapo llenó nuestras fichas y nos las hizo firmar. El 19, nos hicieron subir a un tren guardado por soldados y nos dijeron que nos enviaban de regreso a España.

En la estación de Mauthausen nos esperaban los SS y sus perros. Los soldados permanecieron en el tren y nos hicieron bajar. Cruzamos el pueblo sin que se produjesen incidentes, pero a la salida de éste, empezaron a llover los golpes sobre nosotros, y los perros, incitados por sus amos, se pusieron a mordernos. Llegamos al campo hacia las siete de la tarde y entramos por la puerta monumental del garaje coronada por el águila del III Reich.

Tras cumplir con las formalidades (confiscación de todos los efectos personales, incluidas las fotografías de los nuestros que habíamos conseguido salvaguardar hasta aquel momento, rapadura, afeitado, ducha, etc.), nos llevaron al barracón 12, donde permanecimos durante la cuarentena, no recibiendo más que media ración. Aquel invierno fue especialmente duro. Durante el día, debíamos quedar a la intemperie; nos estaba prohibido refugiarnos en el interior, donde el jefe de barracón se hallaba instalado cómodamente al lado de la estufa junto con su despreciable estado mayor. Para resguardarnos del frío, del viento y de la nieve, buscábamos cobijo en las letrinas, de donde se nos expulsaba a garrotazo limpio en cuanto éramos demasiado numerosos. Un amigo, Daniel Romero, murió por haber quedado así expuesto a las inclemencias del tiempo, apenas cubierto por unos harapos mojados. Ese compañero, Ricardo Sierra, Sidro Moreillo y yo éramos del mismo pueblo de Gatova, en la provincia de Castellón de la Plana.

Prosigamos con el relato de José Escobedo. Es interesante, no tan sólo porque es el relato de un superviviente de uno de los primeros convoyes de españoles dirigidos a Mauthausen, sino también porque nos revela el estado de cosas, reinante por aquel entonces en ese campo de exterminio, así como las medidas que adoptaron para incrementar sus posibilidades de supervivencia frente a esa máquina inexorable, el terror. He aquí pues el kom-mando de la cantera de Wienergraben, visto por él:

Escobedo

Cada día nos eran dadas a conocer nuevas atrocidades. Cierta noche, después de que se hubiese pasado lista, fui encargado junto con otro compañero de transportar a su barracón a un español extenuado. Yo pertenecía al barracón 12, ellos al 11. Tras haberle dejado tendido sobre su catre, regresé al barracón 12, donde me senté en compañía de mis dos cuñados para comer nuestra ración de pan. Justo en aquel momento, tres veteranos del barracón 11 irrumpieron en el nuestro, me molieron a golpes y me arrastraron hasta el suyo, donde me encerraron; poco después, en presencia de todos los componentes del barracón, el secretario y el jefe de barracón, un alemán que chapurreaba el castellano, me acusaron de haber robado dos raciones de pan, entre las cuales la de este último, aprovechando un descuido cuando había ayudado a transportar al enfermo. “Todos en el campo saben -añadió él- que el que roba pan es ahorcado”. A continuación, sus compinches engancharon un alambre a una viga, colocaron debajo un taburete, me obligaron a subir encima, me pasaron un nudo corredizo alrededor del cuello y se dispusieron a colgarme. De hecho, nadie me creía culpable (en realidad, el autor del robo era un alemán, preso por asesinato y agente provocador de los SS). Unos camaradas propusieron ceder su ración al jefe de barracón; éste aceptó la oferta y preguntó a los demás prisioneros si estaban de acuerdo en perdonarme la vida. Naturalmente, todos ellos contestaron que sí y, tras esa comedia macabra, me enviaron de vuelta a mi barracón, donde mis compañeros estaban con el alma en un hilo.

La nieve y la escarcha se enseñoreaban de aquella región durante cinco o seis meses al año; tras lo cual, venía una temporada de fuertes vientos y abundantes lluvias. El trabajo no podía ser interrumpido bajo ningún pretexto. A unos veinte metros de mi *kommando*, no muy lejos de la carretera, discurría un torrente de dos metros de anchura donde había que levantar pequeñas represas; tanto en invierno como en verano, los SS y los *kapos* enviaban ahí durante una o dos horas a los prisioneros a modo de castigo; cada vez que veíamos dirigirse un grupo de presos hacía ahí, sabíamos que iban a ser sometidos a esa medida despiadada, por capricho del *kom-mandoführer* SS, al que los españoles llamaban “El Seco”, o del ingeniero de la cantera. Por añadidura, ponían en funcionamiento las mangas de riego; algunos hombres quedaban sofocados por el agua y se ahogaban; los demás tampoco sobrevivían, pues se morían ateridos. Cada día, una decena de presos perdían la vida de esta forma.

Los que habían sido sometidos al apaleamiento o que habían ido “a la torre”, es decir, que habían sido encadenados por el cuello, con las manos atadas a la espalda -castigo terriblemente doloroso-, eran enviados por lo general a la compañía disciplinaria, a la que los judíos eran destinados automáticamente y donde eran sometidos a un tratamiento especial durante el poco tiempo que les quedaba de vida. Y más valía para ellos que la muerte llegase rápidamente. Tenían que transportar corriendo pesadas piedras. Con esto bastaba para matar a cualquiera, pero, además, bajo los golpes asestados por los *kapos*, los hombres se caían y se formaba un amasijo de rocas y de carne que nos veíamos obligados a retirar cuatro o cinco veces al día. En más de una ocasión, el *kommandofiihrer* me mandó coger la pala y la escoba para despejar el terreno de dedos, de orejas y demás restos sanguinolentos. Los que tardaban demasiado en morir a gusto de los SS, eran arrojados al vacío, una vez cumplida su jomada de trabajo y, por supuesto, después de haberles obligado a subir los 186 escalones que llevaban de la cantera al campo, yendo a estrellarse sus cuerpos sobre las rocas.

Pude cruzar unas palabras con algunos judíos holandeses de profesiones liberales, médicos, arquitectos, ingenieros, que habían tenido la ingenuidad de dar dinero para los franquistas, con ocasión de colectas realizadas, según creían ellos, para restablecer el orden en España. “Vosotros ayudabais a Franco -les comenté-; yo luchaba contra él, y hemos venido a parar al mismo lugar”.

Entretanto había llegado el verano y, dado el clima extremado de esta región, éste era excesivamente caluroso; aquellos desgraciados ardían de fiebre y chupaban piedras; pude ocultar entre las rocas algunos recipientes llenos de agua sin que los guardianes se diesen cuenta de ello. Esos judíos fueron exterminados rápidamente. Para acabar con los últimos, los condujeron al otro lado de las alambradas que circundaban la cantera y el centinela de la torre de vigilancia los ametralló hasta dejarlos muertos. En casos semejantes, los nazis tomaban fotografías para justificar lo que ellos denominaban un intento de fuga.

1

Este convoy llegó a Mauthausen el 24 de agosto, el primero llegó, efectivamente, el 6 de agosto, procedente del stalag... (nota del editor)

2

¡*Capo*: del alemán “kaporal”, preso designado por las autoridades del campo de concentración para ejercer mando directo sobre sus propios compañeros.

Razóla

Cierto día, un *kommando* de españoles pasó delante de un edificio y pudimos ver, por la puerta que acababa de ser abierta, los cuerpos de 80 niños polacos recién gaseados.

Por aquel entonces, éramos unos 1.500 los que bajábamos todos los días a la cantera, los judíos iban los últimos y tenían que esperar a que hubiésemos llegado todos abajo antes de iniciar su descenso.

Debían entonces bajar aprisa y corriendo los 186 escalones bajo los golpes propinados con mangos de picos o culatas de fusiles, e iban cayendo los unos encima de los otros. Llegaban abajo ensangrentados, dejando la escalera cubierta de heridos e, incluso, de cadáveres. Los que estaban cubiertos de sangre eran enviados al torrente, tal como ha quedado descrito anteriormente; los pocos que conseguían sobrevivir eran exterminados en el curso de aquel mismo día.

En el transcurso del invierno de 1942, llegó un convoy de cerca de 1.500 soviéticos compuesto de prisioneros de guerra, de guerrilleros y de civiles; su tarea consistiría en erigir, al exterior del recinto fortificado, sobre la explanada construida en 1940, una enfermería que llamaríamos el “campo ruso”, en memoria del martirio que sufrieron allí. Cada noche, subían al campo carros repletos de muertos y de moribundos; los que aún conservaban un soplo de vida eran colocados en el fondo de las carretas, y se echaba encima a los muertos. Al llegar al homo crematorio, todos estaban muertos. Fueron necesarios los componentes de no pocos convoyes para finalizar la construcción del campo ruso.

En 1942, llegó un grupo de oficiales y de comisarios políticos del ejército rojo; les hicieron formar por la noche delante del barracón 11 y fueron exterminados todos ellos a hachazos. El *kommando-führer* que se significó en este caso por su salvajismo se llama Straivisa y vive hoy en día libremente en la República Federal de Alemania.

Aún quiero dar cuenta de otros dos casos:

En octubre de 1944, cierta noche, un grupo de mujeres cruzó el campo y bajó la escalera que conducía a las duchas; una de ellas llevaba apretado contra su pecho

a un niño; un SS se lo arrancó de entre los brazos y lo echó en un cubo de la basura desde el que se podía oír sus estertores de agonía. Otra mujer estaba embarazada: el mismo SS la hizo rodar escaleras abajo de un empujón.

Sean cuales sean los lugares de encierro y el número de los verdugos, éstos no pueden nunca preverlo todo, y la fuerza de resistencia de los prisioneros, a partir del momento en que es organizada, logra superar todos los obstáculos. El relato de Luis Gil, que llegó a Mauthausen el 8 de septiembre de 1940, me parece muy aleccionador desde este punto de vista. Lo que aquí expone resultaba de lo más difícilmente explicable y creíble cuando regresamos en 1945. Quizá suceda lo mismo aún hoy en día y, sin embargo, a mi entender, es lo que hace comprender mejor la fuente moral y física de la voluntad de resistencia que permitió desarrollar una política de resistencia.

Luis Gil

El invierno 1940-1941 fue de lo más riguroso y nuestros atormentadores, a pesar de su crueldad sin límite, no tuvieron más remedio que dejar permanecer en sus barracones a una gran cantidad de presos, especialmente a los que trabajaban en los *kommandos* al aire libre, la Cantera, el Baukommando, la Siedlungsbau. Nosotros, los españoles, que hasta aquel entonces habíamos permanecido aislados en los barracones de cuarentena 16, 17, 18 y 19, fuimos trasladados a los barracones de la parte baja del campo, ocupados por presos alemanes políticos y de derecho común, y por polacos. La disciplina era menos severa y los contactos entre prisioneros más fáciles. Entonces, lo que hasta aquel momento nadie se había atrevido a hacer, nosotros los españoles lo hicimos.

Los presos no tenían derecho a ninguna clase de distracción. Un día, un grupo de españoles fabricó una pelota con papeles, trapos, trozos de cuero y cordel. Era un domingo, y aquel día se celebró en la explanada donde se procedía a pasar lista - la antigua, la situada en un extremo del campo, delante de los barracones 1, 2, 3, 4 y 5-, el primer partido de fútbol de la historia del campo de Mauthausen. Era un partido disputado entre españoles. Los alemanes y los polacos nos decían que estábamos locos, que los SS nos iban a matar a palos, que aquello estaba prohibido. Nosotros considerábamos que, prohibido o no, lo importante era levantamos la moral. Nosotros, los españoles que acabábamos de llegar al campo “libre”, como se le llamaba en contraposición con el de cuarentena, estábamos en Mauthausen desde hacía tres a seis meses. Y notábamos que nuestras fuerzas empezaban a declinar.

Si bien este primer partido no entrañaba, desde luego, el menor interés deportivo, sí, en cambio, constituyó nuestra primera victoria sobre los SS. Porque, contrariamente a todo cuanto nos habían predicho, los SS no se opusieron. Introducíamos una organización en el ámbito del campo, hasta aquel entonces sometido enteramente a su capricho. Nos sentimos más fuertes. Y el domingo siguiente, no tan sólo se celebró un partido de fútbol sino también un combate de boxeo, quedando delimitado el cuadrilátero por una cuerda sostenida en cada ángulo por uno de los nuestros. Lo más probable es que ambos boxeadores hubiesen preferido permanecer acostados en vez de intercambiar golpes, y no era siquiera por amor al deporte que gastaban así sus fuerzas, sino para entretener a sus camaradas.

No tan sólo superábamos de esta forma el miedo que nos inspiraban los SS, sino también ese otro miedo, más debilitante si cabe, que era el que teníamos a desgastamos físicamente y a no lograr recuperamos del agotamiento debido al trabajo forzado y extenuante. Y no obstante, por aquellas fechas, ningún español tenía el menor enchufe, pero sabíamos por experiencia que el peor de los cansancios es el que se deriva de la dejadez, tanto moral como física.

Segunda Parte

De la resistencia española a la organización de la resistencia internacional

Se impone volver a referirnos a esa vida, a esa muerte de cada día. Nadie como los españoles ha vivido la atmósfera que se respiraba en Mauthausen en aquel año de 1941, el año de las grandes victorias de Hitler, el año en que los SS creían a pies juntillas en la guerra relámpago contra la Unión Soviética. Fue la época de la gran embriaguez del Reich milenario. Todo les era permitido a los SS, y tanto más si era en contra de esos “rojos”. Mas, cualesquiera que fuesen la fe y el fanatismo de los verdugos, éstos se resquebrajarían ante la determinación de esos prisioneros. He aquí el campo de concentración, el campo de exterminio, el campo de cada día. Nos hallamos en 1941.

Razóla

Cuando llegué a Mauthausen el 26 de abril de 1941, muchos eran los españoles que me habían precedido y muchos también eran los que habían muerto. El campo estaba aún completamente dominado por los prisioneros de derecho común. Tan sólo algunos polacos empezaban a tener acceso a los puestos de responsabilidad en los barracones y en los *kommandos*, pero se trataba de reaccionarios que manifestaban una viva hostilidad política para con los españoles. Ya en aquella época, los españoles procedentes de los primeros convoyes, los que habían logrado sobrevivir, empezaban a ser considerados como veteranos, a conocer el campo y, dado que eran hombres del pueblo que sabían vivir de sus manos, empezaron a introducirse en los *kommandos* en los que, al llevarse a cabo un trabajo especializado, las condiciones de vida eran más llevaderas. No pasaba día en que algunos lograsen entrar a formar parte de los *kommandos* de costura, de pintura, del almacén de ropa, de la desinfección, en la sección de carpintería donde se fabricaban muebles para los SS, en el *kommando* de electricistas. Al propio tiempo que trabajaban bajo techo, podían hacerse con diferentes elementos que serían aprovechados por sus compañeros.

Ese movimiento se extendió hasta la cantera. Muchos de los nuestros solicitaron puestos de especialistas en la forja, en la taladradora neumática. Algunos de ellos no tenían la menor experiencia en esa clase de trabajo, pero iban aprendiendo... Fue por entonces cuando se inició la construcción del formidable muro que circundaría el campo. Todos nuestros campesinos sabían construir un muro y se

presentaron como albañiles.

Un español llegó a ser *kapo* en esa construcción. Le llamábamos El Maño porque era aragonés, pero su verdadero nombre era Manuel. Tuvo así la oportunidad de nombrar a otros españoles como *kapos* de cuadrilla y, en ese sector, a pesar de que el *kapo* en jefe era un bandido -que, por cierto, fue ejecutado cuando la liberación de Mauthausen-, los españoles acabaron por llevar la voz cantante.

El rendimiento era muy bajo y si la construcción del muro progresaba, ello era debido principalmente a la abundancia de mano de obra.

Siedlung evoca, para quien es conocedor del idioma alemán, la imagen placentera de una ciudad-jardín. Siedlungsbau, que significa la construcción de un complejo de ese tipo, era un término que dejaba aún despavoridos a los veteranos del campo cuando nos hablaban de ello tres años después, en 1944. Hasta tal extremo que un día, intrigado, quise saber si realmente lo que se había tratado de construir era una Siedlung o no. Sí, y en un paraje espléndido, me contestaron. He aquí cómo se moría en ese pintoresco paisaje.

Constante

En la primavera de 1941, los SS decidieron construir chalets para todos los oficiales SS. El lugar escogido para ello se hallaba situado sobre una colina, cerca de la bifurcación de la carretera que va de Mauthausen a Gusen. El *kommando* fue denominado *Siedlungsbau*. A éste fueron incorporados 350 españoles, entre los cuales había numerosos especialistas. Los trabajos de construcción de los chalets se iniciaron al mismo tiempo que la construcción de la carretera que debía llevar hasta el emplazamiento de las obras. La carretera distaba unos 500 ó 600 metros de la obra, con un desnivel de cincuenta metros por lo menos. Por lo tanto, hasta que no estuviese acabada la carretera, había que subir todos los materiales de construcción, piedras, cemento, armazones, etc., cargados sobre las espaldas.

Al igual que los demás presos, llevábamos una especie de sandalias con suela de madera que dejaban el talón al descubierto, a semejanza de las chinelas, y que nos hacían mucho daño en los pies. En cuanto llovía, chapoteábamos en el barro que nos llegaba hasta las rodillas y acabábamos perdiendo nuestro calzado. Se veía entonces obligado uno a trabajar descalzo hasta la noche. Bajábamos la

cuesta corriendo, asaetados por los golpes de los SS y de los *kapos*. Las escenas espeluznantes se sucedían durante el día entero. Cuando uno de nosotros se desplomaba agotado, los SS le ahogaban hundiéndole la cabeza en el barro. Cada noche regresábamos al campo cargando con los muertos.

Los mandos del *kommando* en cuestión eran de lo más “escogido”. Eran suboficiales SS, seleccionados entre los más implacables, que habían ido ascendiendo gracias a sus hazañas sanguinarias. Se habían rodeado de los *kapos* más abyectos, siendo el *kapo* en jefe un tal Matucher, un sádico que se mordía la lengua cuando golpeaba a los presos y cuyos ojos se inyectaban en sangre a medida que se ensañaba con sus víctimas. Se rodeó a su vez de los asesinos que, más tarde, mandarían la *Strafkompanie*, la compañía disciplinaria: Mayer, un antiguo boxeador; Christian, proxeneta en Hamburgo y Barcelona, que hacía las veces de intérprete; Schmidt, un asesino a sueldo; Pelzer Sup, un homosexual. Todos ellos se habían ejercitado ya sobradamente cuando exterminaron a los judíos holandeses a su llegada al campo.

Dieciséis horas de trabajo al día. El domingo, todos los prisioneros del campo eran obligados a transportar piedras a cuestras desde la cantera hasta el Siedlungsbau, lo que representaba una caminata de cerca de tres kilómetros. Los SS exigían que se llevase a cabo dicho transporte a un ritmo desenfrenado, prohibiendo a los presos detenerse para hacer sus necesidades o para beber agua. ¡Ay del que desobedecía las órdenes! Habíamos construido un sifón para facilitar el desagüe de las aguas de un riachuelo y evitar de esta guisa que quedase anegada la carretera que subía hasta la obra. Uno de los pozos tenía dos metros de profundidad; ahí es donde se echaba, vestidos, a todos los que eran sorprendidos bebiendo. Los SS les impedían agarrarse a los bordes, pisoteándoles las manos. Se había convertido en uno de los pasatiempos predilectos de los SS y de los *kapos*.

El beber era tanto más peligroso cuanto que el agua estaba contaminada. Se presentaban numerosísimos casos de disentería. Y los que padecían dicha enfermedad, al no poder hacer sus necesidades en todo el día, ensuciaban sus calzoncillos. Por la noche, los jefes de barracón examinaban dichas prendas precisamente con el fin de descubrir a los enfermos. A éstos se les ponía debajo de una ducha helada y luego se les hacía tumbar desnudos sobre el cemento al lado de los muertos traídos por el *kommando*, ahí amontonados a la espera de que fuesen quemados sus cuerpos. Pocos eran los que sobrevivían hasta el día siguiente. Si aún seguían vivos, se les enviaba de nuevo al *kommando*. A la

noche siguiente, se les traía de vuelta al campo, pero esta vez muertos.

Todos los trabajos de terraplenado se realizaban sin máquinas. Llevábamos la tierra en *Trage*, especie de parihuelas transportadas por dos hombres, y aplanábamos el suelo arrastrando un enorme rodillo. Quien flaqueaba era liquidado de inmediato.

La vida en los barracones, cuando regresábamos al campo, había sido cuidadosamente estudiada para que prosiguiesen las torturas padecidas ya durante todo el día. Había que cruzar el refectorio del barracón para entrar en el dormitorio. Teníamos que pasar con los pies desnudos por encima de una estera muy estrecha. ¡Pobre del que se saliese de ella! El piso del barracón debía estar constantemente brillante y sin la menor mácula. Otro tanto sucedía con los cubiertos y las escudillas, y por tal motivo nos prohibían utilizarlos.

Por la noche, hiciera el tiempo que hiciera, los SS hacían abrir las contraventanas de los dormitorios. Cuando la nieve caía abundantemente, tal como ocurrió durante la primavera de 1941, nos hacían levantar para apisonarla con los pies y, a la mañana siguiente, nos hacían levantar temprano para barrerla antes de que marchásemos a trabajar. Hiciera el tiempo que hiciera, nos obligaban a comer el rancho fuera del barracón.

Cedemos de nuevo la palabra a Marcelino Bilbao. No por necesidad de simetría, ni siquiera, para hablar con propiedad, de estereoscopia. Ha vivido el mismo terror, no digamos de forma diferente, pero enfocándolo de forma diferente. Ha hecho frente a éste de idéntica forma. La espantosa repetición del terror con su monotonía, sus mecanismos inhumanos y los numerosos subterfugios que sabe poner en juego el hombre para prolongar ese milagro que es la vida. Pero Marcelino Bilbao nos hace comprender -porque lo ha experimentado personalmente- que los españoles han sabido constituir un grupo, una comunidad que reunía, amparaba a los suyos en el cálido seno no tan sólo de la solidaridad material, sino también de la ayuda mutua, del idioma común que acaba atribuyendo a todos sus motes, es decir, su propia traducción del campo de exterminio y de sus verdugos. Y dicho campo queda exorcizado y sus verdugos desposeídos de parte de su poder cuando pasan a llamarse, por ejemplo, El Seco.

Bilbao

Después de la cuarentena en el barracón 15, donde lo pasamos fatal, fuimos trasladados al barracón 18, donde lo pasamos aún peor. El jefe de barracón era un truhán famoso, conocido bajo el apodo de Capone de Berlín. A su barracón eran enviados los enfermos y los heridos. No para cuidarlos y sanarlos, sino para dejarlos morir en cualquier rincón como si de animales abandonados se tratara. Entre esos desgraciados, había habido numerosos españoles que nos habían precedido desde hacía algunos meses. Resulta imposible plasmar la atmósfera que reinaba en aquel barracón si no es a través de algunos detalles significativos. Por ejemplo, las mantas estaban tan asquerosamente sucias que ya no se sabía por dónde cogerlas y desprendían un hedor espantoso. Todo estaba cubierto de piojos, pululaban sobre el pan como hormigas en un hormiguero. Por espacio de tres días y de tres noches, nos fue imposible pegar ojo, pues los piojos nos comían vivos. Un prisionero que no estaba en condiciones de levantarse tuvo partes del cuerpo literalmente devoradas por esos malditos parásitos.

Del barracón 18 pasamos al barracón 6. El jefe de éste era un austríaco al que, de hecho, no se puede reprochar nada en especial. En cambio, el jefe de dormitorio y su secretario eran unos criminales empedernidos que ansiaban nuestro rápido exterminio. Fuimos enviados a las duchas, tras lo cual nos hicieron permanecer formados y desnudos delante del barracón hasta las diez de la noche. Luego, el secretario preguntó si había entre nosotros jardineros de profesión: algunos de nosotros nos inscribimos. Aun cuando no fuésemos del oficio, habíamos pensado que quizá allí encontraríamos alguna posibilidad de salvar el pellejo. A continuación, el secretario tomó nota de otros especialistas que serían designados para formar parte de otros *kommandos*. En esto, el jefe de barracón, furibundo porque eran las once de la noche y aún no había podido conciliar el sueño, intervino diciendo: “¡Mañana por la mañana, todos a la cantera!”. Al día siguiente, la tragedia empezó para ellos. Sin embargo, aquellos que como yo se habían inscrito como jardineros, partieron bajo las órdenes de un *kapo* alemán completamente chiflado, pero no malvado, que distribuyó palas y picos y nos mandó practicar agujeros cerca del barracón para las letrinas.

Era nuestro primer día de “salida” y desde el sitio donde trabajábamos podíamos observar los múltiples aspectos de la horrenda vida del campo. Los primeros españoles que vimos tenían las piernas cubiertas de llagas y sus caras se asemejaban a calaveras; no les quedaba más que la piel sobre los huesos e incluso su voz sonaba apagada. Si caían, ya no conseguían volverse a levantar; y, sin embargo, esos hombres seguían trabajando; algunos de ellos, cuando se sentían morir -porque morían conservando toda su lucidez-, se dejaban caer en

un rincón. Si alguien trataba de ayudarles a ponerse en pie, de nada servía; tenían el cuerpo encogido y ya nada ni nadie hubiese logrado enderezarlos. Con la cabeza entre las manos, cerraban los ojos para siempre jamás. A muchos he visto morir en esas circunstancias dramáticas, pero nunca he visto llorar o gemir a ningún español.

Un día, fui designado junto con otros siete españoles para pelar patatas en la cocina; no se trataba de un *kommando* desagradable y, por añadidura, ofrecía no pocas perspectivas; desgraciadamente, no permanecimos en él durante mucho tiempo: el *kapo* tuvo una discusión con un español que le asestó un puñetazo. El caso era grave y podía costar la vida: golpear a un *kapo* alemán y sobre todo al *kapo* de las patatas... Los alemanes tenían la costumbre de matar a troche y moche, pero empezaban a darse cuenta de que los españoles tenían redaños. En resumidas cuentas, todos los españoles fueron expulsados de la cocina, castigados y enviados nuevamente a la cantera.

King-Kong, el responsable del interior del campo, dormía en un barracón en el que, cierta noche, se originó una pelea entre españoles y zingaros que no querían dejar sitio alrededor de la estufa. Pronto se armó la marimorena. King-Kong intervino a vergajazos y echó a todo el mundo fuera. Resultado: quince españoles fueron enviados al barracón 3. El jefe de aquel barracón era, por descontado, uno de los peores del campo. “Mañana -nos dijo-, ninguno de vosotros regresará con vida de la cantera”. Más de una vez, en efecto, creímos que había llegado nuestra última hora y, a pesar de todo, conseguimos salvar el pellejo, gracias a la moral que nos animaba. En el *kommando Donaulinde* trabajaban veinte españoles que cargaban piedras de la cantera en barcazas. Cuando los grandes frios de principios de 1941, teníamos que cruzar una pequeña pasarela que llevaba de la carretera a la gabarra, descalzos y llevando entre dos una *Trage* cargada con piedras cuyo peso rebasaba nuestras fuerzas. Muchos de los nuestros resbalaron y cayeron al agua; entonces, los SS se divertían disparando sobre ellos y el Danubio se llevaba los cadáveres.

Otro *kommando* había sido encargado de la construcción de los garajes de los SS. Los *kapos* estaban poseídos por un verdadero frenesí criminal e inventaban todos los pretextos posibles e imaginables para asesinar. Un español que, durante el descanso que se daba al mediodía para tomar el rancho, se había sentado a la sombra a unos pasos de distancia, fue denunciado al centinela por “intento de fuga”, y el soldado disparó, matándole mientras estaba comiendo tranquilamente.

Yo había regresado a la cantera y formaba parte de un grupo de treinta rusos y españoles a quienes, durante seis semanas consecutivas, cada sábado, se hacía una toma de sangre. Al cabo de esas seis semanas, se nos llevó a la enfermería instalada en el barracón 5, para ponernos inyecciones en la zona cardiaca, inyecciones que producían una inflamación que se extendía paulatinamente como un trazo de lápiz azul, hasta el hombro. Cada tarde, debíamos presentarnos en la enfermería y el médico SS hundía los dedos en la región dolorosa. Los primeros días, estaba uno como paralizado de la cabeza a los hombros, y esa sensación no desapareció hasta al cabo de unos quince días. Los que ya no tenían ni fuerzas para personarse en la enfermería, eran llevados al barracón 20, donde estaban apiñados otros enfermos. Mientras tanto, llegó un fuerte contingente de prisioneros procedentes de diferentes países y, para hacer sitio, los SS procedieron a la eliminación de todos los enfermos inyectándoles gasolina; así fue como algunos españoles que pertenecían a ese grupo fueron asesinados.

Durante una semana, me sentía tan débil que casi tenía que andar a gatas, luego la inflamación fue cediendo y quince días más tarde, con ocasión de una nueva visita a la enfermería, el médico SS nos preguntó si todavía nos dolía; al contestarle que no, nos dio un par de bofetadas y nos echó de allí. Así finalizaba una nueva aventura, pero de los treinta hombres que habían sido sometidos a ese experimento, no quedamos más que siete. Tal hecho aconteció en abril de 1942.

Unos meses más tarde, un grupo que trabajaba en la cantera y del que formaban parte algunos españoles fue llevado al barracón 16, del que estaba prohibido salir, a no ser para integrarse al trabajo de su *kommando*. La ración cotidiana consistía en tres litros de una papilla de cebada, con exclusión de cualquier otro alimento. Cada sábado eran examinados y pesados; al cabo de tres semanas de ese régimen, estaban hinchados y habían perdido sus fuerzas.

Por aquella misma época, los españoles que trabajaban en la cantera fueron nuevamente blanco de una “ofensiva”, sin que se supiese el motivo, pero el caso es que se inventaba cualquier pretexto: robo de una ración de pan, actitud insolente frente a un *kapo*, sabotaje. Llovían sobre nosotros los golpes, hasta tal punto que dos o tres de nuestros camaradas murieron a consecuencia de éstos.

La única manera de resistir consistía en no pensar demasiado en las atrocidades que se producían a diario y en conservar la sangre fría, así como una actitud vigilante, para poder proceder a pequeñas operaciones como la que sigue: el oficial SS responsable de la cantera, aquél al que los españoles habían apodado

“El Seco”, había hecho habilitar para su uso particular un huertecito en la cantera, y los españoles que trabajaban en éste robaban, cuando podían, algunos tomates, una remolacha, unas patatas. Esos hurtos podían acarrear graves consecuencias, e incluso la muerte.

De 1940 a 1942 inclusive, el balance resultó catastrófico para nosotros. Una noche, al regresar del trabajo, todo el estado mayor SS situado alrededor del comandante asistió a nuestro desfile. Luego, el comandante nos ordenó pasar delante de él, uno por uno, corriendo y saltando por encima de un bastón que sostenía horizontalmente. Los que se sentían incapaces de hacerlo sabían que su vida pendía de un hilo, razón por la cual pusieron en juego toda su energía para conseguirlo, pero muchos de ellos se desplomaban delante de ese jurado de criminales que los apartaban a patadas o a latigazos. Fueron enviados seguidamente al campo de Gusen en camiones, en los que los *kapos* echaban a los más débiles como si de sacos se tratase. De los cuatrocientos hombres que integraban ese convoy, la gran mayoría acabó rápidamente en el homo crematorio. Esos camaradas eran sustituidos en el trabajo por aquellos que finalizaban el período de cuarentena.

En septiembre de 1941 se realizó una nueva selección de setecientos prisioneros, entre los cuales había buen número de españoles que, en esta ocasión, fueron conducidos a pie hasta Gusen. Al ver esa procesión de moribundos, pensaba uno en algún lamentable rodeo de los que se había visto en películas americanas. Detrás de la columna de presos iban dos camiones, y en éstos eran echados los desgraciados que se desplomaban durante el trayecto. Los observé mientras caminaban por la carretera que bajaba del campo. Los SS y los perros lobos los custodiaban. Los camiones tuvieron que hacer varias idas y venidas en el transcurso de esa triste peregrinación, dado que ese trayecto de unos cinco kilómetros costó la vida a unos centenares de prisioneros.

El barracón 20, una vez más convertido en vertedero de enfermos, tuvo nuevamente que ser limpiado de ocupantes, pues faltaba sitio para alojar un nuevo convoy de deportados. El médico SS se presentó, hizo que se quitasen la camisa los que ahí se encontraban y trazó sobre sus torsos con un lápiz tinta las letras TBS (tuberculosis). Al día siguiente por la mañana, con una temperatura de 20° bajo cero, todo el mundo salió desnudo para dirigirse al barracón 5, donde se hallaba instalada la enfermería. Entraban en ésta, uno por uno. El médico SS y dos enfermeros les ponían una inyección en el brazo izquierdo: era una inyección de gasolina que ocasionaba la muerte al cabo de unos segundos. En un

tiempo récord, el barracón 20 quedó listo para recibir a la nueva hornada de presos.

Los deportados que pasaban al lado de la enfermería podían darse cuenta perfectamente de lo que ocurría, pues los SS no trataban de ocultarlo; dado que el número de cadáveres rebasaba las posibilidades del horno crematorio, se tuvo que construir otro, más moderno y provisto de un horno eléctrico. Una vez tuve que transportar ahí a un español que había muerto durante el trabajo en la cantera y pude constatar que había más de seiscientos cadáveres apilados.

Un español que formaba parte de un grupo destinado a ser gaseado esperaba afuera que llegase su turno. Cuando éste iba a llegar, la campana tocó anunciando la pausa del mediodía. Le cerraron la puerta en las narices y el enfermero que le acompañaba le dijo que por el momento se había acabado. El español, que se hallaba en un estado de hipnosis, tardó un rato en comprender lo que sucedía, y los guardianes le hicieron volver a golpes a su barracón, diciéndole que le vendrían a buscar por la tarde. Al verle llegar, el jefe de barracón, creyendo que se había escapado, quiso darle un escarmiento. Por la tarde, nadie vino a buscarlo... y actualmente, vive feliz y tranquilo en Francia.

Tras haber sido cambiado varias veces de barracón, fui enviado al 11, donde hallé mejor ambiente; allí éramos todos españoles. Aun cuando siguiese trabajando en la cantera, la vida se había hecho más llevadera, y, por la noche, había orden y tranquilidad. No querría terminar mi relato sin hacer constar que ello era debido al peluquero del barracón, Manuel Azaustre, cuyos sentimientos de solidaridad no olvidaremos jamás.

Termr como para volverse loco. El terror cotidiano, al igual que el trabajo y la muerte. El terror hora tras hora, y día tras día, y mes tras mes, y el terror de los domingos, y el terror de los años. Con Navarro nos sumergimos en otra repetición del termr, simplemente porque él llegó más tarde, en el invierno de 1941, dieciséis meses después de Escobedo, Luis Gil Blanco o Bilbao. En suma, porque ha llegado como un checo. Porque vive, por tanto, inmerso en la ola de terror desencadenada contra los checos, la novedad del termr contra los checos y contra los soviéticos. Pues la ola de termr desencadenada contra los checos no había finalizado aún cuando los soviéticos empezaron a tomar el relevo.

Navarro

Entonces fuimos designados para realizar diferentes trabajos: unos, a la cantera; otros, al *kommando Garagenbau*, cuyos *kapos* eran conocidos por su barbarie y por su sed de sangre. La vista de la sangre fluyendo de las heridas que ocasionaban les embriagaba visiblemente. Flay que citar sus nombres: el *kapo*, Franks, y el aspirante a *kapo*, Otto. Junto con nosotros trabajaban unos checos. Salíamos cada mañana del campo y regresábamos por la noche, maltrechos por los golpes y unidos en el infortunio, cogidos de la mano, para mayor despecho e ira de los *kapos*, que no alcanzaban a comprender nuestra solidaridad. Ese *kommando* era considerado como el de los condenados a muerte y cada noche las víctimas eran llevadas al homo crematorio.

Cerca de la obra, se nos hizo iniciar la construcción de un enorme depósito de agua. Teníamos que transportar a un kilómetro de distancia carretillas llenas de arena y llevar a cuestras pesadas piedras, siempre, por supuesto, asaeteados a golpes, por lo cual a menudo las piedras estaban manchadas de sangre. Recuerdo cierta tarde del año 1942, en que uno de nuestros camaradas checos, molido a palos, era arrastrado por el cuello de su chaqueta como si fuese una piltrafa. Los *kapos* debieron darse cuenta por nuestra actitud que íbamos a echarle una mano y tanto uno de mis compañeros, Jorcóles, como yo, recibimos una tanda. A pesar de ello, conseguimos llevar hasta el campo al pobre muchacho, pero en tal estado que estoy convencido de que terminó en el homo crematorio.

Los pretextos más inesperados podían acarrear correcciones disciplinarias. Recuerdo que un camarada soviético y yo habíamos logrado matar una rata y que teníamos intención de asarla en las brasas de los chamizos en mina que nos habian mandado quemar. Denunciados por un soplón alemán, fuimos interrogados por los SS, que querían saber quién había matado y quién había escondido la rata. Dijimos que habíamos sido nosotros y que la habíamos escondido para asarla más tarde. Por haber dicho la verdad, no recibimos más que quince golpes de *Schlague* en vez de los veinticinco que nos correspondían por semejante delito.

Después del *Garagenbau*, trabajé durante cuatro meses en la cantera. A cien metros de la puerta de entrada monumental, había un puesto de observación provisto de una ametralladora que permitía a los SS disparar contra los judíos que se hallaban en la cantera con nosotros, después de haberles sometido a los más espantosos malos tratos. Por ejemplo, seleccionaban a algunos de ellos, les obligaban a volver a subir la escalera de la cantera y, en cuanto habían llegado arriba, de un empujón los echaban escaleras abajo. Dado que trabajábamos cerca

de los escalones de dicha escalera, a menudo quedábamos salpicados de sangre y de carne humana.

Después del trabajo en la cantera, pasé cinco días en el grupo del *kapo* Rémy, el asesino. Creyendo mejorar mi suerte, me las arreglé para formar parte del *kommando* Prieto, pero ahí aún era peor. Luego, fui enviado al molino que trituraba las piedras, y cuyo *Icapo*, un gitano alemán, golpeaba siempre a la cabeza. Más adelante, mi amigo Romero y yo fuimos destinados a un *kommando* encargado de mantener la carretera en buen estado, trabajo que nos pareció menos duro. A menudo teníamos que transportar una especie de carbón hecho a base de no sé qué materias y teníamos tanta hambre que nos comíamos pequeños trozos de éste, que, por cierto, nos parecían de sabor bastante aceptable. Al mediodía, cuando nos repartían el rancho, los camaradas Escobedo, Romero, Jorcóles, Sandalio, Algadeque y otros, recogíamos hierbas, las triturábamos y las mezclábamos con el alimento: constituía esto una pitanza bastante consistente, como la que se da a los animales, y cuando conseguíamos hacerlos con mondaduras de patata o de colinabo, era un verdadero festín. Ahora bien, esos excesos gastronómicos podían acarrear sanciones: si durante los registros a los que estábamos sometidos, hallaban los guardianes rastros de mondaduras en nuestros bolsillos, nos castigaban a llevar por la noche una piedra auestas. Había encontrado una estratagema para que ese castigo resultase menos penoso, y ésta consistía en hacer descansar parte de la carga sobre las mangas de la chaqueta, ardid que entrañaba no poco riesgo. Este *kommando* duró unos cuatro meses. Luego, nos enviaron a recoger papeles y detritos que el viento acumulaba cerca de las alambradas de púas, circunstancia que me permitió observar no pocas cosas. El lugar donde los oficiales del Ejército Rojo, tanto hombres como mujeres, eran fusilados, era una especie de casucha hecha de troncos. Los condenados a muerte eran colocados en el fondo y fusilados a unos dos metros de distancia... Esa cabaña estaba emplazada del otro lado de las alambradas, a unos tres metros, frente al barracón 16. El que mandaba las ejecuciones se llamaba Pasmada.

Al cabo de un tiempo, me sacaron de ese *kommando* por considerarme no apto físicamente para esa tarea y quedé arrumbado junto con otro español llamado Santos. Ambos pertenecíamos al barracón 12 y ya nos veíamos camino del homo crematorio, pero el secretario del barracón, Badina, de Barcelona, me aseguró que era para ir a un nuevo *kommando* cuyo jefe, un preso político llamado Adam, sentía simpatía por los españoles. Y así fue, en efecto. Todos los domingos, los prisioneros del campo iban a realizar obras a una división anexa

que se convertiría en un campo de exterminio para los rusos. Todos los *kommandos* estaban obligados a participar en dichos trabajos. Ahí he visto matar a españoles y a hombres que habían formado parte de las Brigadas Internacionales. Recuerdo la ejecución de un tal Enrique, grabador de profesión. Los *kapos* vinieron en su busca y se lo llevaron asestándole golpes con los mangos de sus picos. Antes de ser ejecutado, solicitó decirnos unas palabras: “Camaradas españoles, si lográis sobrevivir, no os olvidéis de atestiguar lo que habéis visto y no olvidaros de las Brigadas Internacionales”. Luego, dijo a sus verdugos: “¡Cobardes, matadme ahora!”. Cuatro *kapos* lo rodearon y lo condujeron hasta delante de la ametralladora.

Magullados, ensangrentados, cada domingo asistíamos al paso del convoy de carretas (cinco o seis cada domingo), que transportaban al homo crematorio los cadáveres de aquel día. Y al día siguiente, agotados, reanudábamos el trabajo habitual de la semana en la cantera. Cierta día, un prisionero que trabajaba de electricista logró evadirse. Todo el campo fue condenado a trabajar sin interrupción durante todo el día y a permanecer en posición de firmes durante toda la noche, en la explanada donde se pasaba lista. Al día siguiente, encontraron al fugitivo y lo colgaron delante de todos nosotros en aquella misma explanada.

Todavía no han llegado ustedes al paroxismo del terror, empiezan a comprender lo que significaba una ola de terror, una “ofensiva” tal como se decía en la jerga del campo. Ahora podrán enterarse de lo que fue “la ofensiva ” contra los voluntarios de las Brigadas Internacionales cuando su llegada a Mauthausen en 1940. Desde el punto de vista cronológico, es un retroceso en el tiempo, pero el terror, bien sabido es, no conoce de cronología. Los verdugos jamás se dan por satisfechos. Es necesario aniquilarlos. Que estén ustedes preparados, sensibilizados o de vuelta de todo debido a lo que antes se ha relatado, poco importa ante lo que nos va a relatar Balogh.

Esteban Balogh

Al cabo de ocho días de cuarentena, nos llevaron al *kommando* de la cantera, donde éramos obligados a cargar con piedras de cincuenta kilos por lo menos. El hambre y el frío venían a sumarse a nuestro tormento. Cuando fuimos testigos de las primeras matanzas realizadas en tomo a nosotros, empezamos a pensar que nuestras posibilidades de salir con vida eran prácticamente nulas. Por aquel entonces, los españoles no estaban autorizados a comunicarse; por añadidura,

estaba terminantemente prohibido el dirigirse la palabra. A cada día que pasaba, nuestras fuerzas iban menguando y resultaba cada vez más penoso subir las piedras necesarias para la construcción del muro del campo. Como no manteníamos contactos con nadie y nos estaba prohibido aproximarnos a otros presos, decidimos organizar la solidaridad en nuestro reducido grupo - solidaridad muy limitada, aun cuando efectiva-. Algunos de los nuestros eran personas de edad, enfermos del corazón; los colocábamos en la parte central de la columna y les dábamos para transportar piedras que tenían la misma apariencia que las demás pero que resultaban menos pesadas. Presos ajenos al *kommando* consideraban que perdíamos el tiempo; todas esas precauciones, decían ellos, no servirían de nada, pues todos nosotros estábamos destinados a ser liquidados rápidamente. Nos obstinamos en sustentar una opinión contraria y argüíamos que quizá no todos perderíamos la vida en el transcurso de esa lucha.

Pero temíamos la llegada del invierno. Sin embargo, la realidad inmediata resultó ser mucho más terrible. Ya ha sido dicho que los deportados españoles llevaban un triángulo de tela azul; nosotros, los de las Brigadas Internacionales, lo llevábamos de color rojo, y los que eran judíos llevaban además la estrella de David. Los SS decidieron lanzar una "ofensiva": a los españoles rojos se les obligaba a transportar piedras que habían sido escogidas previamente por los SS; los judíos tenían que cargar con las más pesadas y además a paso ligero. Esta medida se prolongó durante unas cuantas días, hasta la liquidación total de nuestros camaradas judíos. Regresábamos por la noche al campamento completamente extenuados; camaradas menos expuestos que nosotros nos proponían la mitad de sus raciones, diciéndonos que sufríamos más que los demás y que para poder resistir era absolutamente necesario que comiésemos más que la ración que nos correspondía. Pero nosotros nos negamos a aceptar su sacrificio, pues una ración normal ni tan siquiera era suficiente para alimentar a una persona. Y los presos alemanes que eran testigos de ese espíritu de solidaridad decían que los SS nos reservaban a todos la misma suerte.

La primera víctima de nuestro grupo fue el doctor Emerico Mezei, que era médico militar. Lo habían incluido entre los judíos por el mero hecho de tener una abuela judía. No tenía disposiciones para los trabajos que requerían fuerza y de inmediato los SS se ensañaron en él, golpeándole sobre todo en la cabeza. Al tercer día, estaba tan desfigurado que tan sólo se le podía identificar por su número de matrícula; no sabíamos qué hacer para atenuar sus sufrimientos. Al día siguiente, después de haber regresado del trabajo y poco antes de que se pasase lista, los SS le entregaron un alambre y le obligaron a ahorcarse delante

del barracón 19. Su cuerpo aún estaba tibio cuando fue arrastrado hasta el homo crematorio. Así es como acabó ese diplomado de la Sorbonne, que había cumplido con su deber en los campos de batalla de España y de Dunkerque, donde, bajo el fuego enemigo, había auxiliado a los heridos tanto franceses como alemanes.

De los diez presos que formaban nuestro grupo, ocho de ellos eran judíos. Al día siguiente de la muerte del doctor, los siete que quedaban volvieron de la cantera en un estado espantoso: dientes rotos, orejas arrancadas, ojos amoratados, rostros tumefactos. Sin embargo, se negaron a comer el suplemento de rancho que los camaradas españoles les ofrecían, pues estaban convencidos de que no tardarían en morir. Aquella misma noche, después de que se hubiese pasado lista, solicitaron entrevistarse con nosotros, y cuando estuvimos todos reunidos, el camarada Sollercich Sigmund tomó la palabra: “Resulta evidente, y el ejemplo del camarada doctor Mezei nos confirma lo que suponíamos, que todos los judíos están condenados. Por lo que a nosotros se refiere, no vale la pena resistir y sufrir inútilmente. Pero vosotros, aun cuando llevéis el triángulo rojo, no sois judíos y quizá tengáis más posibilidades que nosotros. Si uno de vosotros logra salir con vida de este infierno, decid a los nuestros adonde y de qué manera hemos muerto. Nuestra última voluntad es que contéis a nuestros padres y a nuestros amigos que hemos muerto tal como nos han conocido y que nos consideren como habiendo caído en el campo de honor en nuestra lucha contra el fascismo y en pro de la libertad”. Aquella noche, ninguno de nosotros pudo probar bocado. Ese corto discurso había sido pronunciado en las letrinas, y ni siquiera habíamos podido estrechar las manos de nuestros camaradas, pues las tenían en carne viva. Otros camaradas españoles fueron a reunirse con nosotros y vertían lágrimas ante esa cruel realidad.

Al día siguiente, cuando llegaron a la cantera, se abrazaron fuertemente y, cantando la *Internacional*, se encaminaron hacia la torre de vigilancia. Despavoridos, todos interrumpimos el trabajo y los SS se pusieron a ladrar sus “¡Haití”. Pero ellos seguían caminando, cantando con todas sus fuerzas, y nosotros seguimos oyendo la *Internacional* hasta que quedaron segados por las ráfagas de las metralletas.

Esos camaradas eran ciudadanos rumanos, heridos repetidas veces durante la Guerra Civil de España, donde habían acudido para alistarse como combatientes antifascistas. Por la noche, tras regresar a sus barracones, los españoles se reunieron y observaron un minuto de silencio en honor a esos valientes, lo que

sorprendió sobremanera a los demás presos de los barracones, pues tal hecho jamás se había producido entre ellos. Los “verdes” y los “negros” empezaron a darse cuenta de que los españoles no eran la clase de prisioneros que habían supuesto cuando su llegada al campo. Se reconoció que el espíritu de solidaridad había entrado en Mauthausen junto con los españoles, y ese ejemplo cundiría a la larga.

Los cuerpos de nuestros camaradas habían sido ya enviados al horno crematorio. Cuando se pasó lista delante del barracón 19, el *Herr Kommandoführer* nos arengó con respecto a lo sucedido en la cantera: “Ningún cerdo comunista, judío o no, volverá jamás a cantar su himno”. Aquella misma noche prometimos solemnemente que en el momento que fuésemos a ser ejecutados cantaríamos la *Internacional* al igual que nuestros heroicos camaradas. Tal hecho aconteció el 11 de octubre de 1940 y los camaradas asesinados se llamaban: Filip Weisz, Bercu Lozneau, Israel Diamant, Mihail Leb, Saia Abramovici y Sigmund Sommereich.

De aquel grupo de ocho judíos quedaba uno, el doctor José Gardonyi. Al día siguiente, los SS y los *kapos* le apalearon con los mangos de las palas, y cuando se desplomó sin poder ya mover brazos ni piernas, le remataron con una ráfaga de metralleta.

Los camaradas españoles se sentían muy impresionados por esas ejecuciones. Sin embargo, no se atrevían a decirnos que tras los judíos llegaría nuestro turno. Éramos nosotros quienes debíamos decirles: “No caímos en España y será probablemente aquí donde dejaremos el pellejo. Es la misma lucha contra el mismo enemigo”. El año 1940, que no significó sin embargo más que unos meses de estancia en Mauthausen, fue sin el menor género de duda el peor de todos para los españoles: muchos de ellos murieron de hambre y de frío; no había más *kommando* que el de la cantera, y en los barracones no disponían más que de un catre de 65 cm en el que tenían que apañárselas para dormir nada menos que cuatro hombres.

He aquí, no que vaya a brillar un rayo de esperanza, sino que la resistencia va a dejar de ser la resistencia del hombre Escobedo, del hombre Navarro, del hombre Bilbao o del hombre Balogh, para convertirse en la acción común de los supervivientes. Toma de conciencia por parte de los supervivientes de que han resistido y que, por tanto, pueden resistir, organizar la resistencia, su resistencia, pasar de la resistencia al mal a la resistencia proyectada como una lucha contra

el mal. Los aragoneses tiene fama de ser los más testarudos de ese pueblo testarudo que es el pueblo español. Probablemente no es debido al azar que el relato de Sebastián Mena se base en ejemplos aragoneses. Mena tiene treinta y un años cuando llega a Mauthausen. Ha nacido en la provincia de Guadalajara. Antes de ser agricultor ha sido pastor. En enero de 1937 logró huir de la zona franquista para ir a alistarse en el ejército republicano.

Sebastián Mena

Los que habían llegado los primeros nos comunicaron su experiencia, que aun cuando no alcanzase más allá de un mes de estancia en el campo, no por ello dejaba de ser concluyente. Aseguraban, sin embargo, que la situación, con respecto a los primeros días, parecía haber mejorado algo. Algunos suponían que ello era debido al intento de suicidio de dos españoles que ya no podían soportar semejante suplicio. Tal como reza un refrán español: “A cántaro nuevo, agua fresca”. Al principio éramos como una distracción, como un juguete para los SS, los *kapos* y los veteranos del campo. Unos predecían: seremos los amos del mundo; los otros: seremos los dueños y vosotros trabajaréis para nosotros.

Nos sentíamos desorientados, nos robaban las raciones y a nuestros sufrimientos morales venían a sumarse las innumerables vejaciones inventadas para hacer la vida imposible. A cualquier hora de la noche, los SS jefes de barracones y sus acólitos irrumpían en los barracones, nos hacían levantar, hacían colocar los jergones en el suelo y se divertían asestándonos puñetazos y haciéndonos llaves de lucha libre, utilizándonos como meros maniqués o comparsas. Aquellos que tenían la mala suerte de ser escogidos quedaban tendidos, medio muertos, tal como fue el caso de Pedro García, de la provincia de Guadalajara.

Una noche, después de que hubiesen pasado lista, estaba resuelto a tirarme sobre las alambradas de púas electrificadas que rodeaban el campo; estaba harto de sufrir. Me dirigí hacia ellas, sin haber avisado previamente a nadie, y cuando me encontré a menos de cinco metros de lo que parecía ser la única solución, recapacité y comprendí que iba a cometer una cobardía.

Nuestra tarea consistía, como para todos los españoles, en transportar piedras de la cantera al campo con el fin de pavimentar las calles entre los barracones y edificar el muro del recinto, así como otros edificios. Formábamos parte de una compañía especial mandada por *kapos* siniestros que, bajo cualquier pretexto, podían matarnos, recibiendo por ello efúsivas felicitaciones por parte de los SS. Estábamos, pues, de continuo con la vida pendiente de un hilo cuando íbamos de la cantera al campo, y viceversa. El trayecto era, aproximadamente, de un kilómetro; lo cubríamos de diez a doce veces cada día, y dado que cada vez se tenía que subir o bajar la escalera de la cantera... se puede decir que nuestro calvario constaba de veinticuatro veces 186 escalones. Para los nazis, un bloque de granito tenía más valor que una vida humana.

Lo que constituye hoy en día el emplazamiento de la cantera era, otrora, una montaña de altura equivalente al acantilado que sigue existiendo actualmente. Los presos que trabajaban en la nivelación de las carreteras y del terreno estaban esqueléticos, exhaustos, a menudo el rodillo les aplastaba.

Aun cuando la *Kommandatur* del campo hubiese cursado órdenes para que los españoles fuesen eliminados por el hambre, el frío y el trabajo forzoso, la mayoría de ellos murieron asesinados. Dado que no vivíamos agrupados, sino, al contrario, muy dispersos, cuando se producían muertes nuestro intérprete de aquel entonces, nuestro compatriota Cinca, nos lo comunicaba. Entre los múltiples ejemplos de barbarie de que fui testigo, no puedo por menos que relatar tres de ellos: el camarada Sigirau, albañil de profesión, oriundo de Barcelona, recibió cuando estaba formado una tunda de palos administrada por el *kapo* que le rompió varias costillas; no había posibilidad alguna de curarlo y murió después de decirme: “Si tienes más suerte que yo, irás de mi parte a besar el suelo de mi patria”. Un maño de Calanda, provincia de Teruel, campesino él, fue golpeado violentamente cierta mañana por Otto, el Bandido. Antes de perder el conocimiento, tuvo tiempo de decirme: “¿Qué le habré hecho a ese animal? ¡No lo olvides y véngame cuando se te presente la ocasión!”. Otro maño de Cinco Villas, campesino, ya de cierta edad, incapaz de tenerse en pie, consumido por las privaciones, me había transmitido con voz fuerte su última voluntad antes de morir: “Vosotros que sois jóvenes podréis soportar este infierno; es necesario que tengáis ese valor”. Y antes de morir, El Mañico cantó una jota aragonesa en honor a su tierra y para rendir homenaje a su patria.

Había momentos que hacían que la vida nos pareciese verdaderamente inaguantable: las interminables horas en posición de firmes, los castigos de toda índole, los constreñimientos absolutamente incompatibles con nuestro temperamento y que había que soportar, si quería tener uno la posibilidad de poder sobrevivir. Y, desde cualquier punto de vista, ese tremendo e inimaginable aislamiento. Trataba uno de agarrarse al detalle más insignificante; cierto día, sorprendí a mi amigo Pedro Peacondo, de Gerona, besando fervorosamente la fotografía de sus hijas y de su mujer que había podido conservar milagrosamente a pesar de los registros; algunos rezaban, pero, por lo general, aquellos que buscaban consuelo en la vida interior permanecían casi siempre callados, se consumían rápidamente y morían en silencio.

El 12 de diciembre de 1940 hubo una arribada de 3.000 españoles procedentes del *stalag* de Estrasburgo. Quizá su estado no fuese óptimo, pero sin embargo no

parecían demasiado quebrantados. Nos estaba prohibido entrar en contacto con ellos. El comandante del campo decía que no comprendía que pudiese existir tal diferencia física entre personas de la misma nacionalidad... Evidentemente, nosotros ya habíamos sido sometidos durante algunas semanas al duro régimen peculiar de un campo de exterminio. Después de la llegada de ese convoy fueron retiradas las alambradas de púas que nos separaban de los demás barracones. Unos días más tarde, los SS enviaron a Gusen a aquellos que les parecían de salud más precaria, el resto fue repartido entre los demás barracones, y en el barracón 19 fueron a parar los considerados más débiles; las más de las veces las ventanas permanecían abiertas durante toda la noche y los presos que dormían en la proximidad de éstas quedaban cubiertos de nieve. Por la tarde veíamos pasar grupos de polacos o de prisioneros de otras nacionalidades, que después de su jornada de trabajo eran llevados al lugar dispuesto para las ejecuciones, a unos veinte metros de ahí.

En 1941 nos habíamos convertido en unos veteranos, curtidos en la disciplina y en las atrocidades de ese infierno. Paulatinamente, algunos de los nuestros consiguieron obtener puestos de especialistas, lo que les permitía hacer frente a la situación más fácilmente. Por aquella época, los presos de derecho común detentaban el poder hasta en los menores detalles y resultaba sumamente difícil organizar la resistencia y la solidaridad en el interior del campo; para ello era necesario poner en juego todo nuestro ingenio, mucha habilidad, mucha paciencia y, sobre todo, mucha entereza. La mayoría de lucha cotidiana y tremenda contra la arbitrariedad de los *kapos* y de los SS.

En el transcurso del verano llegaron a Mauthausen varios e importantes convoyes compuestos sobre todo de judíos, cuyo exterminio total fue llevado a cabo en menos de dos semanas. En tanto que los SS y los *kapos* se ensañaban con ellos, los españoles estábamos menos expuestos a sus desmanes. Éste era el horrendo equilibrio que reinaba en el campo: no podíamos hacer absolutamente nada para cambiar su suerte, y su triste sino nos permitía aguantar durante unas semanas más. Resultaba evidente que la muerte de cerca de siete mil republicanos españoles en Mauthausen y en los *kommandos* podría dar sobrado tema para escribir miles y miles de páginas, pero que ese martirologio es imposible de establecer y debemos limitarnos a evocar su recuerdo que palpita en nosotros para siempre jamás, a través de algunos casos concretos.

Vamos a exponer ahora los diferentes trabajos y el trabajo de la resistencia. Ahora ya no cabe el menor comentario. Cada uno de los que toman la palabra

pasa, por demás, con la mayor naturalidad del horizonte del hombre como ente individual al horizonte de la colectividad. Pero cada hombre, aun cuando se resista a decirlo, se ha visto, en determinados momentos, en el trance de decidir por sí mismo, de asumir a título individual la responsabilidad. Y ello también constituye un ejemplo de lucha contra el infierno. No tan sólo cuenta el grupo, sino que cuenta también cada hombre, cada camarada. Y el grupo, la organización estructurada para y con esos camaradas.

Luis Gil

Fue a principios de diciembre cuando fui trasladado del barracón 19 al 11. Ese barracón estaba dirigido por el jefe de barracones del campo, el preso político alemán de mayor antigüedad, el *Lagerälteste*. Nosotros, los españoles, le habíamos apodado King-

Kong, y posteriormente todos los presos del campo le llamaron de esta misma manera. Cuando las grandes heladas, tal como ya he relatado anteriormente, permanecí en el barracón. Afortunadamente, por cierto, pues ya pesaba tan sólo 48 kilos y no me quedaban más que la piel y los huesos. Por aquellas mismas fechas, el detenido que hacía las veces de asistente de King-Kong fue sorprendido por los SS con un litro de leche y trasladado a Gusen. La elección de King-Kong recayó sobre mí, y a partir de ese momento, mi vida cambió por completo.

Poco a poco fui poniéndome al corriente de las diferentes combinas de King-Kong con los SS y también con los demás detenidos. Lo principal para mí era que, jugando su juego, podía ser útil a mis camaradas, no tan sólo desde el punto de vista material, sino también desde el punto de vista moral, tratando de impedir que se produjesen injusticias en el barracón. Ello fue posible gracias a la organización clandestina cuyo representante, en el barracón 11, era el camarada Marcelo, de oficio relojero, que se mantuvo constantemente en contacto conmigo.

La vida era sumamente dura y los privilegiados poco se preocupaban de ayudar a sus compañeros de infortunio. Cuando conseguían hacerse con raciones suplementarias, preferían venderlas a cambio de tabaco en vez de compartirlas. La organización de solidaridad que conseguimos montar fue, al contrario, de gran eficacia desde el principio, aun cuando no dispusiésemos de grandes medios.

Se daba el caso de que el secretario del barracón 11 tenía a su cargo la cantina, cuyas existencias vendía a los presos que disponían de dinero. Lo esencial estaba constituido por cigarrillos. Pero éstos estaban prácticamente reservados a los alemanes. Por lo que a nosotros respecta, no teníamos derecho a nada, puesto que no cobrábamos dinero. Un día, Marcelo y yo, aprovechando que los demás presos habían salido para que se les pasase lista, antes de incorporarnos a la

formación en la explanada, robamos un buen número de paquetes de cigarrillos, no para nosotros, sino para disponer de una moneda de intercambio que nos permitiese ayudar a los camaradas. Todo tenía su precio en el campo, empezando por los puestos menos malos en los *kommandos*.

El reparto del pan y de la margarina constituía un verdadero escándalo. Era privilegio de los jefes de barracón, de *stube*, del secretario y del peluquero ocuparse de ese menester. Y robaban cuanto podían, reservándose cuando menos una veintena de raciones para ellos. Me fue encargado el cortar las raciones en el *stube* B del barracón 11. Cuando los presos vieron los trozos de pan untados de margarina que había repartido, se produjo una verdadera conmoción en el campo, dado que eran mayores que de costumbre, y el hecho llegó a oídos de King-Kong. Posteriormente, y en diferentes ocasiones, el peluquero del barracón 11 quiso cortar personalmente las raciones. Pero King-Kong había decidido que fuese yo quien lo hiciese. Por añadidura, habiéndose incrementado mi influencia sobre King-Kong, conseguí obtener algunos buenos enchufes para varios de nuestros camaradas.

Constante

Lo que producía admiración en ese antro de maldad era el ver cómo nuestros camaradas españoles hacían frente con dignidad, actuaban al unísono, evitaban las disputas y las camarillas, ayudaban a nuestros camaradas agotados sin parar mientes en las consecuencias, traían siempre nuestros muertos ellos mismos al campo.

Teníamos que plantar cara a la jauría de los presos de derecho común, de los *Verbrecher*, sobre los que descansaba toda la organización interior del campo. Bien es cierto que tomábamos toda clase de precauciones para no responder a las provocaciones y para que no se entablase una reyerta general, lo que hubiera propiciado nuestra perdición; pero, paso a paso, sin desmayo, en cualquier circunstancia, siempre estábamos pensando en las posibilidades, en la ocasión de dar la vuelta a la situación.

Tal como he dicho anteriormente, el estado de limpieza de los barracones constituía uno de los pretextos habituales para todo tipo de represalias y castigos individuales o colectivos. En cada barracón, el jefe designaba a tres o cuatro *stubendienste* para ocuparse de ello por la mañana antes de marchar a trabajar y reportaba un suplemento de rancho o de café.

Habiendo sido designado yo *stubendienste* por el jefe del barracón 13, comprendí el provecho que podíamos sacar de tales cargos en favor de nuestra colectividad. Un provecho directo para evitar enredos y castigos, un provecho moral, puesto que nuestros camaradas se sentían menos aislados y más arropados, y también la posibilidad de conocer mejor las intenciones que albergaban hacia nosotros los delincuentes que dirigían el barracón.

Sería un error creer que el ser *stubendienste* constituía una prebenda, pues llevábamos a cabo esas tareas además de nuestra jornada de trabajo en los *kommandos* y, por añadidura, estábamos expuestos a golpes y castigos por todo cuanto pudiese no funcionar como era debido en el barracón.

Cuando llegaron los primeros prisioneros políticos de otras nacionalidades, checos y yugoslavos especialmente, éramos ya una docena de *stubendienste* españoles, tres peluqueros de barracón que tenían una responsabilidad mucho mayor, puesto que ocupaban el tercer lugar en el estado mayor de presos de los barracones, después del jefe y del secretario. Yo había permanecido en el barracón 13 aun cuando los españoles ahí alojados hubiesen sido trasladados. Había sido a petición de Hans, el secretario, un austríaco que había pertenecido a la banda de Capone en Chicago y sobre quien había logrado yo cierto ascendiente, hasta el extremo de que ya no golpeaba casi a nadie.

Tras la estancia, muy breve por cierto, de guerrilleros yugoslavos, poco numerosos, se produjo la llegada masiva de checos. Y vi cómo se repetían las escenas de horror que habíamos vivido cuando nuestra instalación en el campo. Habían hacinado unos 600 checos en nuestro barracón, y los SS, acompañados por toda la horda de criminales, se lanzaron contra ellos, torturándolos día y noche, exterminando la casi totalidad de éstos en poco tiempo. Los SS habían decidido que los checos del barracón 13 no tenían derecho a acudir a la enfermería. Muy pronto quedaron todos ellos cubiertos de llagas infectadas. La gangrena se enseñoreó de sus cuerpos. Trozos enteros de carne putrefacta se desprendían de éstos. Casi resultaba imposible entrar en el dormitorio por la mañana por el hedor insoportable que reinaba en éste.

A pesar de todo, y con riesgo de nuestra vida, logramos sustraer a algunos de esos desgraciados de esa liquidación, pero, por haber prestado ayuda al profesor Podlacha -que se convertiría posteriormente en el médico de la enfermería del campo- y a un cura checo, fui trasladado al barracón 15, donde estaban alojados por aquellos entonces los deportados de la *Strafkompcinie*. El barracón 15, que

estaba situado en aquel tiempo en el límite del campo, en el ángulo noroeste, había sido rodeado por completo de alambradas de púas y los castigos se sucedían ininterrumpidamente tanto de día como de noche. Allí habían hacinado a más de un millar de judíos y los SS habían reclutado a algunos de los criminales del *siedlungsbau* para que les ayudasen en su trabajo de exterminio.

A pesar de las amenazas y de los peligros, con la complicidad del peluquero español del barracón, logramos ocultar a un pequeño grupo de judíos por espacio de un mes, pero, desgraciadamente, no existía posibilidad alguna de salvarlos, pues ningún judío podía zafarse del exterminio metódico organizado por los SS. Al igual que había ocurrido en el barracón 13 con los checos, las escenas de horror se sucedían día y noche. Su placer más refinado consistía en hacer que los judíos se pegasen entre ellos, pero habíamos advertido a un pequeño grupo que había hecho la guerra de España que no tenían escapatoria y a partir de aquel momento supieron evitar que las provocaciones de los SS lograsen su objetivo.

Dado que las ventanas del barracón 15 daban directamente a las alambradas electrificadas que cerraban el campo, las sesiones de tortura llegaban a su fin ahí.

Resultaba horripilante ver cómo empujaban a nuestros camaradas hacia dichas alambradas y ver cómo sus cuerpos al entrar en contacto con éstas quedaban electrocutados. Por la mañana, a veces llegábamos a contar hasta una decena de cadáveres carbonizados. Muy pocos fueron los españoles que pactaron con el enemigo. Conocí a uno de ellos en el barracón 13, que era *stubendienste* como yo. Provenía del barracón 19, donde se había caracterizado por su crueldad hacia nuestros compatriotas. Azaustre era peluquero del barracón y decidimos hacerle una advertencia, pero no quiso atender a razones e incluso nos amenazó con denunciarnos a los SS. Cuando se fundó el *kommando* Stayer, compuesto únicamente de españoles, nuestra organización clandestina era ya lo suficientemente fuerte para poderlo integrar en éste, a pesar de la protección de que se beneficiaba por parte de los SS. Más tarde, ese traidor, que nos cubría de deshonra, fue ejecutado por nuestros compatriotas.

Razóla

La tarea política que habíamos emprendido en los campos de internamiento de Francia y en los *stalags* nos ayudó en gran manera en Mauthausen. Cuando los convoyes llegaban a Mauthausen, los camaradas se las apañaban para reconstruir la organización anterior, pero ello entrañaba sin embargo la formación de una

multitud de pequeños grupos, debido a la diversidad de los campos, de las compañías y de los *stalags*. Por otra parte, existían afinidades ideológicas diferentes, la influencia de los partidos tradicionales. Tanto es así que, en los primeros tiempos, la organización no pasó de ser un simple esbozo tanto en el plano de la ayuda mutua como en el de la organización y en los intentos de aproximación de los presos de otras nacionalidades.

Creo que las razones por las cuales no se había logrado estructurar todavía una organización más eficiente son las siguientes:

1. Las condiciones infernales de vida y de trabajo que imperaban en el campo y el hecho de que los españoles estaban diseminados en los diversos barracones de cuarentena en su calidad de recién llegados. Dichos barracones, por definición, estaban completamente aislados los unos de los otros y asimismo del resto del campo.
2. Los presos políticos pertenecientes a otras nacionalidades se mostraban sumamente desconfiados y, lo que aún era más grave, parecían no tener capacidad alguna para organizarse. Sabíamos perfectamente que los presos que llevaban triángulos rojos eran, a veces, bandidos redomados. De hecho, nos dimos cuenta con el tiempo de que en aquellos momentos no existía organización antifascista alguna en el campo.

XXX¹

A pesar de las pésimas condiciones reinantes, en cuanto llegó el convoy de Angulema, se adoptó unánimemente el acuerdo de salvar ante todo a los niños y a los jóvenes. Algunos camaradas tomaron la iniciativa y prácticamente todos los españoles participaron en esa misión: ésta fue la primera realización española que tuvo resultados positivos, y sería sobre esa base que iba a estructurarse paulatinamente la organización de la solidaridad y de la resistencia. La mayoría de los jóvenes pudieron ser salvados tanto física como moral y políticamente, y ellos mismos pudieron participar más adelante a la labor de la unidad nacional.

La segunda afirmación de unidad tuvo lugar a finales de aquel invierno. Cuatro españoles (entre los cuales, si no me equivoco, figuraba Arroyo) fueron condenados a ser apaleados y enviados a la compañía disciplinaria del *Baukommando* por haber “saboteado”; los veinticinco varapalos fueron propinados delante de todos los españoles en posición de firmes y que habían

sido convocados en la explanada donde se pasaba lista.

Los comunistas propusieron organizar un frente de protección a favor de los cuatro presos castigados y todos los españoles hicieron entrega cada noche de un trocito de pan “del tamaño de una uña” para que se fuesen recuperando; además, aquellos que recibían al mediodía una escudilla de rancho en el campo cedían una cucharada de alimento, de tal suerte que se lograba reunir así unas cuantas escudillas de comida. Esa acción, debida a la unanimidad que había privado, así como a su amplitud y constancia, hizo impacto y despertó en los demás presos un primer sentimiento de adhesión. La conciencia de la inmensa mayoría de españoles acababa de renacer.

Razóla

Los convoyes de españoles fueron sucediéndose hasta el verano de 1941. El más importante de éstos, en cuanto al número de deportados, llegó en diciembre de 1940, procedente de Estrasburgo; algunos de esos compatriotas desempeñarían, con el tiempo, un papel determinante en la organización clandestina: Perlado, Santiago Raga, Esparbé, Giménez, Lavín, Suñer, Serrano, etc. En enero de 1941, Pagés y Juan Tarrago; más adelante, Constante, Bonaque, Borrás, Leiva, Donato y yo.

Por aquella época no existían más que dos campos: Mauthausen, el campo central, y Gusen; ambos estaban comandados por el *Hauptsturmführer* Ziereis, que ejercía el mando desde la *Kommandantur* de Mauthausen. Los responsables de la disciplina en Mauthausen eran Bachmayer y Schultz. Bachmayer presenciaba día y noche las matanzas; poseía una verdadera inteligencia del crimen e inventaba a diario nuevos métodos de tortura y de exterminio. Schultz se ocupaba de la dirección de las diferentes oficinas; no por ello fue menos criminal, pero no ejecutaba personalmente; daba a sus subordinados las órdenes de ejecución. Por añadidura, disponía de un equipo de soplones escogidos entre los presos de derecho común.

En el interior del campo, los grupos de trabajo estaban mandados, tal como los hemos visto anteriormente, por presos alemanes de derecho común. Habían sido nombrados por los SS y perpetraban los mismos crímenes que sus amos, a menudo más atroces todavía, con el fin de congraciarse con ellos. Había polacos que tampoco tenían nada que envidiar a los alemanes a este respecto; habían sido hechos prisioneros por razones de segregación nacional y no por actos de

resistencia al fascismo; su campo de acción se extendía especialmente a Gusen, donde muchos españoles fueron víctimas de sus atrocidades.

En un lugar tal como Mauthausen resultaba, pues, imprescindible enfrentarse a todas las eventualidades con la máxima sangre fría e inteligencia; rápidamente se impuso la necesidad de crear una dirección (clandestina, por supuesto) que coordinase y dirigiese el movimiento de resistencia.

El 22 de junio de 1941, el primer día de guerra contra la URSS, el campo de Mauthausen fue sometido a una desinfección general. A las dos de la madrugada nos apiñaron en la plaza del garaje, completamente desnudos, y así permanecimos hasta el día siguiente. Esta fue una inesperada ocasión brindada a los comunistas españoles para concertarse y examinar todos los problemas.

Manuel Falo

El campo estaba infestado de piojos. El 21 de junio de 1941 se llevó a cabo una desinfección general. Aquel día resulta inolvidable, primero porque se produjo una concentración sin precedentes y, después, porque tuvimos la ocasión de escuchar la radio, tanto música como comunicados. He aquí cómo se desarrollaron los hechos.

A la izquierda del campo, a un nivel algo inferior a éste, había una extensa explanada rodeada de muros. Allí fue donde, de madrugada, fueron conducidos todos los prisioneros, incluso los enfermos, y obligados a quedarse en cueros. Hacia las once de la mañana, los altavoces empezaron a difundir música, así como los comunicados que anunciaban que el avance de las tropas alemanas en territorio ruso proseguía sin encontrar resistencia. Para muchos, aquel día resultó maléfico para su moral.

Mientras tanto, continuaba la desinfección del campo, pero con medios tan ridiculamente insuficientes que precisó muchísimo tiempo.

Razóla y Constante

Esa concentración del 21 de junio de 1941 constituyó una verdadera chamba para nosotros debido precisamente a su larga duración. En efecto, nos eran necesarios extensos y exhaustivos intercambios de puntos de vista para analizar nuestra situación y para tomar las decisiones pertinentes. Así fue como se determinó nombrar una dirección política que centralizaría y dirigiría todas nuestras actividades.

Dicha dirección recayó sobre Razóla, Perlado, Bonaque, Constante y Bonet². Por su parte, los camaradas Pagés, Tarrago, Juan y

Juncosa controlaban ya un buen número de militantes del Partit Socialista Unificat de Catalunya. Se decidió formar una organización única con el Partido Comunista y el Partit Socialista Unificat, haciendo participar al camarada Pagés en la dirección común. En esta primera organización entraron a formar parte Sánchez Plans y Vásquez, fallecidos en Mauthausen; Fernández, Jiménez, Garviz, Esparbé, Bilbao el Asturiano, Gascón, fallecidos en Gusen; Montez, Suñer, Marcelo Rodríguez, De la Fuente, Fernández, Felipe Martínez, entre otros muchos.

Tres camaradas por barracón eran los encargados de controlar y de organizar a los comunistas en pequeños grupos, así como de tomar contacto con las demás formaciones políticas o sindicales.

La labor fundamental de la dirección consistía en: 1. Mantener la moral y los principios que no habían dejado jamás de ser los nuestros, tanto en España como después de nuestra entrada en Francia.

2. Hacer comprender claramente a todos en qué estribaba el mecanismo de un campo de exterminio nazi y que sería únicamente manteniendo una moral muy alta y preveyendo las perspectivas de la victoria que hallaríamos la fuerza necesaria para resistir y sobrevivir.

3. Que se debía tener fe en las fuerzas populares y democráticas y no dudar jamás de la victoria final. 4. Evitar la depravación y la corrupción; evitar especialmente lo que pudiese hacer el juego de los SS en detrimento de los deportados españoles o de demás nacionalidades. 5. Consolidar la solidaridad a toda costa. 6. Adoptar medidas para evitar, dentro de lo posible, que los bandidos de derecho común robasen alimentos. 7. Tratar por todos los medios de hacer nombrar a españoles de confianza en puestos de trabajo donde podrían recopilar informaciones políticas y militares, así como vigilar a los SS, su estado de ánimo y sus proyectos. 8. Establecer contactos con los pocos deportados políticos de otras nacionalidades que había. 9. Aconsejar el sabotaje y la pasividad a los grupos de trabajo y hacerles comprender que tal actitud significaba a la vez una forma de lucha contra los nazis y una manera de desgastar lo menos posible nuestras fuerzas.

Paulatinamente, y a medida que las circunstancias se prestaban, logramos alcanzar todos esos objetivos.

Los convoyes de españoles siguieron llegando durante todo el año 1941, hasta principios de 1942. Muchos de éstos fueron eliminados en Mauthausen y los deportados más débiles, que fueron enviados a Gusen, relatan el sobrecogimiento que les produjo el ver que en dicho campo la vida era aún más horrenda si cabe que en Mauthausen. Es por dicho motivo que la organización de la solidaridad y de la resistencia se desarrolló más penosamente en Gusen y tropezó con dificultades prácticamente insuperables.

En septiembre de 1941, los SS crearon el segundo *kommando* exterior (*Temberg-*

Vóklaburg), compuesto exclusivamente por 350 españoles bajo el mando de César, preso de derecho común y provocador. La dirección clandestina designó para dicho *kommando* una dirección política de la que formaban parte los camaradas Donato, Leiva, Ronda y otros, con los que pudimos conservar estrecho contacto por conducto de unos compatriotas que venían con los camiones a buscar avituallamiento. De esta forma es como pudimos enviar ropa y calzado a aquellos que más lo necesitaban.

Razóla y Constante

En junio, los SS habían creado un primer *kommando* exterior. Se componía de 150 hombres y había recibido el nombre de *Aussenkommando-Bernstein*. Ese *kommando* estaba acantonado en un área rodeada por tan sólo un alambre de púas, vigilado por tres torres de observación y alojado sobre el terreno mismo, en un barracón.

El campo estaba bordeado por un riachuelo y todo ello se hallaba en el corazón de un macizo montañoso desértico. El trabajo del *kommando* consistía en construir una carretera que debía unir Bernstein con una población ubicada en la otra vertiente de la montaña.

En julio de 1941, tras haber estudiado las posibilidades de una fuga colectiva o de una insurrección, cuatro camaradas que se llamaban Izquierdo, Velasco, López y Cerezo decidieron evadirse, pues consideraban que un grupo pequeño tenía mayores probabilidades de éxito. Partieron un domingo, durante la noche, y para no dejar rastro a los perros de los SS caminaron durante largo trecho por el lecho del riachuelo. Tenían la intención de llegar hasta Francia. Pero, al estar desprovistos de brújula y de dinero, al llevar su uniforme a rayas y al desconocer el idioma, decidieron no caminar más que de noche y siempre en dirección del sol poniente. Introduciéndose en las bodegas y en los sótanos de las casas, consiguieron encontrar ropa civil y alimentos.

Tras un mes de huir, en agosto, Izquierdo, sintiendo que ya no podía seguir, decidió abandonar su intento y, aprovechando que pasaban al lado de un *stalag* de prisioneros de guerra franceses, se refugió cerca de ellos, protegiéndole éstos y procurando ocultarlo a los ojos de sus guardianes. Al ver que su camarada estaba momentáneamente a salvo entre los franceses, los demás prosiguieron su marcha.

A principios de septiembre, cierta noche, los tres fugitivos se encontraron con un individuo vestido de tirolés, quien amenazándoles con un arma les obligó a detenerse. Velasco trató de explicar que eran italianos y que se dirigían a Innsbrück (recordaba haber leído ese nombre en una encrucijada), donde tenían familia. El hombre exigió que le enseñasen su documentación y, como ellos dijeron que no tenían, asió a Velasco de un brazo y ordenó a los otros dos que echaran a andar. Al llegar a una revuelta del camino, cerca de un pueblecito, trataron de cegar al tirolés echándole tierra en los ojos, pero el hombre hirió a Velasco de una puñalada en la espalda y, aun cuando este último pudiese emprender la huida, se desplomó al cabo de pocos metros. Sangraba abundantemente y ya no podía seguir a sus compañeros. Por añadidura, plegándose al ruego de Velasco, los otros dos decidieron abandonarle.

Unos días más tarde, aprovechando la densa niebla que cubría la región, proseguían su huida en pleno día, siguiendo los raíles del ferrocarril. Desgraciadamente, la niebla se disipó bruscamente a principios de la tarde y se encontraron de pronto ante una patrulla de policía que detuvo primero a Cerezo y al cabo de unos días a López, a quien habían perseguido y acabado por cercar. Los llevaron a la cárcel del pueblo de Swatch, donde les dieron café y tabaco. Seguidamente iniciaron el interrogatorio. Por mucho que dijesen que eran franceses evadidos de un *stalag*, los policías acabaron descubriendo que procedían de un *kommando* de Mauthausen. Como todo hay que decirlo, hay que reconocer que en aquella cárcel fueron bien tratados.

En los primeros días de octubre, Cerezo fue enviado de regreso a Mauthausen; unos días después le tocó el turno a López.

Y se produjo un milagro: los SS trataron a Cerezo como a un simple *Zugänger*, un recién llegado. Por lo que a López respecta, fue enviado a una compañía disciplinaria por espacio de un mes y tuvo que llevar el distintivo rojo y negro (fugitivo) que le significaba especialmente a los ojos de los SS.

Seis meses más tarde llegaría a Mauthausen Velasco, procedente de un hospital militar; le fueron administrados dos series de veinticinco vergajazos cada una.

Izquierdo, por su parte, pasó varios meses en compañía de los prisioneros de guerra franceses y cuando fue descubierto le enviaron a Neubrandenburg. Cuando supo que iba a ser devuelto a Mauthausen pidió que en vez de eso lo fusilasen. Fue trasladado a una prisión de Berlín, donde se rompió adrede un

brazo. Finalmente lo enviaron a Dachau, donde permaneció hasta la Liberación, regresando posteriormente a París.

Lo que acabo de relatar atañe a cuatro casos muy especiales y, probablemente, los únicos en los anales de los campos de concentración, pues todos los evadidos, después de ser capturados nuevamente, eran torturados y ahorcados ante sus compañeros debidamente formados. Por lo que a nuestros tres camaradas se refiere, el propio comandante del campo, Ziereis, procedió a su interrogatorio con el propósito de averiguar si habían conversado con la población civil y dado detalles sobre Mauthausen.

En cuanto López fue trasladado a la compañía disciplinaria, los españoles le ayudaron dándole cada uno de ellos una cucharada de sopa y un trocito de pan. Ahora bien, todo resultó verdaderamente extraordinario en esta aventura: los prisioneros alemanes, en señal de admiración ante su hazaña y, disponiendo como disponían ellos de diversos “trucos” para “organizar”, le proporcionaron alimento en abundancia y le protegieron, lo que permitió a su vez a López ayudar a otros españoles del campo.

De este episodio se pueden sacar las conclusiones siguientes: 1. El espíritu de resistencia estaba fuertemente arraigado. 2. No existían criterios de exclusividad política entre los españoles, pues los fugitivos pertenecían a tres tendencias ideológicas distintas. 3. El espíritu de fraternidad: no se separaron más que a instancias del herido. 4. Solidaridad de todos los españoles, pues, por aquellos entonces constituían la categoría más desafortunada del campo y, en tales circunstancias, la entrega de un trocito de pan y de una cucharada de sopa, cuando se sentían siempre todos ellos acuciados por el hambre, significaba un acto de solidaridad inconmensurable.

Razóla y Constante

A finales de diciembre de 1941, los SS organizaron un nuevo *kom-mando* constituido al principio únicamente por españoles: *Steyr*. Durante varios meses partían en camiones a las cinco de la mañana y regresaban por la noche. Otros partían en tren, que se detenía en pleno campo, con el fin de no encontrarse con la población civil, y luego tenían que caminar durante dos o tres kilómetros hasta llegar a su lugar de trabajo, hundiéndose hasta las rodillas en una espesa capa de nieve.

Fue por aquellas fechas cuando empezaron a llegar los primeros convoyes de checoslovacos y yugoslavos, que fueron destinados inmediatamente a los peores *kommandos*: *Siedlungsbau*, la cantera, la compañía disciplinaria. Es de recalcar los malos tratos infligidos por los SS a los checos, varios de los cuales resultaron muertos durante la jornada de trabajo, y a los que, después de pasar lista por la noche, les hacían dar vueltas al recinto del campo cargando pesadas piedras. Tal proceder se prolongó hasta el exterminio total de esos camaradas de infortunio.

Para incrementar las posibilidades de supervivencia, era necesario lograr introducirse en un *kommando* como especialista. En el transcurso del año 1942 conseguimos resolver de esta suerte los problemas de trabajo y de alimentación de varios compatriotas y, consecuentemente, ayudar algo a los que trabajaban en peores *kommandos*, así como en la cantera. En el grupo de los electricistas había buenos camaradas austríacos, alemanes, checos y el húngaro Esteban Balogh, que nos tenían al corriente de las noticias que difundía la radio y que escuchaban mientras simulaban estar arreglando los aparatos de radio de los SS. El camarada Balogh, un veterano de las Brigadas Internacionales, estaba en estrecha relación con la organización clandestina española y consiguió facilitarnos informaciones a diario. Lo cual, si se tiene en cuenta la situación en la que nos hallábamos, tenía tanta importancia como el mismísimo alimento. Además, se dedicaba a un sabotaje sistemático y lograba consumir 120.000 vatios de electricidad al día.

En aquel mismo *kommando* de electricistas, un prisionero austríaco llamado Steininger estaba encargado del arreglo de los aparatos de radio de los SS. El austríaco y el húngaro simpatizaron de inmediato y Steininger proporcionaba noticias a Esteban para que éste las comunicase a la dirección de la resistencia española. Así fue como nos enteramos del fracaso del intento de desembarco alemán en Inglaterra. Se debe tener muy en cuenta el peligro que significaba semejante misión: los soplones pululaban entre los alemanes de derecho común, entre los cuales se hallaban también aventureros que habían formado parte de la Legión extranjera y que conocían nuestro idioma. En el campo, las informaciones o el alimento tenían idéntico valor y el obtenerlos acarreaba idéntico peligro. Cada día disponíamos de una u otro. Así era como lográbamos equilibrar la resistencia, unas veces en el plano material, otras en el plano moral.

Durante el avance alemán en el frente del Este, la moral estaba por los suelos; ello obligó a la organización a una intensa tarea de esclarecimiento político. Los pesimistas llegaban a decir que los nazis eran los más fuertes y que harían de la URSS lo que habían hecho de Francia. Nosotros, que no dudábamos de la

victoria y que considerábamos inevitable la derrota alemana, teníamos que tratar de contrarrestar cada día los efectos perniciosos de los largos comunicados de guerra alemanes que anunciaban victorias en todos los frentes y que, desgraciadamente, decían la verdad. Nuestros padecimientos, tanto morales como físicos, en Mauthausen durante el primer año fueron nimios comparados con los que tuvimos que soportar a raíz de las hostilidades emprendidas en la Unión Soviética.

Aquellos de entre nosotros que no poseían una formación política inquebrantable nos atosigaban a preguntas: “Pero, ¿qué ocurre con la URSS? ¿Acaso Hitler es más fuerte que Stalin? ¿Es posible que la URSS no disponga de suficiente armamento al igual que Francia y vaya a conocer la misma suerte?”. Teníamos que encontrar argumentos, aclarar puntos, analizar, evitar que fieles camaradas se postrasen en la desesperación, lo que, desgraciadamente, sucedió en algún que otro caso.

Por lo general, disponíamos de algunas horas el domingo por la tarde y las empleábamos en discutir las últimas informaciones y en levantar la moral.

Una de nuestras conclusiones era la siguiente: trabajar lo menos posible, pero dando la sensación de estar muy atareados, con el fin de evitar golpes y heridas y tratar de conservar nuestras fuerzas el mayor tiempo posible. Si lográbamos alcanzar ese objetivo, aún nos quedarían posibilidades de salir de este infierno. El III Reich, en cambio, ocurriese lo que ocurriese, no lograría salvarse del desastre. Y la consigna que había proclamado en España el jefe del Gobierno republicano, el doctor Negrín, se oyó de nuevo en Mauthausen: “Resistir es vencer”.

Una escudilla de rancho suplementaria y las gratas noticias permitían aguantar un día más los trabajos forzados de la cantera y resistir el calvario de los 186 escalones de la famosa escalera que teníamos que volver a subir una y otra vez llevando auestas una pesada piedra.

En marzo de 1942 se decidió organizar las Juventudes Socialistas Unificadas y se nombró a este efecto una dirección constituida por los camaradas Yebenes, Sarroca y Miguel Serra. Más adelante quedó reforzada con el nombramiento de García-Manzano, Castelnou y Aro-Redondo.

Durante el verano de 1942 llegaron interminables convoyes de prisioneros

soviéticos. Tratamos de ayudarles en la medida de nuestras posibilidades, intentando salvarles la vida a cuantos podíamos. Desgraciadamente, al igual que los judíos, los soviéticos eran exterminados antes de que se hubiesen podido establecer los contactos necesarios. No obstante, gracias al camarada Constante, que sabía algo de ruso, logramos esconder algunos de ellos: Ivan Mijailovich (Kopieikin), Ivan Ivanovich y varios jóvenes oficiales del ejército soviético. Entre los miles y miles de prisioneros soviéticos, abundaban los jóvenes de 14 a 18 años. En el grupo de los electricistas, y merced a la iniciativa de Esteban Balogh y del joven checo Zdenek Dejl, secundados por el resto de sus camaradas y por el kapo austríaco, la solidaridad pudo ser organizada en provecho de esos jóvenes, e incluso se les pudo proporcionar algunas medicinas. Pero los SS sabían que eran *komsomols* y los exterminaron; tan sólo pudo ser salvado uno, Ivan, de Leningrado, que fue incorporado al *kommando* de los electricistas, y creemos que fue salvado por nuestro compatriota Diego.

Gracias a la organización clandestina que empezaba a dar frutos, camaradas españoles habían podido ser situados en los *kommandos* de limpieza de los barracones y tal hecho facilitó el contacto con los camaradas checos Hoffman y Manuel Blahout, veteranos de las Brigadas Internacionales. Pudimos dar protección a varios jóvenes que habían sido horrendamente torturados cuando el atentado contra Heydrich, así como a varios intelectuales que los SS querían eliminar, entre los cuales estaba el profesor Podlacha, que más adelante se convertiría en el jefe médico de la enfermería.

Pudimos tomar contacto con los presos políticos alemanes y austríacos; contactos que fueron mantenidos con unas características bien definidas dentro de la labor que nos habíamos propuesto realizar: solidaridad, control de las informaciones que recibíamos a través de Esteban Balogh, Koln, etc. Esa información era analizada y comunicada a los diferentes grupos nacionales.

A partir de 1942 empezamos a ver llegar los primeros resistentes franceses, belgas y de otros países ocupados, así como el primer español detenido por haber militado en las filas de la Resistencia en Francia: Felipe Martínez. Ese camarada había emigrado junto con sus padres cuando era aún muy niño; regresó a España para combatir en las Brigadas Internacionales. De vuelta a Francia entró a formar parte de la Resistencia francesa desde el principio; los alemanes lo detuvieron y lo deportaron en abril de 1942. Llegó a Mauthausen en un estado de salud muy deficiente, tras haber pasado por diversas prisiones en Francia, en Bélgica y en Alemania. La organización clandestina le contactó rápidamente, le

ayudó y le confió una labor política. ¿Qué hubiese ocurrido -tal como lo reconoce él mismo- si no hubiese existido la organización del campo...?

1

El autor de este relato vive actualmente en Barcelona (1969).

2

Muerto en Mauthausen.

Razóla

Desde principios de 1943, la organización tuvo que hacer frente a nuevos problemas. En efecto, éste fue el momento en que empezaron a llegar los primeros grandes convoyes procedentes de Francia. Por una parte, en esos convoyes iban grupos de resistentes españoles en Francia; por otra, nos traían nutridos grupos de resistentes franceses, a menudo ya organizados como lo habíamos sido nosotros antes de llegar a Mauthausen.

De entre los españoles que llegaron citaremos de forma especial a Montero, Cagancho, Pérez, Miret, Claso, Goitía, García, Mallé, Tomás Martín, Cereceda, Flemández, Puerto, Ester, etc. La organización clandestina estableció contacto con ellos. Para nosotros, que llevábamos ya cuando menos dos años de estancia en Mauthausen, cada camarada era acogido con una mezcla de tristeza y de alegría; tristeza, porque la Resistencia había perdido un combatiente activo; alegría, por volver a encontramos con compatriotas o con compañeros de lucha y poder ayudarles de manera eficaz. Si bien con respecto a los franceses no disponíamos -y con motivo- de un sistema de enlace organizado y si nuestra acción de solidaridad se vio obstaculizada y retrasada por ello, podemos asegurar que todos los españoles que fueron enviados a Mauthausen a partir de 1943, incluso cuando eran *Nuit et Brouillard*¹, es decir, expuestos a represalias suplementarias, la organización clandestina los tomó bajo su protección y los salvó del exterminio. ¹

Desgraciadamente, el dirigente del Partit Socialista Unificat de Catalunya, Miret, y Juncosa resultarían ambos heridos durante un bombardeo de la aviación americana sobre Wiener-Neustadt y fueron rematados por los SS.

Los recién llegados, especialmente los camaradas Montero y Miret, nos aportaban una ayuda apreciable: hasta hacía muy poco tiempo habían formado parte de las organizaciones españolas y francesas de Resistencia y podían proporcionarnos informaciones y orientaciones que contribuían a mejorar nuestra labor.

Por aquella época fueron constituidos nuevos *kommandos* exteriores en los que fueron integrados españoles. Nuestra organización les aleccionó de manera que una vez llegados a su destino, procediesen según nuestras directrices. En la mayoría de los casos, cuando partían de Mauthausen, ya estaban organizados y

poseían su propia dirección.

Como en el caso de los *kommandos* que habían partido anteriormente, manteníamos contacto con ellos y les ayudábamos en el desarrollo de su labor. Hacíamos llegar a sus manos cuanto podíamos, especialmente ropa y calzado, por mediación de los camiones de avituallamiento. En ciertas ocasiones confiamos esos encargos a presos de derecho común, quienes, respetando nuestra solidaridad, se mostraban “leales” para con nosotros.

Esa labor de ayuda y de enlace, cada vez más perfeccionada, se armonizaba con la de otros grupos de diversas nacionalidades que coordinaban la acción de sus responsables con la de los nuestros. Esta tarea fue facilitada por los presos políticos checos, austríacos y españoles que trabajaban en las oficinas de la administración central.

La dirección española clandestina decidió ampliar las relaciones ya existentes entre los responsables comunistas de los deportados de diversas nacionalidades. Nuestra organización designó delegaciones para tomar contacto con ellos y proponerles oficialmente nuestra ayuda moral y material, revelándoles que estábamos organizados desde hacía tiempo, que podían y debían proceder de igual forma y que teníamos que llegar rápidamente a la constitución de un comité internacional que tendría por cometido el dirigir todas las actividades del campo. Todos los grupos nacionales, excepción hecha de algunos alemanes, nos dieron su adhesión incondicional. Hacemos hincapié en dicha excepción debido a que, en el transcurso de la entrevista que los camaradas Perlado y Bonaque, delegados por la dirección española, sostuvieron con Franz Dahlem, cuando le expusieron nuestros puntos de vista y también la necesidad que se imponía según nuestro criterio de ayudar a los soviéticos a organizarse, la respuesta fue la siguiente: “En las condiciones actuales, la menor organización resulta temeraria e inoportuna y el querer organizar a los soviéticos constituye una verdadera locura dado que algunos de sus elementos son dudosos e incontrolables, tanto más dado el tratamiento especial al que se encuentran sometidos”. A pesar de esa toma de posición de Dahlem, el grupo español prosiguió sus actividades y consolidó su organización, reforzando los contactos con camaradas de otras nacionalidades. Con este fin, la dirección de los comunistas españoles encargó al camarada Razóla mantener e intensificar dichos contactos. Paralelamente a esas actividades de carácter internacional, manteníamos nuestros propios contactos nacionales; nuestras relaciones con nuestros compatriotas anarquistas, socialistas y republicanos eran excelentes desde hacía ya varios meses. Les explicábamos

cuán necesaria era la labor política que llevábamos a cabo, cuáles eran nuestros objetivos y cuán indispensable era el coordinar la ayuda para con los españoles y demás nacionalidades. Algunos elementos descarriados quisieron contrarrestar nuestros planes; se les dejó rápidamente al margen de nuestras actividades. La ayuda a los españoles se realizaba sin favoritismo alguno y estaba principalmente orientada a auxiliar a los enfermos que llegaban exhaustos de sus *kommandos* y que gracias a dicha ayuda podían ser mantenidos con vida.

Es de resaltar, entre otros muchos, el comportamiento ejemplar de nuestro compatriota Badina, que no estaba controlado por ninguna organización política o sindical. Antes de formar parte de la *Politische Abteilung*², fue secretario adjunto del barracón 12, donde ayudó especialmente a los jóvenes, evitando que fuesen trasladados a Gusen o enviados a la cantera. Cuando entró como empleado en las oficinas de la Gestapo, al igual que el camarada Climent, se brindó a conseguir y a proporcionar todo tipo de información útil para la organización clandestina.

Trabajaba en los ficheros centrales de los SS, y en cuanto llegaban presos fichados por la Gestapo, nos informaba de los motivos de dicha circunstancia. Gracias a él y a Climent sabíamos de esta suerte cuáles eran los que se hallaban en mayor peligro.

Hacia el final de la guerra, cuando los SS procedieron a destruir los ficheros, Badina y Climent, con riesgo de su vida, consiguieron ocultar en su totalidad el fichero que concernía a los españoles, y así es como podemos actualmente dar a conocer las cifras oficiales: Pasados por Mauthausen, Gusen y comandos: 7.189.

Muertos en Mauthausen y comandos: 5.000.

Liberados el 5 de mayo de 1945: 2.189.

Más 1.000 que murieron en transportes, bombardeos y cárceles de la Gestapo.

A otros campos fueron deportados 1.000 españoles, de los cuales murieron 215.

Incluso en los momentos más difíciles estábamos convencidos de que algunos de nosotros lograrían salir con vida de ese infierno y que la lista de muertos y de supervivientes sería de gran valor histórico.

Razóla y Constante

A partir de 1943 hubo un número relativamente importante de españoles que consiguió introducirse en *kommandos*, lo que les permitía participar positivamente en las actividades de solidaridad nacional e internacional. Éste era el fruto de nuestra acción emprendida desde el principio: situar al mayor número posible de españoles en puestos de trabajo favorables. Algunos de ellos lo lograron por sus propios medios, los demás por intermedio de la organización clandestina. La labor política y la solidaridad se veían reforzadas tanto más.

En el transcurso del año 1943, varios de nosotros tuvimos la posibilidad de hacer con ropa que los SS quitaban a los deportados recién llegados. Pudimos disponer de esta guisa de zapatos, calcetines, chaquetas y pantalones: los SS ya no disponían de la cantidad suficiente de uniformes de presidiario, debido al número creciente de deportados.

Cuando llegaban los convoyes al campo, los peluqueros iban a las duchas para proceder al afeitado integral de los prisioneros. De entre los peluqueros, podemos citar a Pagés, a Zaustre, a Manolo, Piñol y a otros cuyo nombre ya no recordamos. Tenían ante todo que tratar de hacer sufrir lo menos posible a los prisioneros, habida cuenta que las navajas de afeitar estaban melladas - circunstancia que, además, llenaba de regocijo a los SS-. Una vez terminada su tarea, los peluqueros trataban de hacerse con todas las prendas que podían para después distribuir las según las necesidades. Después de la ducha, todas las ropas eran enviadas a la desinfección. En dicho *kommando*, trabajaban tres españoles. La organización, gracias a Boix, logró también introducir en éste a Razóla.

A partir de ese momento, y con la activa colaboración de Borrás, Conill y Miguel, empezó a funcionar una verdadera racionalización de la recuperación en favor de la solidaridad: después de la desinfección, una gran cantidad de ropa entraba clandestinamente en el campo, sirviendo parte de ella para socorrer a los más necesitados y siendo enviado el resto a los *kommandos* del exterior.

A la llegada de cada convoy, el *kommandoführer* SS ordenaba al *kapo* que le apartase la ropa interior, los trajes y los zapatos de mejor calidad, para su propio uso y para traficar con la población civil. El *kapo* -triángulo negro- informaba de ello a los españoles. Los cuatro españoles que trabajábamos en el comando aprovechábamos la ocasión para coger las mejores prendas para la solidaridad. La dificultad principal estribaba en hacer entrar esos efectos personales en el interior del campo. Para ello, nos valíamos de compatriotas que trabajaban en *kommandos* cercanos, especialmente de los carpinteros y de los fotógrafos:

Sánchez, Capdevilla, Perlado, Amadeo, Almarza, Aparicio, Montes, etc., así como de Boix y García, que los ocultaban y los introducían en el campo. Después de la desinfección, las prendas eran almacenadas en un depósito (*Effektenkammer*) donde habíamos conseguido introducir a algunos españoles que contribuían a la solidaridad. Su trabajo consistía en clasificar y en almacenar la ropa bajo la vigilancia de SS que se hacían reservar la mejor con fines lucrativos.

Lo que lográbamos sustraerles era, pues, repartido entre los prisioneros. También habíamos conseguido hacer entrar algunos españoles en el *kommando* de los sastres: Bonaque, Ventura, Falo, Uruen, Domínguez, etcétera, que colocaban forros a las prendas con el fin de proteger del frío, ese enemigo permanente, y fabricaban manoplas y una especie de chanclos que eran de la mayor utilidad, en particular a los *kommandos* del exterior. Ese *kommando* estaba organizado de tal manera que, cada miércoles, los españoles se dedicaban a dicha fabricación. Ese ejemplo fue seguido en el taller donde los franceses Lolive y Corbin, los belgas Henrique y León Milos, así como los yugoslavos y los checos, tenían cada uno de ellos su día de solidaridad. Por añadidura, los presos que estaban bien situados recibían a la hora de la cena a “invitados” que se beneficiaban de sus pequeñas colectividades o repúblicas de ayuda mutua alimentaria.

Bachmayer procedió a la liquidación de los presos alemanes de derecho común que trabajaban en la *Kommandantur Reiniger* (ordenanzas de los SS) y ordenó que se presentasen todos los españoles que hablasen el alemán. Así es como tuvieron acceso a ese trabajo, que adquiriría gran importancia, los primeros españoles: Rojas, Constante, Capella, Garriga y Luis García. Más adelante, por mediación de Boix, también ingresarían Ruiz y Serra. Era éste un paso importante pues, además de la ventaja material que significaba para media docena de españoles, también había la de vivir en medio de los mandos SS y de captar al vuelo datos valiosísimos para la resistencia. A través de los comentarios de los SS, incluso tendenciosos, conseguíamos conocer noticias de tipo militar y podíamos oír la radio; estábamos al corriente de sus movimientos, de sus turnos de guardia, del puesto que tal o cual iba a ocupar tal o cual día. En resumidas cuentas, un sinnúmero de datos de gran valor que transmitíamos a la dirección clandestina del campo.

No tan sólo existía la posibilidad de sustraer alimentos y de ayudar a los camaradas, sino que también podíamos proceder al trueque.

He aquí un ejemplo de ello: a cambio de unas cuantas camisas y calcetines procedentes del *Effektenkammer*, el jefe de cantina daba cien cigarrillos. Y hay que tener en cuenta que el cigarrillo era la unidad monetaria del campo, lo que permitía comprar a otro SS medicamentos que necesitaba la solidaridad. Ortiz consiguió robar sistemáticamente cigarrillos de la intendencia SS, hasta el extremo de que la organización clandestina llegó a disponer de una reserva de 5.000 -un tesoro que, a pesar de nuestras ansias de fumar, nadie tocó-

Sin quererlo, los SS eran excelentes agentes de información. Así es como el sargento que tenía a su cargo el emisor de radio se hizo eco de numerosas conversaciones sostenidas con sus colegas y de decisiones que atañían a los prisioneros. También nos habíamos enterado de que el comandante del campo tenía interés en demostrar que nosotros éramos considerados en ese *kommando* como privilegiados, dado que creía de esta suerte neutralizarnos e impedimos llevar a cabo una labor de tipo político. En efecto, nos hacía el honor de tenernos por el grupo nacional más tenaz, debido a las largas luchas que habíamos sostenido en España y a las pruebas que habíamos logrado dar en el campo. Nuestros camaradas asistentes de SS de graduación tenían también la posibilidad de leer los periódicos, e incluso un semanario español. Así es como, al enterarnos de la disolución de la III Internacional y de la supresión de los comisarios políticos en el Ejército Rojo, pudimos conversar acerca de esas medidas con conocimiento de causa, y nadie, en el curso de las discusiones que surgieron entre los miembros del Partido y la Juventud, puso en tela de juicio la oportunidad de dicha decisión. Nos enteramos con consternación de la muerte de José Díaz, fundador y secretario general del Partido Comunista español; ese gran personaje desaparecía en un momento harto difícil de la lucha. Nos enteramos asimismo del nombramiento de la camarada Dolores Ibárruri como secretaria general del Partido Comunista español. Gracias al camarada Zdenek Dejl, que escuchaba la radio de los oficiales, podíamos proceder a la comprobación y al control de las informaciones. Finalmente, he aquí nuestra mayor hazaña: el grupo de los electricistas, comandados por Esteban, con la colaboración del checo Vaclav y de un austríaco, logró construir un aparato de radio clandestino con piezas robadas a los SS y con otras de fabricación “casera”.

En la cocina de los prisioneros, la presencia de un buen número de españoles ponía cierto coto a los robos de alimentos a los que se dedicaban una cuadrilla de presos de derecho común, en detrimento de los prisioneros. Los mozos de cocina tenían derecho a llevarse una o dos raciones de *Sonderkost*, alimento de una calidad excepcional. Algunos de ellos se valían de esas raciones para realizar trueques o

para satisfacer sus perversiones homosexuales, en vez de beneficiar a la solidaridad. La lucha contra esos elementos descarriados precisaba una vigilancia poco común y, en cualquier caso, logramos reducir sus abusos a un estricto mínimo. En los sótanos de la cocina se pelaban las patatas destinadas a la alimentación de los SS, y a dicha tarea se dedicaban algunos españoles, siendo el responsable del grupo que las llevaba a la cocina de los SS el español Julio Casabona. Lo que viene a significar que parte de esas patatas iba a parar al fondo de solidaridad.

Actividades análogas se desarrollaban paralelamente en otros grupos de trabajo: en la lavandería, con los hermanos Picot; en el taller de zapatería, con Braulio, Colleto, etc.; en el garaje de los SS, con Suñer, Colego.

Mención especial se merece el camarada Suñer, que se dedicó desde el principio a la labor política y a la solidaridad. Además de su trabajo en el garaje, formaba parte del *slubendienst* del barracón 2 donde se hallaba, en cierta manera, la aristocracia de los prisioneros, aquellos que desempeñaban cargos importantes en las oficinas o pertenecían a buenos *kommmandos*, lo que le daba la posibilidad de mantenerse al corriente y de ayudar a otros camaradas. También había un relojero, Marcelo Rodríguez, que trabajaba en la reparación de relojes para los SS. Conseguía hacerse con algo de comida suplementaria, pudiendo de esa forma socorrer de manera continuada a dos o tres prisioneros, así como también, gracias a su trabajo, obtener determinados elementos de trueque que permitían mejorar la suerte de los enfermos.

Otros españoles, que siguieron destinados en la cantera o en *kom-nuuulos* exteriores, tales como Angel (intérprete del barracón 12), Escobedo, Codina, Bisbal (herido mortalmente cuando se produjeron los combates de liberación del campo), Galindo, José, etc., ayudaron a ocultar y, a menudo, a salvar de la muerte a compatriotas o a prisioneros de otras nacionalidades. Esa ayuda revestía evidentemente una importancia capital.

El camarada Boix (fallecido en París en 1951) consiguió introducirse en el *kommumdo* del servicio de identidad y de fotografía. Merced a su audacia y a cambio de tareas de carácter personal que le encomendaban los SS, logró colocar en puestos de trabajo interesantes a los camaradas que le habían sido designados por la organización clandestina. Junto con Antonio García, que trabajaba en el laboratorio fotográfico y había conseguido hacerlo entrar en dicho servicio, tomaba fotos de los personajes que venían a visitar el campo, revelaba las

fotografías que tomaban los SS de los muertos, de los fusilados, etc. Siempre que podía, hacía copias y enviaba éstas a la organización clandestina, que pronto pudo disponer de esta suerte de documentación de vital importancia que sirvió, más adelante, como pruebas en los procesos entablados contra los criminales nazis.

Toda la actividad de los fotógrafos Boix y García fue ordenada y dirigida por la organización nacional, lo cual demuestra, una vez más, que habíamos conservado la esperanza de que algunos de los nuestros lograrían salir con vida de Mauthausen para testificar y denunciar los crímenes nazis.

Esa documentación fue escondida durante dos años por los camaradas que trabajaban en el taller de carpintería; algunos de los clichés fueron cosidos en los forros de chaquetas, en las hombreras. A principios de 1945, se sacaron los clichés del campo y fueron ocultados en la población misma de Mauthausen. Otros fueron disimulados en jergones hasta la Liberación. Después de ésta, toda esa documentación fotográfica fue llevada a Francia.

El año 1943 fue, tal como lo hemos indicado anteriormente, el año de la llegada a Mauthausen de los primeros convoyes de franceses. Había pequeños convoyes de deportados políticos, clasificados como NN, es decir, *Nach unci Nebel (Nuit et Brouillard)*, sometidos a un régimen sumamente cruel y a los que se había hecho pasar previamente por el campo de Neuc Bremme, cerca de Sarrcbriick, donde eran objeto de malos tratos sistemáticos. En los grandes convoyes tenían cabida, al lado de los resistentes, personas que habían sido detenidas simplemente en el curso de redadas e, incluso, elementos indeseables y maleantes. La llegada de esos franceses creó inicialmente una situación un tanto difícil, pues algunos españoles que recordaban aún el trato al que habían sido sometidos en los campos de internamiento franceses daban libre curso a su resentimiento.

La organización clandestina, tratando de contrarrestar esa errónea y peligrosa actitud, tuvo que desplegar una gran actividad política. Fue al cabo de muchas discusiones y de hacer uso de gran paciencia que logramos hacer comprender paulatinamente a la mayoría de nuestros compatriotas que la mayor parte de esos franceses eran antifascistas y demócratas, que habían sido detenidos por su resistencia contra los nazis y que debíamos considerarlos como amigos y camaradas. Explicábamos que si muchos de ellos hablaban nuestro idioma es que lo habían aprendido luchando en las Brigadas Internacionales y que, cuando fuimos internados en Francia, habían luchado en favor nuestro y habían sido

entonces perseguidos también ellos por aquellos mismos que habían suscitado el recibimiento escandalosamente hostil de determinadas autoridades francesas.

Algunos socialistas, republicanos y anarquistas nos secundaron en nuestro intento de lograr ese deseado cambio de opinión de nuestros compatriotas y, entre ellos, nuestro camarada Ester. Sacábamos fruto de la influencia que tenían los peluqueros cerca de los jefes de barracón o de determinados *kapos* para pedirles que los franceses fuesen tratados lo mejor posible. En efecto, al principio, era enorme la antipatía que suscitaban los franceses, pues simbolizaban a los ojos de presos de diversas nacionalidades, tanto la no intervención, como la defección con respecto a Polonia, la denuncia de pactos de asistencia, la colaboración, etc. Naturalmente, esa campaña era explotada y alentada por los SS y por sus agentes provocadores. Podemos asegurar que la situación de los franceses hubiese llegado a extremos dramáticos de no haber sido por nuestra intervención, así como por la de los checos, que, con contadísimas excepciones, lograron situar las cosas en su justo término.

Las informaciones que llegaban a Mauthausen con respecto a la lucha del pueblo francés contra el invasor, así como el buen comportamiento de la mayoría de los franceses deportados, facilitaron nuestros esfuerzos para modificar en su favor la opinión que imperaba al principio *entre* los presos.

1943 fue un año de grandes realizaciones políticas debido a la participación en la dirección clandestina del camarada Raga, procedente de Gusen, y del camarada Montero, llegado de Francia, que supieron dar un gran impulso al trabajo y al desarrollo de las relaciones ya existentes con los españoles de diferentes tendencias políticas o sindicales. Ya lo hemos dicho anteriormente: una organización única conglomeraba al Partido Comunista de España y al Partido Socialista Unificado, y el acuerdo más perfecto presidió siempre la solución de los problemas que se planteaban. Dicha unidad se vio fortalecida por la organización de la Juventud Socialista Unificada.

También se incrementaron los contactos de carácter internacional y el camarada Razóla, delegado por la dirección, estableció relaciones continuadas con los responsables y miembros de los diversos grupos de otras nacionalidades: Kohl, por parte de los austríacos; Hoffman, por parte de los checos; Dahlem, por parte de los alemanes, y Rabaté, por parte de los franceses; en efecto, estimábamos que había llegado el momento en que se tenía que reforzar la organización del partido en todos los grupos nacionales y constituir el Comité Internacional,

organismo que considerábamos absolutamente indispensable. En el transcurso de esos contactos, analizábamos las informaciones políticas y militares con el fin de extraer de éstas los factores que favorecerían nuestra labor.

Dado que el camarada Montero entró a trabajar en la armería, la organización española examinó las posibilidades que de ello podían derivarse para una eventual organización militar. Los alemanes sufrían derrotas en varios frentes, especialmente en el Este, donde después del descalabro fundamental sufrido en Stalingrado se sucedieron las derrotas de Esmolcnsco, Poltava, etc. Incluso los españoles más pesimistas empezaron a vislumbrar la posibilidad de que Alemania perdiese la guerra.

La situación de los españoles y de los presos políticos en general fue mejorando a medida que su influencia fue haciéndose mayor en los *kommandos* clave. Esa penetración fue a la vez resultado de la iniciativa personal de la organización clandestina y de la influencia de la *Schreibstlnhe* (secretaría de los presos del campo) donde los presos políticos ocupaban una posición relativamente fuerte. La hegemonía de los presos de derecho común se había ido deteriorando gradualmente, hecho que repercutía hasta en los *kommandos* exteriores.

Hacía ya mucho tiempo que nuestra organización deseaba introducir a un camarada de confianza en el comedor de suboficiales (*Unterfiihrerheim*), tal como lo habíamos conseguido en el caso de los asistentes. Boix fue encargado de hacer todo lo posible para que fuera nombrado el camarada Tarrago para ese puesto. Después de no pocas dificultades, se alcanzó ese objetivo, y Tarrago ocupó ese empleo a principios de 1944. Antes de ser miembro de la dirección del campo, ese camarada había sido responsable de diversos grupos y mantenía contactos con el fotógrafo García y con Azaustre, quien, al estar encargado de la limpieza de la *Kommandantur*, comunicaba algunas informaciones, especialmente la cantidad de armas almacenadas y la manera de tener acceso a éstas, información que resultó ser de máxima importancia ulteriormente, cuando la preparación del plan militar ofensivo. Tarrago mantenía asimismo contacto con el camarada Climent, que trabajaba en la "*Politische Abteilung* ",

Al trabajar en el *Unterfiihrerheim*, Tarrago tuvo la posibilidad de obtener mucha información. Un sargento SS le tenía enterado sobre la moral de las tropas y de los mandos de la guarnición. Ese sargento, que probablemente fue incorporado a su pesar en las SS, no tenía nada de nazi. Tarrago le pidió en dos o tres ocasiones que le comprase ampollas de calcio para camaradas enfermos y se prestó a ello.

Desgraciadamente, hemos olvidado su nombre. A través de él, estábamos al corriente del movimiento de tropas y de cómo iba bajando la moral de los SS a medida que se producían las derrotas de la Wehrmacht.

Pese a las dificultades que puede suponer el lector. Tarrago había conseguido “sustraer” a los SS un promedio de 15 panes diarios y de 8 a 10 kilos de azúcar por semana, así como una cantidad apreciable de margarina y de mermelada. Ello le era posible porque le habían encargado del control y de la distribución del pan para la guarnición SS del campo. Como se producían de continuo traslados, permisos o días libres, siempre sobraba pan. Por otra parte, el que distribuía el pan en el almacén era el camarada Rau, comunista alemán que, cuando podía burlar la vigilancia de su *kommando-führer*, se las arreglaba para darnos algo más. Por lo que al azúcar respecta. Tarrago estaba en connivencia con un camarada eslovaco, cocinero de los SS. Cuando llegaba el momento de verter el azúcar en la enorme marmita donde se hacía el café de los SS, Tarrago, escondido detrás de la marmita que se hallaba al lado de la puerta de acceso al *Unterführerheim*, se agachaba un poco con un cubo vacío entre las manos. El camarada eslovaco se subía en un taburete y hacía como si echara en el café su cubo lleno de azúcar. En realidad, las tres cuartas partes iban a parar al cubo de Tarrago y, en la marmita, el azúcar que faltaba era sustituido por sacarina. Así pues, el azúcar destinado a los verdugos servía para mejorar el rancho de los presos, la suerte de los camaradas. En cuanto a la margarina y a la mermelada, la cosa resultaba más fácil, pues era el propio Tarrago quien hacía la distribución a los suboficiales. De la ración de cada uno de ellos sacaba una pequeña cantidad destinada a los deportados.

Como siempre, lo más peliagudo era sacar el botín del lugar donde se había ocultado y aun más peligroso resultaba el introducirlo en el interior del campo.

La primera fase de la operación la llevaban a cabo con no poco riesgo por su parte los camaradas que trabajaban como asistentes de los SS; tenemos que rendir homenaje a la sangre fría de, entre otros muchos, Miguel Scrra, Constante, Luis García, Garriga, Rojas, Capellas, Ángel, Ruiz, etc. También hay que citar al camarada Campos, que trabajaba en el *kommando* encargado del camuflaje de las ventanas de los SS y que, cada día, junto con otros camaradas, ayudaba a Tarrago a sacar el pan del almacén. Un día, ateniéndose a órdenes de Tarrago, sacó del almacén un saco que contenía unos cuarenta panes y fue a ocultarlo ahí donde trabajaba. Para realizar la segunda fase de la operación, existían varios procedimientos. Por ejemplo, pasar los panes por entre las alambradas de púas

cuando no estaban electrificadas. Casi siempre era Lavin quien se encargaba de recogerlos en el interior del campo. Para sacar el pan del *Unterführerheim* (comedor de los SS), se utilizaba también el cubo de la basura: se colocaba en el fondo una docena de panes, se tapaban con papel y encima de éste se echaba la basura. Varios camaradas que trabajaban en el *Baukommando*, dirigidos por Raga, iban a ayudar a Tarrago y se llevaban cada uno de ellos dos panes. Y era el camarada Caria, albañil de profesión, quien dando muestras de gran valor y entereza, cargaba con el cubo que contenía los panes, los escondía y nuestro compatriota Bravo, responsable de la barraca de las herramientas del *Baukommando*, los guardaba.

En cuanto al azúcar, la mermelada y la margarina, que ocupaban menos volumen que el pan, eran siempre los camaradas asistentes de los SS quienes pasaban a recogerlos. El azúcar. Tarrago lo echaba en un recipiente vacío que había contenido diez kilos de mermelada; lo llenaba casi por completo y después lo obturaba con un papel al que estaba adherida una capa de un polvo blanco que se utilizaba para la limpieza; seguidamente, acababa de rellenar el bote con dicho producto. Sorra y otros asistentes recogían el recipiente y se encargaban de repartir su contenido en unos saquitos que hacían los sastres y que eran disimulados debajo de la ropa para poder introducir esos alimentos en el campo.

Tan sólo en una ocasión un oficial SS sorprendió a un camarada con un pan, circunstancia que le valió a Tarrago una buena tunda. Otra vez, un camarada, en vez de llevar un saco lleno de pan a la cocina, en donde hubiese debido dejarlo, no se detuvo ahí y se fue directamente al *Unterführerheim*. El oficial jefe de cocina, un húngaro na/i, alistado voluntariamente, mal bicho él, mandó llamar a

Tarrago para que le rindiese cuentas y, sin esperar a que éste se explicase, le propinó una soberana paliza, suponiendo probablemente que se trataba de una metedura de pata del preso que había llevado el pan. Tan sólo unos meses atrás, la mera sombra de una sospecha hubiese acarreado la muerte. Pero, según decía Tarrago, los golpes ya no tenían ninguna importancia habida cuenta de lo que estaba en juego y que, seguramente, salvaría la vida de varios camaradas.

También es de resaltar el comportamiento del padre y de los dos hijos Casabona en el trabajo de solidaridad. El padre y el hijo mayor trabajaban en la cría de cerdos para los SS, a los que se alimentaba con las sobras de comida de la guarnición; seleccionaban y reservaban para los deportados los restos aún aprovechables. Finalmente, en el grupo de los pintores contribuyeron a la

solidaridad Sarroca, Manuel, Hoya, Tarrago (antes de que fuese trasladado al *Unterjiihrerheim*) y un italiano de las Brigadas Internacionales. Por último, la JSU y el grupo de los jóvenes *Poschascher* (grupo de jóvenes españoles que trabajaban en la cantera del pueblo de Mauthausen junto a los civiles), siempre orientados por la organización clandestina, desempeñaron un papel sumamente activo y se distinguieron sobremanera en el trabajo de solidaridad.

Felipe Martínez

Llegué a Mauthausen en abril de 1942. Logré sobrevivir gracias a la organización clandestina española que me prestó la ayuda moral y material necesaria. Luego, nuestra participación en la actividad indispensable para organizar dicha ayuda, nos mantenía dentro de los cauces de la dignidad humana. Conseguíamos de esta suerte sobrellevar nuestra miseria.

El trabajo que me fue encomendado en 1943 consistía en detectar a los camaradas en los convoyes que llegaban de Francia. Mi misión era en todo punto normal, puesto que había sido miembro de la Resistencia francesa. Así es como pude establecer contacto con Lafitte, Dubois y Rabaté, y lograrles la ayuda necesaria.

También llegaron de Francia por aquel entonces los camaradas alemanes Heinrich Rau y Franz Dahlcm. Me puse en contacto con ellos y, posteriormente, lograron proporcionarme medicamentos para Bonaquc, que se hallaba muy enfermo.

Por lo que a Dubois respecta, quien nuevamente estaba siendo sometido a interrogatorios y torturado por la Gestapo del campo, conseguimos prestarle ayuda tanto moral como material hasta que fue repatriado a Francia, donde le ejecutaron.

El camarada Lafilte fue ayudado por nosotros, especialmente cuando se hallaba alojado en el barracón 16, donde los SS procedían a realizar experimentos desde el punto de vista alimentario. Rabalc y los camaradas belgas fueron socorridos por el grupo de los sastres: Bonaque, Domínguez, Falo y Uruem. En el campo, logramos implantar las teorías marxistas y leninistas del internacionalismo proletario, y ahora puedo decirlo muy a las claras: la organización clandestina española fue la espina dorsal de la labor política y de la solidaridad nacional internacional y esto lo debemos a hombres del temple del camarada Razóla y,

más tarde, del camarada Montero.

1

Nach und Nebel (Nuit et Brouillard): Grupo de detenidos clasificados “Noche y Niebla”.

2

Sección política, es decir, la Gestapo del campo.

Angel Hernández García

Detenido en Burdeos por la Gestapo, el 14 de mayo de 1943, llegué a Mauthausen junto con otros siete españoles de mi grupo (Goytia, Garcia, López, Sánchez, Puigrós y un camarada cuyo nombre he olvidado) en un convoy que llevaba unos doscientos franceses, algunos de ellos de origen judío, procedentes de las cárceles de La Santé, Fresnes, Romainville, vía Sarrcebrück (donde permanecemos durante tres semanas).

Llegamos a Mauthausen al atardecer del 18 de octubre de 1943 y pasamos la noche encerrados en la sala de duchas. Durante la cuarentena, y luego en el barracón 12 donde fuimos trasladados, recibimos toda clase de muestras de solidaridad por parte de los españoles que nos habían precedido. Los franceses estaban repartidos en otros barracones y los judíos hacinados en el barracón 5, con miras a ser exterminados uno tras otro en la cantera. Entre estas últimas víctimas, estaba Maurice Lefèvre (su nombre de guerra), que me había prodigado cuidados en la cárcel francesa después de haber sido torturado yo por la policía, y al que pude llevar pan hasta el día de su muerte. Estábamos inscritos como franceses y a los camaradas mucho les costó el que fuésemos inscritos como españoles. Tres veces fui designado para *kommandos* exteriores y, también tres veces, fui devuelto al barracón por orden de Bachmayr: *Spaniel raus!* A fin de cuentas, fui a parar a la cantera de Wiencrgraben.

A mi llegada al campo de concentración, me había encontrado con un amigo de la infancia. Iglesias, que me había dicho que hablaría con Ramón y con Plá para que fuese nombrado enfermero en el “campo ruso”. Y así lo hizo. Fui recibido en medio de voces y amenazas proferidas por el nuevo jefe de barracón (un alemán de “derecho común”), que no me perdonaba mi intrusión, y amenazado de muerte por los *stuhemienst* (que también eran “verdes”), luego llevado a presencia del doctor Chaplinski y, tras una hora de discusiones, fui finalmente admitido, dada mi condición de médico interno. Algunos días atrás, el doctor Bajo y otros españoles habían sido expulsados del barracón a raíz de un violento altercado, y el jefe de barracón se había jurado a sí mismo que ningún español más pondría los pies en éste. El doctor polaco Lawkoski, de trato muy agradable, fue designado al propio tiempo que yo, pero la situación no mejoró realmente hasta la marcha del jefe de barracón, la llegada de Villanueva como peluquero y la destitución de todos los “verdes”.

En esc barracón estaban alojados inválidos y prisioneros de edad que trabajaban en el taller de tejidos (*la Weherei*), entre los cuales había un español, Pedro Prat, eclesiásticos (los pastores Douai y Schips), prisioneros soviéticos amputados y un buen número de franceses, entre los cuales Sauvage, Bertrand, Danon, Pilski, Edouard Ponzet, que trabajaba como peluquero y se ocupaba de la solidaridad para los franceses y al que ayudaba yo en la medida de las posibilidades del colectivo español. Ponzet hacía también las veces de agente de enlace con el doctor Fichez, doctor francés en el campo central. También estaba yo en contacto con el diputado belga Lahaut y tenía la posibilidad de ayudar a compatriotas suyos del barracón 10. Durante cierto tiempo trabajé en el barracón 10 con los doctores franceses Chanel y Livinec.

Durante toda mi estancia en el “campo ruso”, me ocupé de la solidaridad en nombre de los españoles, comisionado para dicha misión por Razóla y en estrecha colaboración con el, Sánchez y Bonaque. El camarada Baró, empleado del campo, me resultaba muy útil para llevar a cabo mi tarea, y Ortiz, enfermo del barracón 2, me ayudaba para la distribución.

Tco Sáez llegó más adelante para organizar conmigo la resistencia del grupo español, en estrecha relación con los demás grupos de otras nacionalidades; mi enlace directo con el campo era Hans, jefe del barracón 3, un veterano de las Brigadas Internacionales. Después de la Liberación, formé parte del personal sanitario de la enfermería que habíamos organizado en el campo para los enfermos españoles y permanecí junto con los más gravemente aquejados, designado por el Comité Nacional. Regresé a París el 3 de junio de 1945, tras haber soslayado innumerables dificultades. Tres camaradas fallecieron mientras esperábamos nuestra partida, cerca del campo de aviación de Horchings, en las proximidades de Linz. Pude visitar las instalaciones sanitarias de aquellas cercanías para recuperar a españoles. Y fue en un hospital próximo que me enteré del fallecimiento de Calderón. Hasta mi marcha de Mauthausen, seguí en contacto con el camarada francés Maville, que había permanecido en el campo encargado de una misión similar a la mía. El “campo ruso”, denominado enfermería o campo de enfermos, era la antecámara del homo crematorio.

En ese siniestro recinto estaban hacinados cuantos eran considerados ineptos o contagiosos. Esc “campo” estaba constituido por enormes barracones, sin higiene, donde el alimento era aún más escaso que en el campo central. Periódicamente, se llevaba a los más débiles a la cámara de gas y otros eran utilizados con fines experimentales pretendidamente médicos: resistencia al frío,

al cansancio, al hambre, a los alimentos sintéticos y otros peores aún.

A partir de 1944, la afluencia de enfermos creció incesantemente debido a la evacuación sucesiva de otros campos ante el avance soviético. Se puede calcular que al final existía una población de cerca de quince mil enfermos. La disciplina fue suavizándose a medida que los jefes de barracón “verdes” o “negros” fueron sustituidos por presos políticos, y debido al incremento del número de médicos deportados. En cambio, el rancho, cada día de peor calidad, acabó siendo, en los últimos tiempos, prácticamente inexistente. Considero que se puede estimar en quince mil el número de muertos del “campo ruso”, incluidos en esa cifra aquellos que fueron trasladados a Hartheim, donde se llevaban a cabo misteriosos experimentos a los que ningún enfermo sobrevivió, y aquellos que fueron gaseados en el campo principal, días antes de la liberación. La solidaridad material era netamente insuficiente para contrarrestar semejante y espantosa situación. La solidaridad moral desempeñó, sin embargo, un papel predominante en la supervivencia de numerosos camaradas.

La Nochebuena de 1944 resultó sumamente triste para todos aquellos que se hallaban alojados en el “campo ruso”. Junto con un grupo de españoles, monté un *sketch* cómico que simulaba una corrida de toros. Y, chapoteando en la nieve, chorreando de sudor, recorrimos los barracones uno tras otro, tratando de llevar algo de esparcimiento y esperanza.

En el curso de los últimos días que precedieron a la Liberación, los SS hicieron trasladar al campo central un importante grupo de enfermos so pretexto de despejar el “campo ruso” y de prodigarles cuidados. De hecho, los gasearon y sus cadáveres estaban aún amontonados en el campo de cuarentena número 3 cuando se produjo la liberación.

En cuanto nos enteramos, decidimos que preferíamos morir donde nos hallábamos antes de abandonar el “campo ruso” y permanecimos alertas, encuadrando en el grupo de resistencia a los más aguerridos para tratar de hacer frente a cualquier eventualidad.

Tercera Parte

Paso a la organización de la lucha armada y liberación del campo

En la primavera de 1944, llegaron nuevamente a Mauthausen grandes y pequeños convoyes de franceses. Los pequeños estaban compuestos de Nacht und Nebel (Noche y Niebla) y habían pasado previamente por el campo de represalias de Nene Bremme. Se hallaban repartidos en esos grandes y pequeños convoyes los 400 comunistas procedentes de la cárcel de Blois donde las autoridades de ocupación habían concentrado a todos cuantos consideraban como mandos. Entre esos comunistas que habían pasado por Nene Bremme, se hallaba Artur London. Era a la par, checoslovaco, miembro de la Resistencia francesa y veterano de las Brigadas Internacionales; por añadidura, al haber sido en 1935 colaborador del KIM, de la Internacional Comunista de la Juventud, se daba el caso de que London participaba de esta suerte en las cuatro resistencias fundamentales del campo de Mauthausen: ¡la española, la checoslovaca, la austríaca, que es la resistencia del país donde los hitlerianos han implantado Mauthausen, y la resistencia no tan sólo francesa, sino en Francia, es decir, la resistencia en contacto con los Aliados, con el mundo exterior al nazismo. He aquí, visto por él, el nacimiento del Comité Internacional de resistencia del campo de concentración de Mauthausen.

Artur London

Fue el 26 de marzo de 1944 cuando llegué a Mauthausen junto con un grupo de deportados clasificados *Nacht und Nebel* (Noche y Niebla), procedente del campo disciplinario de Nene Bremme, en Sarrebriick.

Habíamos sido deportados de la prisión de Blois adonde, en septiembre de 1943, la Gestapo había hecho concentrar a los detenidos considerados más peligrosos de las centrales de Poissy, Clairvaux y Fontevrault. Disponíamos de una organización clandestina del Partido fuertemente organizada, bien estructurada y que mantenía una relación permanente con el Partido en el exterior, así como con la organización especial creada por éste para mantener el contacto con las prisiones. Estábamos muy al corriente del desarrollo de la resistencia en Francia, así como de la situación en los diferentes frentes, pues recibíamos con regularidad octavillas y periódicos clandestinos. Además, también recibíamos directrices sobre el comportamiento y la labor que debían observar y realizar los comunistas encarcelados.

El primero de febrero de 1944, unos días antes de la puesta en ejecución de la evasión colectiva que había sido cuidadosamente estudiada por nuestra dirección, en estrecha colaboración con la organización especial de los prisioneros, todos nosotros fuimos trasladados al campo de clasificación de

Compiégne. Ahí fue donde nuestro grupo de cincuenta camaradas había sido separado de los demás y dirigido al campo de Neuc Bremme, en el que permanecimos cerca de un mes antes de ser enviados a Mauthausen.

Alineados cerca de la puerta monumental del campo, azotados por las rachas de viento gélido que soplaba de los Alpes, permanecimos de pie, en posición de firmes, durante horas, antes de pasar a la desinfección. Vimos a unos prisioneros que salían de los barracones y que caminaban cansinamente por la explanada donde se pasaba lista. Fue entonces cuando reconocí, formando parte de un grupo que se descubría al pasar delante de un SS, a Leo Gabler. Austríaco él, en 1935-1936 representaba a las Juventudes Comunistas de su país en la Internacional Comunista de la Juventud, en Moscú, donde había entablado amistad con él. Traté en vano de atraer su mirada, pero no me identificó en la masa compacta de los recién llegados. Tuve que esperar al día siguiente para entrar en contacto con él.

Nuestro convoy fue enviado al barracón 15, un barracón de cuarentena, separado del resto del campo por alambradas de púas. Es gracias a nuestros camaradas españoles que pudimos franquear muy pronto esas alambradas y romper nuestro aislamiento, pasando al *stube* B del barracón 13, que estaba en manos de republicanos españoles. También era éste un lugar propicio para las entrevistas de los diferentes responsables de la organización clandestina de la resistencia española. El joven Constante, gracias a habilidosas preguntas, pronto supo detectar en mí, que le había saludado en castellano, al antiguo combatiente de las Brigadas Internacionales. Me citó dos nombres de combatientes checos de las brigadas, preguntándome si los conocía. Se trataba de Leopold Hoffman y de Emanuel Blahout, con los cuales me había unido una estrecha amistad. Habían regresado ilegalmente a su país después de la invasión de Francia y, dos años más tarde, habían sido detenidos mientras realizaban su labor en el seno de la Resistencia checoslovaca. Media hora más tarde. Constante consiguió introducirnos en el barracón de cuarentena. Nos sentíamos los tres muy emocionados al encontrarnos en Mauthausen, a donde habíamos llegado por diferentes conductos, pero siempre como consecuencia de la lucha en contra del mismo enemigo.

Ahora que había pasado con éxito la prueba a la que me había sometido, Constante, tranquilizado con respecto a mí, me presentó a los demás españoles, especialmente a los dirigentes principales, Razóla y Montero.

Al día siguiente. Constante vino a verme con Gabler. Nos dimos un fuerte abrazo. Yo creía que había muerto, dado que había circulado el rumor de que había sido ejecutado en Viena por los nazis. Gracias a él, pude ver nuevamente a Fritz Grosse, dirigente de la Juventud Comunista Alemana, detenido desde 1934, y a Franz Dahlem, dirigente del Partido Comunista Alemán y uno de los principales organizadores de las Brigadas Internacionales en España. Por mediación de mis nuevos compañeros españoles, nuestro grupo pudo reanudar contacto con gran parte de los componentes del convoy que había partido inicialmente de Blois con nosotros y que nos había precedido en dos días, ya que venía directamente de Compiègne. Igualmente, pude entrar en contacto con Octave Rabaté, responsable de los franceses que se hallaban en

Mauthausen desde hacía ya interminables meses, así como con los dirigentes de grupos de otras nacionalidades. A muchos de ellos los conocía, pues los había encontrado con ocasión de mis actividades antes de la guerra y durante la resistencia.

En primer lugar, procedimos a reconstruir la dirección política de nuestros convoyes franceses en cuarentena. Seguidamente, tomamos la decisión de transmitir de inmediato las directrices referentes al trabajo ilegal en los campos (directrices que nos habían sido transmitidas en Compiègne antes de nuestra deportación), no tan sólo a los franceses, sino también a los grupos de otras nacionalidades. Nos enteramos por boca de los veteranos de la situación que reinaba en Mauthausen y del trabajo de resistencia llevado a cabo hasta aquel entonces por cada uno de los diferentes grupos de nacionalidades.

Los deportados de diversas nacionalidades que se hallaban en el campo de concentración eran muy diferentes, tanto por lo que a sus orígenes sociales como a sus concepciones filosóficas y políticas se refiere. El lazo de unión existente entre ellos consistía ante todo en las luchas sostenidas contra el enemigo común y en los padecimientos sufridos durante la deportación. Sin embargo, permanecían divididos en cuanto a la concepción del desenvolvimiento de los acontecimientos militares, así como también con respecto a lo que sucedería una vez terminada la guerra. Esta falta de cohesión política explica las dificultades halladas durante mucho tiempo hasta lograr realizar la unidad en el seno de los diversos grupos de nacionalidades.

Se iban formando grupos de deportados en torno a personalidades relevantes en cualquier campo que fuese. La ausencia de un programa de acción limitaba a

menudo sus actividades a la celebración, por ejemplo, de ceremonias religiosas clandestinas con miras a hallar un sostén moral para contrarrestar los sufrimientos padecidos, a llevar a la práctica una solidaridad de tipo personal o reducida a unos pocos amigos. La difusión de las informaciones, insuficientemente controladas, se prestaba a una proliferación de noticias inciertas, desmesuradamente optimistas, necesariamente desmentidas a posteriori, que acarreaban la confusión y, a menudo, una psicosis de pesimismo que desembocaba a veces, incluso en una pérdida del sentido de perspectiva y en la desmoralización.

En el plano internacional, esos grupos, salvo contadas excepciones, no lograban librarse de los prejuicios y de las enemistades de tipo nacional. Se recogían en sí mismos y no sostenían más que muy pocos contactos con los demás grupos de otras nacionalidades.

De hecho, hasta principios del año 1944, en el campo central de Mauthausen no existían más que muy pocas organizaciones de resistencia interior, independientemente de las creadas por los comunistas. Nuestros dos convoyes de franceses de marzo y de abril de 1944 hallaron en Mauthausen un reducido número de camaradas franceses que no poseían prácticamente ningún medio de acción. Nos percatamos entonces, con sorpresa, que en el campo existía una cierta enemistad, un espíritu antifrancés que llegaba incluso a veces a la hostilidad, por parte de cierto número de los deportados pertenecientes a otras nacionalidades, incluso entre naturales de países tradicionalmente amigos y vinculados con la Francia de antes de la guerra.

Los españoles reprochaban a Francia el que hubiese contribuido, merced a su política de no intervención, a la derrota de la República española. También le reprochaban la existencia de los campos de Saint-Cyprien, Argeles, Vernet y otros, en los que habían estado internados.

Los checoslovacos no perdonaban a Francia la no observancia de sus compromisos con respecto a su país, sacrificando a Hitler.

Los polacos la acusaban de haberse limitado a "*la tiróle de guerre*" mientras su nación era invadida, devastada y martirizada.

Los alemanes y los austríacos echaban en cara a los franceses ¡el que hubiesen resultado vencidos! Formulaban de esta forma la esperanza frustrada de los

antifascistas -encarcelados algunos de ellos desde hacía once años- que anhelaban la victoria francesa sobre la Alemania nazi.

Numerosos soviéticos sustentaban igualmente opiniones similares. Fue necesario desplegar grandes esfuerzos para modificar esos diferentes estados de espíritu, para poner fin al aislamiento y al desprecio de los que eran objeto los franceses y para restablecer con ellos lazos de fraternidad y de solidaridad.

Las informaciones transmitidas por los convoyes de marzo y abril sobre la amplitud que había adquirido en Francia la lucha armada en contra de los ocupantes, así como la huelga general de 1944 y la insurrección de París, permitieron recobrar la confianza de los demás grupos de otras nacionalidades. Por añadidura, los múltiples contactos que se fueron estableciendo, la actitud muy positiva de los franceses en el campo, su organización, sus actividades en el seno de su propio colectivo así como la ayuda y las nuevas perspectivas que aportaron a la organización internacional -que se constituyó poco después de la llegada de los dos convoyes de marzo y abril- permitieron barrer esa hostilidad y los prejuicios en contra de los franceses.

En todos los grupos nacionales que se hallaban en Mauthausen, los comunistas eran siempre los que estaban mejor organizados. En efecto, sus colectivos estaban constituidos por militantes acostumbrados a la lucha clandestina, lucha que algunos partidos comunistas llevaban a cabo desde hacía muchos años. Bien encuadrados, entrenados a someterse a una disciplina estricta, los comunistas estaban mejor armados tanto política como prácticamente para organizar la resistencia en los centros de detención. La mayoría de ellos habían tenido la ocasión, antes de su deportación, de poner a prueba la organización ilegal de dicha resistencia en las diferentes prisiones donde habían estado detenidos.

El internacionalismo doctrinal facilitaba el acercamiento de los comunistas de diferentes nacionalidades. Las acciones internacionales llevadas a cabo en común, la guerra de España, los congresos políticos y sindicales, dieron lugar a reencuentros conmovedores, en Mauthausen, entre antiguos compañeros de lucha originarios de países diferentes y facilitaron los contactos entre los diversos grupos nacionales.

Ahora bien, hasta finales de 1942, la organización comunista clandestina distaba mucho de poseer la fuerza que con el tiempo adquiriría. La razón de tal situación se explica por la liquidación física sistemática de los mejores mandos que, hasta

aquel entonces, era singularmente cruenta y también por el hecho de que la administración del campo estaba entonces dominada y dirigida por los presos de derecho común.

Tan sólo los españoles poseían en aquella época una organización poderosa y activa. Sus dirigentes eran, entre otros. Razóla, Pagés, Perlado, Constante, Raga, Bonaquac... Los jóvenes españoles eran los únicos en disponer de su propia organización de la Juventud Socialista Unificada, dirigida por Felipe, Yébenes, Miguel Scrra, Aro Redondo, Juan Sarroca...

En 1943, las organizaciones comunistas adoptaron formas orgánicas más precisas en los diferentes grupos nacionales. A pesar de ello, las formas de organización, los métodos de trabajo y el nivel político eran diferentes de un grupo a otro. En contadísimos casos funcionaba una organización estructurada. El trabajo se realizaba sobre todo por conducto de un número limitado de hombres de confianza que mantenían, cada uno por su parte, contactos individuales con un número determinado de miembros de la organización clandestina, a los que transmitían informaciones y consignas.

En el plano internacional se sostenían, de forma más o menos sistemática, contactos entre responsables de los diferentes grupos nacionales con el fin de intercambiar opiniones sobre la situación internacional, de estructurar una cierta coordinación de la solidaridad y, sobre todo, de estudiar la manera de coordinar todos los esfuerzos con miras a expulsar a los “verdes” de los puestos de dirección que ocupaban en la administración del campo y de sustituirlos por “rojos” (políticos).

Los contactos personales no podían, en forma alguna, desempeñar el papel de una dirección que orientase, coordinase y organizase la acción de los diferentes grupos en tomo a objetivos comunes.

Los extremos sometidos a discusión de los responsables de los diferentes grupos nacionales por parte de los responsables de los dos convoyes franceses, se circunscribían especialmente a la necesidad de crear una organización clandestina y estructurada del Partido, organizaciones clandestinas, del tipo frente nacional, en todos los grupos nacionales, al igual que una organización militar con miras a poder evitar el exterminio y, cuando llegase el momento oportuno, participar directamente en la liberación del campo.

Además, la necesidad de organizar la difusión de las informaciones controladas sobre los acontecimientos políticos y militares y la solidaridad no tan sólo en el plano nacional, sino también internacional, las acciones de sabotaje en las fábricas de armamento que utilizasen una mano de obra de deportados. Por añadidura, el establecimiento de contactos con los *kommundos* exteriores con el propósito de orientar la resistencia sobre esas mismas bases. Medidas idóneas para proteger a los deportados más directamente en peligro y hallar la forma de esconderlos en el interior del campo e, incluso, de organizar su evasión. Hallar contactos con organizaciones o miembros de la resistencia austríaca en el exterior de Mauthausen. Casi todos los responsables de las diferentes nacionalidades dieron su acuerdo a ese programa de acción, excepción hecha de algunos camaradas alemanes que temían resultase incompatible con las condiciones sumamente peligrosas en las que se desenvolvía la vida en el campo. Según ellos, una organización política estructurada y, especialmente, una organización militar entrañaba demasiados riesgos.

Desde el principio, la dirección española, a instancias de Razóla, se adhirió a ese programa y lo defendió en el curso de las discusiones que sostuvo a este respecto con los demás grupos de otras nacionalidades. Su adhesión resultó determinante para llevar a cabo dicho programa, teniendo en cuenta, además, que, en gran parte, estaba siendo aplicado por su organización, incluida la creación de la organización militar.

Para la designación de la primera dirección de la resistencia clandestina internacional en el campo, se logró un consenso general -excepción hecha de parte del grupo alemán-, recayendo los nombramientos sobre Leo Gabler, como responsable, asistido por Joseph Kohl, Hans Marsalek (los tres de nacionalidad austríaca) y yo mismo.

El hecho de que el campo se hallase enclavado en territorio austríaco explica el motivo por el cual se había escogido a tres austríacos, más aptos para poder establecer contactos con la resistencia nacional exterior.

La realización de las tareas que se había fijado el Comité Internacional de resistencia se vio facilitada por el hecho de que algunas funciones administrativas muy importantes habían sido ya alcanzadas previamente. El checo Pany era por aquel entonces primer secretario de la *Schreibsluhe* (administración interior del campo). Estaba secundado por el austríaco Marsalck, el español Juan de Diego y el checo Pstros. Sobre esos cuatro hombres recae el

honor de haber llevado a cabo una labor peligrosa con el fin de realizar las tareas que les habían sido encomendadas por el Comité Internacional: salvar a camaradas destinados al exterminio, hacer la vida más llevadera en determinados *kommundos* confiando su dirección a miembros de la organización de resistencia. Gracias a ellos fue posible igualmente llevar a cabo acciones como la siguiente: sustraer de la compañía disciplinaria procedente de Dachau al austríaco Lauscher, enviarlo en un *kommando* a Viena desde donde fue posible organizar su fuga con el fin de que pudiese establecer contactos con la resistencia austríaca.

La primavera de 1944 marcó un hito importante en el desarrollo de una organización de la resistencia política y militar, estructurada tanto en el plano nacional como en el internacional. Desgraciadamente, Leo Gabler, a quien sus cualidades y su larga experiencia de militante ilegal prestaban una gran autoridad, fue transferido inopinadamente a Viena para ser juzgado por el Tribunal Supremo, que, por cierto, le condenó a muerte. Poco tiempo después de su marcha, nos enteramos de que había sido ejecutado. Su pérdida causó gran y dolorosa consternación entre todos los grupos nacionales.

En agosto de 1944, caí gravemente enfermo y, trasladado al *revier* por nuestros camaradas, ahí tuve que permanecer durante largos meses. Para sustituirnos a Gabler y a mí en la dirección del Comité Internacional, en septiembre de 1944 el español Razóla fue designado responsable y el checo Hoffman tomó mi relevo. Ambos siguieron en estrecho contacto conmigo hasta el final.

Razóla y Constante

En la primavera de 1944, la organización española consideró que había llegado el momento de pasar a la organización del aparato militar, es decir, de preparar la resistencia armada. Consultamos con los camaradas del Partido y con los de la Juventud Socialista Unificada con el fin de conocer sus puntos de vista. El camarada Montero asumió la responsabilidad de esa tarea. Ayudado por Lavin y Malle, y partiendo de esta base, se procedió a la creación de grupos dirigidos por camaradas de entera confianza. Se tenía que empezar por estudiar la posibilidad de apoderarse de algunas armas de la armería y cuál era el trabajo que debería realizar Montero junto con los españoles que formaban parte de ese mismo *kommando*.

El comité español de solidaridad había conseguido agrupar a representantes de todas las tendencias políticas y sindicales: por la CNT, estaban Capdevila y

Borrás; por el Partido Comunista, Sánchez y Lavin; y por los republicanos, dos representantes cuyos nombres hemos olvidado. Los socialistas, que al principio no participaron en dicho comité, reconocieron su importancia y delegaron en éste a Manuel y Luis. A partir de ese momento, toda la solidaridad fue controlada, dirigida y administrada por un mismo organismo. Todos los españoles, excepción hecha de los enfermos y de aquellos que estaban encuadrados en un *kommando* malo y que se convertían, por ende, en beneficiarios de la solidaridad, debían hacer entrega un día por semana de su ración completa. Así se hizo, salvo en contadísimos casos, que fueron mantenidos al margen de la comunidad nacional.

La organización se hallaba, pues, en ese adelantado estadio de desarrollo cuando llegaron a Mauthausen los camaradas Ricol, Pichón, Havez y London de la resistencia francesa, quienes, todos ellos, habían ocupado cargos de gran responsabilidad. Tomaron contacto con los dirigentes comunistas de todos los grupos nacionales con el fin de informarles acerca de las últimas orientaciones políticas recibidas de la organización de la Resistencia francesa en las prisiones y en los campos de concentración franceses.

Esos contactos con los demás grupos de otras nacionalidades pudieron establecerse y así es como pudimos constatar que el largo e intenso trabajo preparatorio de carácter internacional había dado sus frutos. Con la colaboración de los camaradas introducidos en la secretaría del campo, esos camaradas franceses fueron enviados a los barracones donde considerábamos podrían desarrollar sus actividades en condiciones óptimas. London, al barracón 13 *Slube B*, donde en aquel momento Tarrago era responsable de la limpieza y Azaustre, peluquero. Razóla y Montero se pusieron en contacto con él y tras haber examinado y reconocido la exactitud de las orientaciones de las que era portador, trataron de aplicarlas teniendo en cuenta la situación del campo.

Primera medida: se debía reforzar la organización del Partido dentro de los grupos nacionales. Se tuvo que reconocer lo que resultaba evidente: en la primavera de 1944, era el único en ser homogéneo y en poseer una fuerte organización; los demás grupos nacionales estaban insuficientemente organizados. Se trabajó, pues, activamente para paliar esa deficiencia. Ello dio origen a la creación de un Comité Internacional responsable, cuya dirección fue asumida por Gabler, Marsalek, Kohl y London.

A través del camarada Razóla que, como ya lo hemos visto anteriormente, estaba

desde hacía tiempo encargado de las relaciones internacionales, los españoles estaban en contacto diario con dicho comité. El programa consistía en lo siguiente: crear la organización interna de cada grupo nacional; incrementar la educación política antifascista de los militantes y elaborar una acción de solidaridad internacional; constituir pequeñas unidades de combate; analizar y dar a conocer las noticias difundidas por las emisoras de radio aliadas; preparar la fuga de los militantes en trance de ejecución inmediata; entrar en contacto con la población y los organismos antifascistas por intermedio de los *kommandos* exteriores. Se cumplió dicho programa con respecto a la evasión de camaradas austríacos y fueron establecidos contactos con el exterior.

En el mes de agosto, se tuvo que proceder a la reorganización del Comité Internacional: Gabler había sido ejecutado por los SS. Razóla le sucedió como responsable. London, gravemente enfermo a la sazón, fue sustituido por Hoffman. Los camaradas Kolh y Marselek siguieron desempeñando sus cargos. Razóla visitaba frecuentemente a London en la enfermería y analizaba con él la situación política, así como el proceso de desarrollo de la organización. Dahlem se brindó a proporcionar las informaciones que pudiese ir recogiendo y Razóla fue encargado de mantener el contacto con él: además, mantenían contactos con los responsables franceses, italianos y belgas; Hoffman, junto con el camarada Sacharoff, estaba encargado de las relaciones con los países eslavos y los soviéticos. Cuando fue creado el aparato militar internacional, el grupo español, que disponía ya de organización militar, bien estructurada y comandada por jefes militares, se puso a su disposición. Fd camarada Montero desempeñó un papel primordial en la organización de los grupos de combate españoles.

A finales del verano de 1944 todas las nacionalidades poseían su organización política y militar.

Se decidió nombrar un Estado Mayor de carácter internacional para dirigir, en la hipótesis de una acción militar preventiva, el conjunto de los grupos de combate. Dado que el grupo español era el más numeroso y el mejor organizado, se le pidió designase a uno de los suyos para asumir la responsabilidad del mando general; dicho nombramiento recayó sobre el camarada Malle.

En el plano nacional y para realizar el programa puesto a punto durante el verano de 1944, tras consultar con Ester, Capdcvila, Antonio, Manuel, Luis, Calmarza..., fue constituido un comité de unión nacional en el que entraron a formar parte Razóla, por el Partido Comunista; Prat, por los anarquistas; Antonio, por los

socialistas, y Calmarza, por los republicanos. Más adelante. Razóla fue sustituido por Ronda. Puestos al corriente del trabajo realizado por la organización clandestina, llegamos a la conclusión de que las demás tendencias políticas representadas en el comité deberían organizar a sus militantes de la misma manera que nosotros para estar en condiciones de hacer frente a los acontecimientos. Fue a partir de ese momento que los resultados obtenidos fueron más concretos y más eficaces, la participación más amplia y el control sobre todas las actividades de los españoles absoluto, lo que permitió desenmascarar a algunos provocadores inspirados por los SS que empezaban a tomar conciencia de la victoria aliada y que repetían que los españoles estaban protegidos. disfrutaban de un régimen preferencial, etc. Estas insinuaciones, cuyo propósito era el de limpiar de culpas a nuestros asesinos de ayer que, actualmente, se ensañaban con otras víctimas, no surtieron efecto.

La participación española en el mejoramiento de las condiciones de vida pudo extenderse más y más, merced a las medidas de coordinación indicadas anteriormente. A título de ejemplo, haremos hincapié en el excelente comportamiento de Pedro Freixa, médico español de la enfermería SS, que salvó de la muerte a un gran número de deportados, especialmente mediante inyecciones de calcio que logró ponerles clandestinamente, entre otros a Constante, Villanueva, Ángel García, Pedro Bajo, Ginesta... Hubo también enfermeros que hicieron todo cuanto era humanamente posible para aportar alguna mejora a las condiciones que reinaban en el “campo ruso”, denominado enfermería por los SS y, en realidad, verdadero matadero para los presos agotados y para los enfermos. Esa labor se vio facilitada por el preso político austríaco, jefe del “campo ruso”. También queremos manifestar nuestra simpatía y nuestro agradecimiento a hombres tales como el médico francés Fichez, el profesor checo Podlacha, el austríaco Emilio y muchos cuyos nombres hemos olvidado, desgraciadamente.

Cuando regresaron en pésimas condiciones de salud a Mauthausen el *kommando* de Ternberg y otros, el comité de unión nacional decidió proporcionarles prendas y calzado, y, unos días más tarde, aquellos que más lo precisaban vieron cubiertas sus necesidades. Unas semanas después, cuando esos mismos hombres fueron designados para formar parte de otro *kommando* exterior, el comité consiguió que permaneciesen en el campo aquellos que se encontraban más debilitados o enfermos, enviando un efectivo menos numeroso que el exigido. Fue con ocasión de dicho *kommando* que el siniestro César entregó al comandante SS la lista de los comunistas y simpatizantes, y que 110 españoles fueron castigados y

enviados a Gusen.

La liberación de gran parte del territorio francés y las victorias soviéticas constituyeron, por supuesto, un estímulo para el desenvolvimiento de nuestra labor. El optimismo llegaba, incluso, a extremos tales entre numerosos prisioneros que teníamos que hacer entrar en razón a aquellos que ya habían determinado una fecha para nuestra liberación y que se hipnotizaban sobre dicho plazo, lo cual significaba exponerse a desilusiones y podía costar la vida a camaradas debilitados que se aferraban desesperadamente a esa esperanza. Muy al contrario, había que hacer comprender que se imponía una mayor prudencia si cabía, que los últimos meses iban a ser los más peligrosos y que, en previsión de dicha situación, debíamos fortalecer nuestras organizaciones para poder resistir al exterminio total en el campo en el transcurso de una eventual evacuación.

Los crímenes nazis fueron incrementándose, por demás, en gran escala. Los judíos y los soviéticos eran sus principales víctimas. Debemos hacer hincapié en la actitud realmente ejemplar de esos judíos que antes de morir cantaban la *Internacional*, o de los que espetaban a los SS que siempre quedarían bastantes comunistas como para hacer justicia.

De entre los soviéticos que llegaron a Mauthausen, un grupo de oficiales fue enviado directamente a la compañía disciplinaria; su trabajo consistía, como siempre, es subir los siniestros 186 escalones y la empinada cuesta que llevaba hasta el campo, a paso ligero y llevando enormes piedras a cuestas. Los más débiles y los de mayor edad cayeron durante los primeros días a pesar de la ayuda que conseguíamos prestarles, pero los más fuertes lograron aguantar y, gracias a la ayuda de los grupos nacionales tales como los checos, los españoles, los austríacos y los alemanes, recibieron calzado, ropa y raciones suplementarias de alimento. Merced a su valentía y a su lealtad, supieron granjearse la simpatía de los prisioneros y se consiguió salvar la vida de la mayoría de ellos.

Los italianos empezaron a afluir entonces a Mauthausen. Entre ellos había un buen número de resistentes, pero también oficiales del ejército de Mussolini. Entre los resistentes, volvimos a encontrar camaradas como Pajeta, veterano de las Brigadas Internacionales, a los que pusimos en contacto con los grupos nacionales organizados y con algunos italianos que se hallaban en el campo desde hacía algún tiempo, tarea que nos fue facilitada por las relaciones que existían con algunos de estos últimos, tales como Baldini, que fue uno de los primeros a quien ayudamos.

La situación empeoró en el transcurso de los últimos meses de 1944. Muchos *kommandos* se habían replegado hacia Mauthausen, otros convoyes llegaban procedentes de campos evacuados. Sabida es la crueldad con la cual los nazis los exterminaban. Cada mañana se podían ver verdaderas pirámides de cadáveres delante del edificio de las duchas.

Nos resultaba del todo imposible prestar la menor ayuda a los recién llegados, ni siquiera cabía establecer contacto con ellos. Los escasos supervivientes eran enviados a *kommandos* exteriores, pues el campo se hallaba superpoblado. Por añadidura, las raciones, ya de por sí insuficientes, fueron reducidas gradualmente. A cada día que pasaba, nuevos problemas y nuevas dificultades se planteaban, pero nuestro trabajo clandestino iba cobrando mayor amplitud y nuestra certeza de liberación crecía día a día.

Una vez hubo quedado finalizada la organización política y militar en los diversos grupos nacionales, se pasó a la elaboración de un plan de acción en el que se tenían en cuenta las directivas dadas por los responsables comunistas de la Resistencia francesa cuando su llegada al campo. Los camaradas Razóla y Hoffman pusieron sobre el tapete en el Comité Internacional la cuestión de la acción preventiva. A grandes rasgos, se trataba de:

1. Estar listos para hacer frente a toda provocación por parte de los SS y, eventual mente, tomar medidas preventivas para evitarlas.
2. Estar en condiciones de liberarnos por nuestros propios medios por poco que las circunstancias se prestasen a ello.
3. En la eventualidad en que los SS, pretextando o simulando un bombardeo aéreo, nos hiciesen bajar a los sótanos de los diversos edificios con la intención de exterminar a todos los presos del campo, poner en acción el aparato militar.
4. En la eventualidad de la evacuación del campo ante el avance soviético o el de los aliados, habían sido previstas las medidas siguientes:
 - a) Pasar a la ofensiva en cuanto hubiésemos salido del campo, pues si no se aprovechaba de inmediato dicha ocasión, los deportados, en el transcurso de las marchas forzadas, habrían perdido tanto sus fuerzas físicas como morales, y nosotros sabíamos que las evacúa-

ciones de los demás campos habían significado pérdidas considerables en vidas

humanas.

b) Los responsables políticos y militares, apoyados por los grupos de combate y por la mayoría de las colectividades nacionales, debían hacer uso de las armas de que el aparato militar disponía con el fin de eliminar a los guardianes. Dicho problema había sido estudiado ya y se había llegado a la conclusión de que las probabilidades de éxito eran reales.

c) Armar a los deportados más aguerridos con las armas quitadas a los SS, a los que deberían liquidar en su totalidad. Los demás deportados deberían concentrarse delante de la armería donde las armas serían distribuidas bajo la supervisión de Montero. Dado que la evacuación del campo no estaba prevista por los SS, más que en caso de avance de las tropas aliadas, nuestro deber, una vez estuviésemos armados, era el de continuar la lucha hasta establecer conexión con dichas tropas y, para aquellos de entre nosotros que se hallasen en buenas condiciones físicas, el de proseguir el combate hasta la victoria.

Tras haber sido estudiado hasta en sus menores detalles, dicho plan fue aceptado por todos los miembros del Comité Internacional, excepción hecha de algunos alemanes, que lo consideraban descabellado. Según ellos, dicha acción acarrearía un número ingente de muertos, especialmente en el "campo ruso".

Eramos plenamente conscientes de que habría muchas víctimas, pero seguramente menos que si aceptábamos de forma pasiva la evacuación y las marchas forzadas. Y además, siempre resultaba preferible morir luchando antes que dejarse asesinar.

El heroico ejemplo del alzamiento de los soviéticos del barracón 20 vino a reforzar la tesis del Comité Internacional, que supo sacar de éste enseñanzas tanto políticas como militares.

Nuestro compatriota Ester desempeñó un papel de suma importancia desde su llegada entre los españoles de su tendencia política, la CNT; de idéntica importancia a la de Miret para el Partit Socialista Unificat y a la de Montero para los comunistas. Ester colaboró con Montero en el *kommando* de la armería, ayudándole a sacar y a esconder armas.

El comité nacional español había constituido una pequeña biblioteca con los libros que habían podido ser salvados de la destrucción por parte de los SS, cuando la llegada a Mauthausen. Esos libros estaban a la disposición de todos los

deportados y el camarada Sánchez era el responsable de la biblioteca. Ésta constituía una ayuda moral y dicha iniciativa fue sumamente popular. Aun cuando estuviese prohibido tener libros, los soplones no se atrevieron a denunciar a los SS la existencia de dicha biblioteca y nuestro trabajo se vio facilitado gracias al camarada alemán Hans, jefe del barracón 12.

Se impone una puntualización por lo que respecta a la actitud de los SS para con los españoles en el transcurso de la última época del campo. Los deportados recientemente llegados a éste, ignoraban en qué condiciones habían sido exterminados los nuestros. Muchos de ellos creyeron que los españoles disfrutaban de un régimen de favor porque nos hallaron a nosotros, los supervivientes de sucesivas hecatombes, en mejores condiciones físicas que ellos mismos. Esto no son más que elucubraciones. Nuestra situación era idéntica a la de todos los deportados. Los SS, a medida que necesitaban mano de obra especializada, se percataron de que los españoles podían resultarles muy útiles. Tal circunstancia explica que los puestos que precisaban trabajadores especializados acabasen siendo ocupados por no pocos españoles. En la cantera trabajaban varios españoles, canteros ellos de oficio; para construir y agrandar el campo, de nuestras tilas salieron muchos albañiles; los españoles abundaban también entre los carpinteros, los sastres y los zapateros; muchos de ellos accedieron a dichos puestos de trabajo porque tal era su oficio, otros fueron enviados debido a la acción de la organización clandestina.

Es preciso que se sepa que los españoles, fuese cual fuese el puesto o cargo que ocupaban, siempre consideraron como un deber el practicar el sabotaje.

Los SS, en la medida en que constataban la homogeneidad del grupo español, en la medida en que presentían su organización interna, toleraron, al igual que los presos de derecho común, determinadas cosas en un principio inimaginables. Y nosotros mismos teníamos todo interés en que los SS supiesen o sospechasen, en el curso de la última época, que los españoles y otros grupos nacionales estaban unidos y en actitud vigilante, y que no se someterían sin luchar a un exterminio de tipo general. Estamos convencidos de que los SS, cuya moral era cada vez peor a medida que se iban sucediendo las derrotas militares del Reich, simulaban ignorar nuestras actividades y temían nuestra reacción.

Dicha aseveración viene confirmando por ciertas conversaciones sostenidas entre *kommandoführers* y españoles, en las que los primeros declararon sin ambages que se comportaban correctamente con nosotros esperando que, como contrapartida,

caso de que perdiesen la guerra, no haríamos nada que pudiese perjudicarles.

Razóla

Al Comité Internacional se había incorporado, en otoño de 1944, el camarada Rabaté como representante francés. Tal hecho era debido a que los franceses disponían ya de una organización poderosa y bien estructurada en el campo y también a que la Resistencia francesa había desempeñado un papel decisivo en la liberación de Francia. En enero de 1945, llegaron a Mauthausen nutridos convoyes de evacuación del campo de Auschwitz, con numerosos camaradas que participaban allí en la resistencia clandestina contra los SS. Sin embargo, se imponía una reorganización más general del Comité Internacional, dado que los acontecimientos se iban precipitando. Estimamos que, puesto que el campo de Mauthausen estaba ubicado en territorio austriaco, los camaradas de dicha nacionalidad debían poseer una mayor responsabilidad.

Se llevó a cabo dicha reorganización el 28 de febrero de 1945. A partir de aquel momento hubo tres austriacos, Kohl, Marselek y Dürmayer, que procedían de Auschwitz; Hoffman seguía representando a los checos, Rabaté a los franceses y yo a los españoles. Entraron a formar parte del Comité: Dahlem, por los alemanes; Cyrankiewitz, por los polacos (procedía de Auschwitz); Pirogoff, por los soviéticos, y Pajetta, por los italianos. Por consiguiente, a partir de ese momento todas las nacionalidades importantes quedaban representadas en el Comité.

La primera ocasión en que se iba a ver puesta a prueba seriamente la nueva organización no tardaría en presentarse. Fue la llegada al campo de un grupo de austriacos, todos ellos importantes responsables del Partido Comunista, detenidos por haber sido acusados de resistencia clandestina y destinados a ser ejecutados. El Comité Internacional, puesto sobre aviso por los camaradas de diversas nacionalidades que trabajaban en las oficinas o estaban empleados en la Gestapo, entró de inmediato en contacto con dichos austriacos, enterándose de esta forma de toda clase de detalles y de los motivos por los que habían sido detenidos. Tras lo cual, el Comité puso en la orden del día una cuestión que fue discutida a todos los niveles nacionales. Los checos, salvo escasas excepciones, los soviéticos, los españoles y los yugoslavos estimaban que se debía poner en marcha el aparato militar internacional con el fin de salvar la cabeza de esos camaradas austriacos. Los demás grupos sustentaban opiniones divergentes. Según los primeros, era necesario que los camaradas austriacos, armados por la organización militar, tuviesen la posibilidad de salir del campo a la hora misma

en que los deportados se hallaban trabajando; si tal estrategia no era realizable, se debía entrar en acción con todos los medios de que se disponía, aplicando el programa de acción militar que había sido elaborado. Debido a esa disparidad de criterios, el Comité Internacional no logró ponerse de acuerdo. Durante la noche, les fueron entregados revólveres a los camaradas austríacos; seguidamente, tenían estos que salvar las alambradas de púas electrificadas y burlar la vigilancia de los centinelas apostados en las torres de guardia. Pero no fue posible: en cuanto se aproximaron, los centinelas abrieron fuego con sus metralletas; los fugitivos tuvieron que regresar precipitadamente a los barracones abandonando sus armas sobre el terreno y otros camaradas tuvieron que irse a recuperar de inmediato para que los SS no se enteraran de que iban armados. Ese intento desesperado fracasó y todo el grupo de camaradas austríacos fue ejecutado al día siguiente.

A partir del momento en que el Comité Internacional consideró que su aparato militar estaba listo para el combate, propuso al Estado Mayor que se procediese a ejercicios tácticos. Después de que se hubiese pasado lista por la noche, los grupos militares y sus respectivos responsables se dirigían hasta cerca de los objetivos que les habían sido asignados y, desplegando toda suerte de ardides, descomponían y minutaban las diversas fases de la operación. Esos ejercicios fueron repetidos una y otra vez y discutidos hasta en sus menores detalles.

Razóla y Constante

En el curso de los últimos meses, los SS habían sacado del campo a parte de los presos de derecho común, trasladándolos a campos donde sus hazañas criminales no eran conocidas. Otros fueron incorporados al ejército alemán. Casi toda la administración de Mauthausen pasó a manos de los presos políticos. A partir de ese momento, fuimos avisados acerca de todas las medidas que adoptaba el mando SS. Así es como nos informaron de que el comandante Zicreis tenía la intención de reunir en la *Appellplatz* a todos los españoles para ofrecerles la libertad a condición de que se alistasen en el ejército alemán. El comité nacional decidió comunicar a todos los españoles tal propósito y determinar de común acuerdo la actitud que se iba a adoptar a este respecto.

En efecto, unos días más tarde los españoles fueron formados delante del comandante del campo, que ordenó saliesen de filas los que deseaban alistarse como voluntarios; nadie se movió. Dijo entonces que se dirigía a los jóvenes. Idéntico resultado. A continuación, se dirigió a algunos de nosotros, de manera

individual. Nosotros contestamos: *Ich verstehe nicht!* (No comprendo). ¿Acaso quería realmente incorporarnos, o bien era una treta para conocer nuestras reacciones? Lo que sí es cierto es que el amo todopoderoso del campo, que durante años enteros nos había amenazado con el exterminio total, sufrió aquel día su primer revés. También prueba lo sucedido que las directivas del Comité Nacional eran aceptadas por la totalidad de los españoles. Y algunos individuos descarriados e inconscientes quizá se hubiesen alistado como voluntarios de no haber temido las represalias del 99% de los españoles.

Esteban Balogh

En enero de 1941 tuve la suerte de ser destinado al taller de electricidad del campo, cuyo *kapo* era de origen húngaro: se llamaba Rudolf Tarnoczy y tenía el número 502.

Formaba yo parte de la organización clandestina del Partido Comunista de España y estaba también en contacto con Ernest Wohgl, comunista alemán internado desde 1936; ese camarada que trabajaba en la *Wüscherei* nos había prestado ya mucha ayuda. Cuando fui puesto al corriente de mi nuevo destino me planteó una cuestión de confianza de suma importancia.

Me explicó que en el taller los presos se dedicaban a arreglar aparatos de radio pertenecientes a los SS. Se tenía que tratar de escuchar las noticias con éstos... Una misión muy peligrosa, pero también muy necesaria, aseguraba él. Me pidió que expusiese mi opinión a ese respecto y, al mismo tiempo, si estaba dispuesto a aceptar ese cometido. Contesté que sí. Me dijo que el que se ocupaba de los aparatos de radio era un viejo austríaco de sesenta años, Joseph Steininger. Habiendo logrado granjearme su amistad, no hubo dificultad alguna en que escuchase los aparatos arreglados, pero los resultados obtenidos eran más bien escasos: la presencia de los SS impedía casi todos los intentos de escucha y me tenía que resignar a no hacerlo más que dos o tres veces por semana. Diversos trabajos que me fueron encomendados entrañaron ciertas dificultades que logré superar a la entera satisfacción del SS.

De manera inesperada para mi, se formó en el taller un nuevo grupo destinado a trabajos especiales. Así es como surgió la oportunidad que nos permitió disponer más adelante de un receptor "particular".

Cuando se estaba estructurando el nuevo grupo, se me ocurrió la idea de fabricar

un aparato de radio para poder escuchar sin correr tantos riesgos. Dado que los SS estaban muy satisfechos de mi trabajo, gozaba de cierta “consideración”, de la cual me aproveché sin pérdida de tiempo.

El camarada Wohgl me advirtió que debía tener mucho cuidado con el viejo que vendía en el campo noticias a cualquiera a cambio de tabaco. Wohgl estaba de acuerdo con mi idea y, caso de que fuese realizable, revestiría gran importancia, según él. Me advirtió nuevamente que debería ir con mucho cuidado y me felicitó en nombre de mis camaradas.

Aprovechaba todas las posibilidades y todos los ratos libres para fabricar el aparato. Cada día progresaba en mi tarea, sustrayendo piezas de montaje de radio, así como las lámparas necesarias. Mi labor se vio tanto más facilitada por cuanto los SS no entendían nada de ese oficio, lo que me venía de perlas.

Lamenté que el receptor no estuviese aún terminado cuando se inició la guerra entre la URSS y Alemania. El camarada Wohgl me preguntó cuánto tiempo tardaría todavía y yo le contesté que lo haría lo antes posible. Me dijo que durante cierto tiempo no vendría a verme. Si tenía algo para él, me indicó que pasase por su barracón, número 2, *stube B*.

Poniendo mucho cuidado, activé dentro de lo posible la construcción del aparato y traté de obtener noticias del mundo.

Tenia tres consignas importantes: radio, medicamentos, alimento. La base de nuestra resistencia en el campo.

Cuando tenía que salir del taller para llevar a cabo trabajos especiales tales como arreglar la “máquina de caja” de la cantina de los SS, jamás regresé al taller sin haber “organizado” algo. Alimentos para los enfermos, o si iba a la enfermería de los SS, siempre regresaba con medicinas.

Cuando algún medicamento era necesario y los camaradas españoles me lo pedían, por conducto de Wohgl, siempre acabábamos obteniéndolo. El *kapo* nos ayudó en varias ocasiones. Conseguía lo que nos faltaba y el mismo organizaba nuestra resistencia con nosotros.

En el mes de agosto acabé de fabricar el receptor de radio y se lo comuniqué a Wohgl. Me felicitó y me volvió a recomendar mucha prudencia. Me advirtió que algunos soplones que trabajaban para los SS habían llegado al campo. Tan sólo

dos eran conocidos, los demás estaban bien camuflados.

Aquel mismo mes, once presos comparecieron delante de los SS y fueron encaminados hacia un destino desconocido. Oí decir a nuestro *kapo* que habían sido enviados a Harthcim y que nunca regresarían a Mauthausen. Pregunté el motivo y me contestó que más valía que no supiese el “motivo”.

Como medida de prudencia, desmonté el aparato, ocultando las piezas aquí y allá. Durante más de dos semanas no pude hacer ya nada.

Las noticias, por aquel entonces, eran sumamente importantes. Muchos deportados que trabajaban en los *kommandos* y sufrían frío, hambre y terror no podían además oír malas noticias.

A finales de septiembre acabé de montar el aparato y sentí mucha pena al pensar que no podía hacer pasar algunos momentos agradables a Wohgl.

Mi actividad quedaba reducida únicamente a los españoles. Les proporcionaba noticias recogidas únicamente para ellos y tan sólo a los camaradas de confianza. Me di cuenta de que los alemanes no estaban enterados de mi misión, ni de mi actividad en el campo, y de que no me buscaban. Habiendo pasado al barracón 11, dos camaradas españoles, Marcelo Rodríguez y Luis Gil, y yo, formamos un grupo de tres.

El camarada Rodríguez trabajaba en el campo como relojero. Gil era el criado del *Lageraltester*; y yo trabajaba de electricista en el taller. Teníamos bastantes posibilidades de ayudar, especialmente a los que trabajaban en la cantera. Más adelante, el camarada Razóla entró a formar parte de nuestro grupo. Trabajaba en la desinfección del campo. Tenía muchas posibilidades para hacerse con ropa que, posteriormente, era repartida entre los presos del campo y los que constituían los *kommandos* exteriores.

El camarada Razóla fue mi enlace con la organización clandestina. Una vez me había enterado de las noticias que daba la radio, iba a ver a los camaradas Razóla y Rodríguez y se las comunicaba. Así pues, esa actividad era la que desempeñaba yo, y formaba, por tanto, parte del movimiento de resistencia en el campo de muerte de Mauthausen.

Mauthausen se convirtió en un punto de confluencia de convoyes de evacuación procedentes de los campos amenazados por el avance de las tropas aliadas. Así fue como cierto día llegaron miles de mujeres

provenientes de Ravensbriick. Más adelante, a principios de 1945, el Comité Internacional se enteró por conducto de Manuel Azausfre, al que el comandante del campo, Ziereis, habla nombrado asistente suyo, que había sido decidido el exterminio de todos los presos del campo. A partir del 14 de abril se montó un dispositivo permanente de alerta tanto en el campo propiamente dicho como en el "campo ruso" V en los kommandos.

Pero antes de relatar la historia de los últimos días de Mauthausen, cederemos la palabra a Ramón Bargeño. Es uno de los supervivientes del convoy de octubre de 1941. En febrero de 1942 fue enviado al kommando exterior de Steyr, del que regresó a Mauthausen en julio de 1943. Nacido en 1916, Bargeño fue herido dos veces durante la guerra de España y, más adelante, siguió la larga andadura que le condujo de A rgelés a Septfons, a las compañías de trabajo V, finalmente, a los stalags.

Su cometido -incluso se puede decir ya desde ahora, su responsabilidad- en el campo era el servicio de ja prisión. He reservado su testimonio para el final porque habla sobre lodo acerca de la última época del campo. Pero también porque antes quizá el lector no hubiese sabido interpretar adecuadamente su punto de vista.

Bargeño

Mi trabajo consistía sobre todo en hacer las camas y en limpiar las botas de los SS. A las ocho iba a buscar los desayunos de los SS de servicio en la prisión y los de los SS castigados, pues a veces había algunos de estos condenados a penas de reclusión (por buenos tratos a los prisioneros, quizá...). Después del desayuno, los SS de servicio cogían sus vergajos y abrían las celdas; otros les acompañaban, empuñando revólveres. A menudo había heridos en los calabozos y rastros de sangre en el corredor. Yo estaba encargado de limpiar todas esas dependencias.

A partir de 1944, el barracón 20 fue destinado a los oficiales y a los comisarios políticos del Ejército Rojo. Después de realizar mi tarca en la prisión, tenía que ir a ese barracón, acompañado por el SS de servicio. Los muertos estaban amontonados a la entrada; llevaban un número de matrícula que correspondía a un fichero especial diferente de los nuestros, y que era similar al de los que eran dirigidos directamente a la cámara de gas. Mi trabajo consistía en recoger la ropa de los presos que habían sido asesinados durante la noche. Aquellos que eran llevados a la prisión eran obligados a suicidarse ahorcándose, para lo cual se ataba una cuerda con nudo corredizo al radiador o a anillas fijadas en el suelo (y que se puede ver aún hoy en día). Los SS les ponían primero una camisa de fuerza y los torturaban mientras estaban tendidos en el suelo.

Los ocho verdugos que mandaban en el barracón 20 (presos de derecho común), cuando llegaba la hora de la comida, vertían el contenido de las marmitas en los

lavabos y los condenados, molidos a golpes, se veían obligados a beber a lcnngüetazos como si fueran animales y a comer con las manos. En ese barracón, la vida de un hombre no duraba más que unos pocos días. Los oficiales SS del campo les golpeaban sin piedad con los mangos de sus picos y hacían prácticas de tiro sobre ellos. De entre los más criminales de los SS, destacaba por su crueldad uno al que los españoles llamaban “Mano de hierro”, el oficial de prisión y el oficial del horno crematorio. Muchos de los muertos que recogíamos por la mañana tenían el cráneo aplastado.

Ese barracón, que estaba previsto para 250 presos, contenía, a veces, más de mil y, luego, de pronto, quedaba prácticamente vacío, ya se puede suponer tras qué matanzas. Me resulta imposible relatar todas las atrocidades de las que he sido testigo, tanto en la prisión como en el barracón 20 y a la entrada del horno crematorio.

Cierto día, un grupo de yugoslavos fue llevado a la prisión para ser sometido a interrogatorio por la Gestapo. Se les clavaba cuñas debajo de las uñas y en las partes genitales hasta que perdían el conocimiento. Para reanimarlos y proseguir el interrogatorio, se les llevaba a las duchas. Cuando los SS se sentían cansados, ponían a los yugoslavos camisas de fuerza y los obligaban a volver a saltos a sus celdas, a donde, de una patada, los tiraban al suelo.

Por aquel entonces se hallaban en la prisión dos camaradas franceses; uno de ellos se llamaba Daniel, del otro he olvidado el nombre. A su debido tiempo comuniqué sus nombres a la organización y me indicaron que les ayudase, lo que hacíamos siempre que podíamos, por supuesto. A menudo, el oficial SS apoyaba el cañón de su pistola contra la nuca de Daniel, diciéndole: “¡Francés, vas a morir!”. Hice cuanto pude para ayudarle, tanto moral como materialmente. En febrero de 1945 fueron encerrados en la prisión un grupo de soviéticos y otro de austríacos. Yo entré en la celda de al lado y me puse a hablar en castellano en voz bastante alta. De inmediato, alguien me respondió en dicho idioma, preguntándome si podía decirle a ciencia cierta qué era lo que iban a hacer con ellos. Contesté que serían llevados seguramente al barracón 20. A las 17 h 30 min, el oficial SS, al que acompañaba yo, les condujo en efecto al barracón 20 y de inmediato comenzaron las sevicias, cayendo varios de ellos al suelo. Sin embargo, aquel día, una especie de instinto me avisó de que los prisioneros estaban fraguando algo.

Todas las noches, una vez finalizada mi tarea, iba a dormir al barracón 12, donde

casualmente mi vecino más próximo era nuestro inolvidable camarada Montero, uno de los responsables de la organización clandestina española. Como siempre, le conté lo que había visto durante el día y añadí: "¡Creo que haríamos bien en no desnudarnos esta noche!". Cuando le expliqué que me parecía que algo se estaba tramando, él me contestó: "Puede ser muy importante eso que me dices; pero, ¿por qué crees tú que va a ocurrir algo esta noche?". Y seguimos hablando, esperando que nos entrase sueño, cuando oímos de pronto disparos y gritos procedentes de las torres de vigilancia. Le dije a Montero: "Probablemente está sucediendo algo gordo en el barracón 20".

Los prisioneros, que estaban convencidos de que iban a morir después de ser sometidos a tortura, habían organizado una evasión colectiva. Después de que se hubiese pasado lista por la noche, habían ejecutado a sus ocho verdugos y los de complexión más robusta se habían puesto sus uniformes, habían hecho salir a sus otros compañeros, mandándoles acumular nieve en un ángulo del paredón que rodeaba al barracón, de manera que pudiesen salvar fácilmente la pared. Luego llevaron fuera todas las mantas y los sacos llenos de paja.

Dos prisioneros dirigieron el chorro del extintor de incendios sobre el centinela y lo dejaron cegado; un prisionero escaló el paredón, se precipitó sobre el centinela de la torre, lo mató y liquidó al centinela más cercano con la metralleta del primero. Simultáneamente, los demás prisioneros cubrieron un sector de las alambradas de púas electrificadas con las mantas y los jergones, y, dado que todo había sido muy bien organizado, al cabo de pocos minutos todos los ocupantes del barracón habían conseguido pasar al otro lado de las alambradas.

Bueno será decir que la mayoría de ellos no pudieron llegar muy lejos; se dio la voz de alarma de inmediato y toda la guardia disponible del campo se lanzó en persecución de los fugitivos, perros incluidos. A cada día que pasaba veíamos cómo traían de regreso al campo cadáveres de aquel grupo de evadidos. No obstante, dado que estaban destinados a ser exterminados, esa acción constituyó una victoria. Es la única hazaña de ese tipo existente en los anales de los campos de concentración nazis.

Hemos podido volver a ver, cuando la celebración del vigésimo aniversario de la liberación de Mauthausen, a algunos de los supervivientes de aquella heroica aventura ¿Acaso hubiesen debido avisar a la organización clandestina de su intento de fuga? Sabedores de lo que les esperaba, seguramente llegaron a la conclusión de que su situación desesperada era diferente de la nuestra y no

quisieron comprometer la vida de los demás prisioneros.

Al día siguiente de esta evasión, los SS desencadenaron represalias contra los presos del barracón 19 (que al igual que el barracón 20, estaba rodeado por un paredón y aislado del resto del campo) y contra los que estaban en la prisión. Aquel mismo día llegaron dos convoyes, evacuados de otros campos, y formados por civiles, mujeres y niños. Les hicieron desnudarse detrás de la prisión, junto a la pared, diciéndoles que iban a ser llevados a las duchas. En realidad a donde iban a ser llevados era a la cámara de gas. Una de las mujeres llevaba en brazos a un niño de dos años; lo dejó en el suelo para desnudarse y el niño se puso a llorar de frío, quizá de hambre. Exasperado, el oficial SS 1c agarró por los pies y le abrió la cabeza contra la pared del horno crematorio, propinando a renglón seguido una patada a la madre para echarla dentro de la cámara de gas.

El SS *Oberfurher* Nicdesmaycr, que fue testigo de ese crimen, entró a toda prisa en la prisión, sacó la fotografía de su hijo y se echó a llorar. Cuando no estaba borracho parecía sufrir realmente ante los asesinatos que se cometían a diario en torno suyo.

A partir del mes de marzo de 1945, ni la cámara de gas ni el horno crematorio podían dar abasto, dado que a Mauthausen afluía constantemente una masa de prisioneros procedentes de *kommandos* evacuados ante el avance soviético. Como yo era el único encargado de recoger la ropa de los muertos, el oficial al mando de dicho servicio me dijo que trajese dos españoles para que me ayudasen en la tarea y así fue como Luis Puig y José Nosal se pusieron a trabajar conmigo. A partir de ese momento fuimos alojados en la prisión. Dimos parte de ello a la organización. Organizamos turnos de guardia y escondimos, para defendernos ante cualquier eventualidad, una navaja de buen tamaño, así como bolas de hierro de las utilizadas en las cadenas atadas a los pies de los presos. Cada mañana, el coronel Puig venía a darme instrucciones después de haber oído nuestro informe sobre lo acontecido en la prisión.

En el transcurso del mes de abril fueron llevadas unas mujeres a la prisión; les hicieron desnudarse en el corredor y unos minutos después fueron ejecutadas todas ellas a hachazos. Durante los últimos días de ese mes de abril se produjeron los últimos asesinatos: fueron ejecutados todos los que habían sido empicados en la cámara de gas y en el horno crematorio. El oficial de la prisión me encargó quemar todos los ficheros en el horno crematorio. Al poco rato,

reapareció empuñando una pistola y nos dijo que también íbamos a ser ejecutados nosotros. Pero le plantamos cara; disponíamos de tres amias para defendernos.

El 3 de mayo por la tarde, los oficiales nos mandaron venir y nos hicieron llevar sus maletas. Las llaves de la prisión estaban tiradas en el suelo y las recogimos junto con las maletas. Llevamos estas últimas hasta el exterior del campo. Un capitán de la

Wehrmacht había quedado como responsable de la prisión. A nuestro regreso se echó a llorar y dijo que no era responsable de lo que había ocurrido en la prisión. Le conminamos a que nos entregase su pistola y le dijimos que podía marcharse.

A las siete de la tarde se presentó un oficial de la policía vienesa que nos preguntó si estábamos al corriente de las últimas noticias. Después de su partida, abrimos las celdas y explicamos a los prisioneros que estaban libres y que podían regresar a los barracones del campo. Pero, para aquella noche, prefirieron permanecer en sus celdas, aunque con la puerta abierta, por supuesto.

El 4 de mayo, a las 10 de la mañana, el secretario de las oficinas de administración de campo, un camarada checo, vino a buscar a uno de sus compatriotas. Se suscitó una discusión con el oficial de la policía, que no sabía qué partido tomar y, al cabo, los dos checos se dieron un abrazo y se marcharon juntos.

El 5 de mayo, el día de la liberación, nos personamos ante los miembros del Comité Internacional para hacerles entrega de las llaves de la prisión. El camarada Razóla me respondió que nadie mejor que nosotros podía asumir, hasta nueva orden, la responsabilidad de la prisión. Regresamos a ésta y discutimos entre nosotros sobre la responsabilidad que el camarada Razóla nos había encomendado en nombre del Comité Internacional. Encontramos, entre otro material, un fusil silencioso que los SS habían utilizado para innumerables asesinatos. Aquella noche fueron llevados a la prisión algunos bandidos que habían sido *kapos* y jefes de barracón, entre los cuales el *kapo* de la cantera Chone y el *kapo* de la enfermería de Steyr. Durante la noche del 5 al 6, esc criminal se suicidó en su celda. Aquella misma noche nos trajeron al jefe de la Gestapo, que había sido detenido en los alrededores del campo (¿hace falta acaso decir que nos alegramos de volverle a ver?). El 6 de mayo, la prisión estaba llena de criminales: los jóvenes españoles llamados *Poschacher*, nombre de su *kommando*,

habían detenido al oficial de la Intendencia, al oficial de la sección AS y a otro que había estado en el “campo ruso”; al *kapo* del *Baukommando*, Marion; al jefe del barracón 13, al que los españoles llamaban “Lalanda”, empedernido criminal; al *Obersttmführer* Rubio, que había llegado de Auschwitz; también habían sido detenidos un yugoslavo y el famoso Pelza, *kapo* de la compañía especial. Igualmente se hallaban ahora en prisión tres españoles que se habían comportado, en el campo de Gusen, como verdaderos bandidos.

Muchos de ellos optaron por suicidarse; los demás fueron ejecutados con toda justicia por los que conocían los crímenes que habían cometido.

Razóla y Constante

Cierta noche, poco antes de la liberación del campo, dentro del secreto más absoluto, la policía de la ciudad de Viena tomó a su cargo la custodia y la administración de Mauthausen. Dado que todo ello ocurrió de noche, aquellos de nuestros camaradas que estaban de guardia no repararon en que los uniformes eran diferentes y no nos dimos cuenta de la nueva situación hasta el alba. Toda la guarnición SS había partido para unirse a importantes formaciones SS que entraban en combate contra el ejército soviético, al otro lado del Danubio, y tenían la intención -lo supimos posteriormente- de regresar al campo con tanques y lanzallamas para arrasarlo todo, cumpliendo las órdenes recibidas.

El Comité Internacional se reunió inmediatamente; una delegación de éste fue a parlamentar con el nuevo comandante para hacerle saber que no aceptaríamos que sus hombres entrasen en el interior del campo, donde nos encargaríamos nosotros de mantener el orden. El comandante respondió que no abrigaba ninguna mala intención con respecto a los deportados y que tanto él como sus hombres rehusaban toda responsabilidad por lo que a los hechos acontecidos anteriormente se refería. A partir de ese momento, la autoridad en el interior del campo pasó a manos del Comité Internacional, y más especialmente, del camarada austriaco Henri Dürmayer, que asumió, por añadidura, la función de *Lageralteste* (responsable del campo).

El 5 de mayo, una patrulla americana que se había adelantado al avance de sus tropas y que se había extraviado, se presentó ante las puertas del campo sin encontrar la menor resistencia por parte de la policía, que entregó sus armas al Estado Mayor de nuestra organización militar. La patrulla americana regresó de inmediato a su base.

Disponíamos de las amias de la armería y del almacén de los SS, así como de las de la policía de Viena. Nuestras unidades pudieron ser equipadas según el plan previsto e incluso mucho más. Entregamos el mando al coronel Pigoroff del ejército soviético y nuestras unidades ocuparon las posiciones designadas.

En el curso de los combates resultaron heridos nuestros camaradas Perlado, Yébenes y Pagés. Tuvimos que lamentar la muerte de Juan Bisbal.

Las fuerzas americanas ocuparon el campo de Mauthausen 48 horas más tarde.

El Comité Internacional había tomado la decisión de pasar por las armas a los elementos más criminales de los SS o de los presos de derecho común. Los americanos no compartían por entero dicho criterio y así fue como algunos tanques penetraron en el interior del campo con el fin de impedir que los soviéticos o los yugoslavos ejecutasen a algunos de sus verdugos. Llegaron incluso a confinarlos en barracones guardados por centinelas. Esa situación se prolongó hasta la repatriación total de dichos deportados.

Durante la noche del 5 al 6 de mayo ajusticiamos a los *kapos* Marion, del *Baukommando* Chony, de la cantera; Pezan y a otros cinco cuyos nombres ya no recuerdo. Otros fueron ejecutados debido a sus innumerables crímenes: el jefe del barracón 13, denominado “Lalanda”; un capitán de las secciones de asalto de Hitler; el jefe de la Gestapo, Rude; el capitán SS Diethelm; el *UiUerscharfuhrer*, Goffler, así como Thomas, el asesino de Gusen.

El comandante Ziweis, identificado fuera de Mauthausen a pesar de ir vestido de paisano, fue hecho prisionero y conducido nuevamente al campo, donde Marsalek y Boix procedieron a su interrogatorio. Su actitud no se caracterizó precisamente por su gallardía y lloriqueó, arguyendo que no era responsable de lo sucedido y que no había hecho más que atenerse a las órdenes de sus superiores. Fue ejecutado por un militar americano de origen cubano, que asumió la responsabilidad de hacer justicia y que impidió de esta suerte que las autoridades americanas tuviesen el menor pretexto para intervenir en contra de los deportados.

Podría parecer que tras lo dicho no haya que añadir nada más acerca de la historia de la resistencia española en el campo de Mauthausen. Sin embargo queda aún por relatar ¡a parte más sorprendente. que va ciertamente más allá de la resistencia española propiamente dicha, puesto que se trata de! A MI. el Aparato Militar Internacional. Ahora bien, de igual forma que la historia del Comité Internacional no puede ser escrita sin tener en cuenta a los españoles, la constitución, el desarmillo V. finalmente, la actuación del AMI no podrían quedar relatados mejor que por aquellos que desde sus inicios constituyeron

su espina dorsal ciñiéndonos a la definición que dio uno de sus dirigentes.

Lo que viene a continuación representa la parte esencial de una serie de documentos consignados antes y después de la liberación de Mauthausen y presentados en la asamblea plenaria de los deportados españoles celebrada el 16 de mayo de 1945. He dejado a estos textos su carácter de informes, no eliminando más que un preámbulo que no sería más que una repetición de los relatos que anteceden.

Ciertamente, tras esa exposición, aún quedaría por escribir la historia colectiva del AMI, restituyendo a cada nacionalidad la parte que le corresponde y a cada uno de sus combatientes los méritos personales. Pero aquí hallamos el punto de vista de los que acababan de salir de aquel infierno, los testimonios de lo recién vivido, el relato candente de los hechos.

He aquí sus documentos.

Informe sobre el Aparato Militar Internacional

La única posibilidad de salvación, por nimia que fuese ésta, no podía ser más que el fruto de una acción colectiva: lanzarse, un día, al asalto de los muros, atacar a los 3.000 SS que guardaban el campo, apoderarse de sus armas, ganar las líneas aliadas más próximas o incorporarse a los guerrilleros de Tito, en Yugoslavia.

No cabía la menor duda de que el desenlace de dicha lucha era incierto, millares de los nuestros caerían durante ésta; quizá todos; pero moriríamos combatiendo, luchando hasta el final, y no en la cámara de gas, o ahorcados, o agotados por el trabajo, las sevicias, el hambre. ¿Acaso se lograría organizar, levantar la moral de veinte o treinta mil internados aterrorizados, famélicos, depauperados? ¿Dónde hallar a los hombres de confianza, inquebrantables, abnegados hasta el extremo de llegar al sacrificio supremo?

Tarea peligrosa, casi imposible. Entre otras dificultades, existía el hecho de que los presos pertenecían a una veintena de nacionalidades diferentes. Independientemente de la disparidad de idiomas y de los caracteres, había siempre los peligros inherentes a la pusilanimidad, al miedo, a la traición, a los que pudiesen irse de la lengua. No todos los deportados pertenecían a la resistencia o eran antifascistas; había presos de derecho común, alemanes o polacos, la mayoría de ellos, y entre éstos, nazis peores que los propios SS; otros habían sido detenidos durante una redada por haber hecho estraperlo y no tenían la menor voluntad de lucha. También había bellísimas personas, pero que pertenecían, por así decirlo, a otro mundo y que predicaban la resignación: curas, popes, aristócratas -no todos, pero la mayoría sí—. Incluso hubo oficiales superiores que consideraron que toda preparación militar era una verdadera

locura y que demostraron que lo único que se conseguiría adoptando tal actitud sería un fracaso inmediato y de exterminio total.

Al principio, para guardar el secreto y debido a lo muy limitados que eran los contactos que se podían establecer, se formaron pequeños grupos de combate encuadrados por mandos de confianza, experimentados, antiguos oficiales, suboficiales o guerrilleros, todos ellos destinados a encuadrar más adelante grupos de choque más importantes. Cada uno de los miembros de esos grupos tenía una misión bien definida, perfectamente delimitada, un objetivo concreto dentro del esquema de acción asignado a su grupo; el grupo tenía su misión concreta y su objetivo en el marco de los que incumbían a su unidad. Otro tanto ocurría con cada unidad dentro del marco de los objetivos designados por el aparato militar nacional. Y, más adelante, cada aparato militar nacional tuvo que observar consignas precisas dentro del conjunto del Aparato Militar Internacional (AMI).

Cada hombre, cada grupo, cada unidad debía estudiar de continuo su objetivo, el método adecuado para alcanzarlo, los medios necesarios para ello, la forma de llevarlo a cabo; al jefe se le tenía informado de cualquier detalle. Tanto de día como de noche, en cuanto se produjese el menor incidente, debía uno estar dispuesto para acudir cerca de su jefe directo, en el lugar estipulado según las circunstancias, bien sea en el campo, bien sea en su *kommando*. No se debía contar más que con los medios y con las armas que sabía uno que estaban a su alcance (aquellos que el mando proporcionaría al llegar el día J constituirían un complemento esperado, pero no por ello menos problemático). Se debía prever que estuviese siempre uno situado -sobre todo en las formaciones de *kommando* exterior- lo más cerca posible del SS armado con una metralleta, de manera que, cuando el jefe diese la señal convenida, ese hombre designado pudiese hacerse rápidamente con las armas, etc.

Era necesario proceder a ejercicios de entrenamiento con el fin de precisar las distancias de diversos recorridos, el tiempo necesario para cubrirlos calculándolo hasta con fracciones de segundo, los ángulos muertos de los reflectores, de visibilidad y de fuego para los puestos de guardia, las torres de vigilancia, etc. De tanto cavilar sobre las dificultades que hubiesen podido presentarse y de buscar las soluciones adecuadas, algunos grupos habían llegado a un perfeccionismo en los detalles casi inimaginable.

Así fue como, gracias al Comité Internacional, nació el AMI, el Aparato Militar

Internacional.

Resulta imprescindible ahora rendir desde estas páginas un fervoroso homenaje a esos dirigentes inteligentes, a esos organizadores abnegados e infatigables, a esos jefes y militares de todos los países que contribuyeron a que el AMI se convirtiese en una realidad. A los camaradas austríacos, a los camaradas franceses Ricol, Savourey, Rabaté, Olivier; a los camaradas checos London y Hoffman; al coronel soviético Pirogoff y a los demás dirigentes rusos, checos, españoles, italianos, alemanes, etc. Y, sobre todo, al camarada Montero, organizador infatigable, hombre de acción ejemplar, del que se puede decir que fue el alma del aparato militar español.

En el transcurso del año 1944, los grupos de combate españoles fueron cobrando mayor importancia y el conjunto de su aparato militar comprendía, además de su jefe, 3 comandantes de infantería, 1 capitán de corbeta, 9 capitanes de infantería, 18 tenientes y 33 sargentos que debían encuadrar grupos de 5 a 15 hombres; o sea, los efectivos de tres compañías, aproximadamente. Mientras tanto, se iban constituyendo los AM de otras nacionalidades: checoslovacos, rusos, franco-belgas, yugoslavos, austríacos, alemanes. Y pronto surgiría el Aparato Militar Internacional.

Para coordinar y dirigir este conjunto, constituyó un Estado Mayor internacional; pero, como a las dificultades inherentes a la diversidad de idiomas venían a sumarse razones de seguridad, la cuestión fue resuelta de la forma siguiente: el jefe ruso tenía bajo su responsabilidad a los aparatos checoslovaco y yugoslavo, a los que controlaba y comandaba. Los franco-belgas y los polacos estaban bajo las órdenes del jefe español, que fue designado ulteriormente para hacerse cargo del mando del conjunto, quedando asegurado su enlace por conducto de Constante, un español que hablaba ruso. Así pues, aún cuando la responsabilidad del mando español (Lavin primero, luego Miguel), el AM1 poseía un mando bicéfalo hispano-ruso. El problema de los idiomas quedaba resuelto de esta suerte. Las medidas de seguridad habían sido extremadas: los elementos de cada aparato no conocían más que a sus subordinados inmediatos y a su jefe directo, ignorando todo lo demás, y, con mayor razón aún, todo cuanto podía concernir a las demás secciones internacionales. Los jefes de estas últimas no se conocían entre sí y varios de ellos desconocían la identidad del comandante en jefe. El Estado Mayor internacional estaba constituido por el teniente coronel ruso Ivan, por el comandante español Migue), por el capitán austríaco Georgen y por el capitán checo Manuel Blahout.

El Estado Mayor debía llevar a cabo numerosas misiones. Tenía que estudiar todas las hipótesis de ataque por parte de los SS; estar al corriente de la cantidad de armamento y efectivos de que disponían éstos; prever las diferentes posibilidades para adueñarse de los puestos de guardia y de las armas, o para neutralizarlos o destruirlos; establecer y tener al día un plan general de acción, etc.

A partir del atentado perpetrado contra Hitler el 20 de julio, las intenciones de nuestros guardianes quedaron netamente precisadas. No nos ocultaron que “si hubiese ocurrido algo” hubiésemos sido exterminados todos nosotros. Por añadidura, agregaron que no había motivo para que nos alegrasen las victorias aliadas, pues, caso de que Alemania perdiese la guerra, ningún deportado sobreviviría a su derrota. Visto lo cual, se cursaron instrucciones para acelerar y reforzar la organización militar de cada nacionalidad. Estaba previsto que, cuando se iniciase la acción, cada aparato nacional debía englobar la casi totalidad de sus ciudadanos. En el transcurso de dicha acción, aquellos militares que no formasen parte del AMI serían destinados a encuadrar nuevas unidades.

El Estado Mayor internacional estudió la situación militar general en los diversos frentes, tanto los lejanos como los cercanos, y también, evidentemente, la que imperaba en el campo propiamente dicho y en los *kommandos*. Sería este quien informaría al Comité Internacional cuando juzgase que había llegado el momento oportuno de pasar a la acción. Pasase lo que pasase, resultaba imprescindible mantener al AMI en estado de movilización continuo. Merced a su servicio de información, el Estado Mayor podría tomar medidas unas horas o, incluso, algunos minutos antes del momento escogido por el mando SS para proceder a su labor de exterminio. Ateniéndose a esta hipótesis, se había previsto un ataque inmediato que se desencadenaría a la vez desde los *komm tinelos* interiores y exteriores con el fin de disfrutar de la ventaja del factor sorpresa. El Estado Mayor había estudiado las disposiciones que se deberían adoptar caso de que llegasen paracaidistas y en qué medida convendría intervenir en caso de que el frente se acercase a Mauthausen. También se tenía que prever la eventualidad de una evacuación del campo. Trágicos precedentes nos habían revelado que cerca del 80% de los deportados de otros campos de concentración evacuados habían resultado muertos durante su traslado.

A medida que la situación iba evolucionando, el AMI iba cobrando mayor importancia. En 1945 fue puesto bajo el mando supremo de

Miguel, jefe del aparato militar español, y se nombró un Estado Mayor técnico compuesto por un teniente coronel, un mayor y un capitán soviéticos, un comandante español, Muñoz, un capitán austriaco y el teniente español. Constante, intérprete y oficial de enlace. La misión principal de dicho Estado Mayor se iniciaría en el momento en que, tras haberse adueñado del campo y estar militarmente en estado de ponerse en marcha, los deportados darían principio a la nueva y terrible fase de la lucha en territorio enemigo. Mientras tanto, para el plan de acción interior, el Estado Mayor técnico centralizaba la información general y comprobaba si cada sección nacional había preparado adecuadamente la acción referente a los objetivos que le habían sido asignados; en caso de no ser así, procedía a las rectificaciones necesarias, controlaba, aconsejaba, etc. Con respecto al plan de acción exterior, sabido era que a su cargo estaban todas las tareas propias de un estado mayor en campaña.

El primero de abril de 1945, las fuerzas de las que se componía el AM1 eran las siguientes:

Campo I (el campo propiamente dicho)

Soviéticos	330	hombres bajo el mando del teniente
		coronel Ivan.
Franceses	75	hombres bajo el mando del capitán

Olivier (al haber tenido éste que ser evacuado por la Cruz Roja, el mando pasó a Valley)

Españoles	59	hombres bajo el mando del comandante Campos, ex capitán de corbeta Martín.

Alemanes	47	hombres bajo el mando del teniente Franz.
Checoslovacos	37	hombres bajo el mando del capitán Manuel Blahout.
Yugoslavos	36	hombres bajo el mando del jefe de guerrilleros Velibor.
Austríacos	22	hombres bajo el mando soviético.
Polacos	20	hombres bajo el mando del capitán Georgen.

Campo II (o campo de cuarentena)

Internacionales 45 hombres bajo el mando del jefe austríaco del barracón 22.

Krankenlager 100 hombres bajo el mando del comandante Lavin.

(El *Krankenlager* o campo ruso, así denominado en memoria de los millares de prisioneros soviéticos que resultaron muertos durante su construcción, estaba rodeado de púas y de puestos de vigilancia SS. Se había previsto una señal especial para indicar a los jefes de dicho campo, entre los cuales se hallaba el francés Marcel Marceau, que había llegado el momento de pasar a la acción).

Había, pues, en total, 776 combatientes destinados a encuadrar de 4.000 a 5.000 deportados después de que hubiese quedado liberado el campo.

Si se tiene presente la terrible disciplina que imperaba en Mauthausen, donde *todo* estaba prohibido, donde si le sorprendían a uno llevando aunque sólo fuese un cortaplumas, los SS o bien te ahorcaban o bien te echaban a los perros, se comprenderá qué alardes de valor, de audacia y de destreza tuvieron que desplegar los presos para resolver el problema que consistía en ocultar en el interior del campo armas, petróleo, gasolina, etc.

Los acontecimientos se precipitaron; a finales del mes de abril de 1945, casi todo el colectivo francés había sido evacuado¹ hacia Francia gracias a la intervención de la Cruz Roja. Nos alegramos mucho por ellos y tuvimos el consuelo de saber que el mundo, gracias a ellos, iba a enterarse del infierno en el que vivíamos... y que seríamos vengados.

10) Esta evacuación fue realizada de acuerdo con el Comité Internacional, y ateniéndose a sus directivas, de manera que no se desorganizaran los aparatos clandestinos y, especialmente, el aparato militar. Cada convoy debía dejar en el campo una dirección clandestina francesa que tomase el relevo. La última, dirigida por Emile Valley, permaneció en su puesto hasta el final y fue, por lo tanto, la dirección francesa de la insurrección. (Nota de P.-D.)

El vacío dejado por la marcha de los franceses pronto fue llenado por otros presos, franceses también ellos, que venían evacuados de los *kommandos* del Este: Wicner-Neustandt, Wiencr-Neudorf, Steyr, etc. Entre ellos se encontraban Arlas y otros *Nächí und Nehel* (Noche y Niebla), antiguos camaradas de Romainville, quienes, el 5 de mayo, participarían en la liberación del campo, bajo el mando de Valley.

Durante las últimas semanas de la guerra, el AM1 permanece en estado de alerta permanente. Noche y día observa los movimientos de tropas SS, estudia las reacciones de los oficiales y adivina, por así decirlo, hasta sus pensamientos. Fueron estos momentos inolvidables, de exaltación enfebrecida y de actividad.

El Estado Mayor sabía que había llegado una orden firmada por Himmler en la que se especificaba que “todos los detenidos deben ser exterminados como sea caso de que perdiésemos la guerra”. Fue establecida entonces una primera lista en la que figuraban 400 *Nächí und Nehel* (Noche y Niebla). Pero el Estado Mayor también sabía que los SS se mostraban remisos a obedecer esta orden: se celebró una reunión en el *Kommandantur* y los SS sustentaron criterios opuestos; los fanáticos querían arrasarlo todo y en el acto; otros temían las consecuencias que tal acción podría acarrearles.

El AMI prosiguió minuciosamente la preparación del ataque y todo había quedado puntualizado, hasta en los menores detalles. Habíamos logrado hacer con una metralleta, una veintena de pistolas, treinta y cuatro granadas, cuarenta y siete botellas de petróleo y gasolina. Dispondríamos además de extintores de incendios “Minimax” (dos por barracón), arma estimable, cuyo chorro proyectado contra los centinelas les cegaría o entorpecería su tiro. También teníamos guantes aislantes, alicates para cortar las alambradas de púas y otros accesorios tales como escalas, hierros, barras de hierro, hachas, cuerdas,

ganchos, picos (los camaradas albañiles del *Baukommando*, que no estaban en el secreto, comprenderían más tarde aquellas extrañas y misteriosas desapariciones de escalas y de herramientas, que ocultábamos cuidadosamente).

El AMI pasó por tres momentos muy difíciles: la evasión de los presos del barracón 20, la ejecución de los austríacos y la intimación hecha a los españoles para que se alistasen en las tropas alemanas.

Objetivos, fuerzas y medios de acción del AMI

I. Plan de acción (interior). Primera fase general *Objetivo núm. 1*. Capitán de corbeta Martín y dos adjuntos, un austríaco y un alemán.

1.ª fase. Sector: Puerta principal. Heizung. Wásehcrei" .

60 rusos, 35 españoles, 25 alemanes, 10 austríacos, o sea, un efectivo de 130 hombres (se había previsto integrar en: ese grupo a 40 franceses, antes de que fuesen evacuados por la Cruz Roja).

I metrallera, 4 pistolas, 6 granadas, 8 extintores "Minimax" y diversos accesorios.

El grupo Suñer (mecánico de garaje) debe forzar la pequeña puerta secreta que da acceso al garaje desde el sótano donde está instalada la calefacción, desarmar a los SS que se alojan en la habitación contigua y poner en marcha un camión que será lanzado a toda velocidad contra la puerta, que deberá ser derribada, incluso si ello tiene que costar alguna vida.

2.ª fase. Ocupación de la *Kommandantur*, del grupo de guardia, de los barracones SS, del garaje, del depósito de granadas de las torres de vigilancia... y del puesto de control. Apoyo de la acción emprendida contra la primera, segunda y tercera compañías SS.

Objetivo núm. 2. Comandante Campos y un adjunto yugoslavo.

1.ª fase. Sector: Rcvicr. Armería. Torre S. 120 rusos, 25 españoles 36 yugoslavos, 22 alemanes, 10 austríacos, 22 polacos, o sea, un efectivo de 235 hombres (inicialmente estaban previstos 35 franceses).

5 pistolas, 6 granadas, 5 extintores "Minimax" y diversos accesorios.

11) Cuarto de calderas, lavandería. Véase el plano del campo, mapa núm. 2.

2.ª fase. Ocupación de la armería, de las torres; 1, 2, 3 compañías SS. Convergencia hasta enlazar con 1 y 5. Toma del depósito *Panzerfaust* en la torre S.

Objetivo núm. 3. Teniente coronel Ivan.

1. ^a fase. Sector: torres N y alambradas de púas hasta el barracón 15.

150 rusos.

4 pistolas, 12 granadas, 8 extintores “Minimax” y diversos accesorios.

2. ^a fase. Ocupación de la cantina, de los almacenes y barracones de los suboficiales SS. Converger hasta enlazar con 1 y 4.

Objetivo núm. 4. Capitán Manuel (checo)

1. ^a fase. Sector: barracón 15 y muro del 20. 37 checos.

2 pistolas, 4 granadas, 8 extintores “Minimax” y diversos accesorios.

2. ^a fase. Ocupación de los puestos de vigilancia SS y converger hasta enlazar con 3 y 5.

Objetivo núm. 5. Jefe austríaco del barracón 22.

i. ^a fase. Sector: muro del 20 y casetas de la “desinfección” hasta las torres E y SE.

45 internacionales del campo 2.

2 pistolas, 3 granadas, 18 extintores “Minimax” y diversos accesorios.

2. ^a fase. Ocupación de las torres y casetas. Converger hasta enlazar con 4 y 2.

La reserva estaba concentrada entre los barracones 6 y 7, 8 y 9, 11 y 12 y en el barracón 16,

II. Segunda fase general.

Colocación de la línea de protección alrededor del campo. Formación de destacamentos para capturar la batería de artillería que se encuentra en el este y, eventualmente, otras baterías. Encuadrar de inmediato una brigada, ateniéndose a las normas dadas: tres batallones de infantería, una compañía de ametralladoras, una compañía de *Panzerfaust* (antitanques), la batería de artillería capturada y los efectivos correspondientes.

Formación de nuevos batallones si se descubrieran otras fuentes de armamento.

Colocación de una línea de defensa o formación de columnas de marcha, según la situación (se había estudiado itinerario hacia el este, el oeste y el noroeste). Una de las columnas tenía por misión ocupar y liberar el campo de Gusen, situado a 6 kilómetros hacia el oeste. Si se dispone del armamento suficiente, formación de una división que seguirá la orden de marcha hasta entrar en contacto con las fuerzas aliadas o adoptará el dispositivo de defensa en el lugar que sea considerado como el más adecuado.

III. Plan de acción exterior.

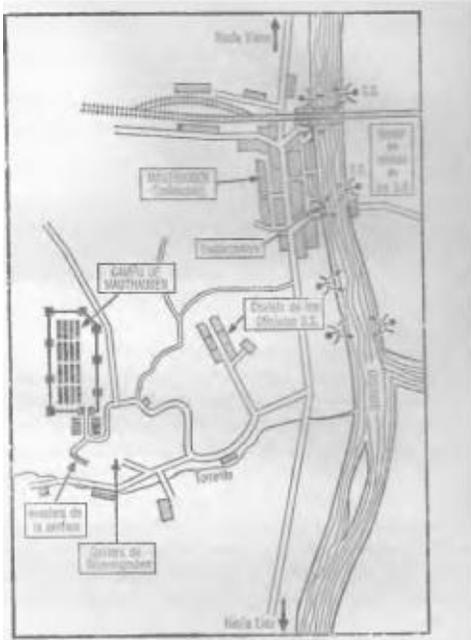
(Caso de que el ataque deba ser desencadenado durante las horas de trabajo, extramuros).

Cada sección, cada pelotón, cada miembro del AMI, debe en sus *kommandos* respectivos apoderarse de los *kommandoführers* y de sus armas, así como de los guardianes y SS más próximos.

Golpe de mano para apoderarse de la armería y de su depósito de armas. Esa acción puede incluso ser emprendida, si el mando lo considerase oportuno, diez minutos antes de que se desencadene el ataque general, debido a determinadas características y al emplazamiento de la armería, de las normas de trabajo y a los camaradas que ahí trabajan. Armar de inmediato a los pelotones concentrados en sus proximidades, así como a la masa de hombres de los diferentes *kommandos* cercanos, que actuarán simultáneamente contra los locales de la compañía SS, puestos de guardia, etc., al igual que para la segunda fase del plan interior I.

Desde el interior del campo, con las armas de que ya se dispone además de las que serían lanzadas desde la armería por encima de

la pared, acción dirigida contra los puestos de ametralladoras de los barracones 24, 20, 15 y la “desinfección”. Acción simultánea contra los *Blockführers*, la puerta principal y los demás objetivos que han sido determinados. Tras lo cual, atenerse a la segunda fase del plan interior I.



Mapa núm. 3. La situación militar del campo de Mauthausen, el 5 de mayo de 1945.

Los mapas núms. 1 y 2 han sido realizados según los mapas de la obra de Michel de Bouard: *Mauthausen*, editada por la «Amicale de Mauthausen».

El mapa núm. 3 es obra de Mariano Constante.

Los combates de la liberación

El comandante del AM ruso, jefe del 3 departamento de operaciones, encargado de controlar el trabajo de las secciones y de examinar las medidas adoptadas para alcanzar los objetivos previstos, pasa una inspección e informa al comandante Miguel de la excelencia de los dispositivos y de la buena impresión causada por las secciones, algunas de las cuales han logrado una habilidad maniobrera que raya en la perfección.

Los acontecimientos se iban precipitando; los ejércitos soviéticos habían rebasado Viena, por una parte, y alcanzado los arrabales de Berlín, donde la batalla estaba en su punto álgido, por otra. Al Este, los ejércitos aliados irrumpían por todos lados.

En las afueras de Mauthausen ya empezaban a manifestarse los síntomas de la derrota. En todas las carreteras procedentes del Este había interminables caravanas de fugitivos y de tropas inconexas que los generales SS trataban de

reorganizar aprisa y corriendo para volverlos a lanzar a la lucha. Cerca del campo de concentración, en el bosque, se hallaban estacionadas varias compañías de la policía de Viena. Millares de deportados eran utilizados para hacer fortificaciones alrededor del campo y de la población de Mauthausen -esas mismas fortificaciones que, unos días más tarde, serían utilizadas por nosotros...

El momento decisivo estaba ya próximo, la situación en el interior del campo se había hecho desesperada: ya no existía el menor avituallamiento. A los centenares de muertos "naturales" se sumaban cada día quinientos o seiscientos desgraciados que habían alcanzado el límite del agotamiento y que los nazis enviaban a la cámara de gas. Por todos los sitios se alzaban pirámides de cadáveres; los hornos crematorios resultaban ya insuficientes y se tuvo que cavar enormes fosas donde eran tirados miles de muertos.

Aun cuando prosiguiese sistemáticamente la eliminación de aquellos a los que consideraba incurables y los enviase a la cámara de gas, el mando SS vacilaba en emprender la liquidación masiva de los deportados, pues temía una reacción general; por añadidura, los oficiales SS ya no estaban completamente seguros de la obediencia

de sus tropas dado que muchos soldados habían sido recientemente incorporados a la fuerza en las filas SS. Gracias a los contactos que había podido establecer con dichos elementos, el Estado Mayor sabía que las órdenes de exterminio total serían de difícil ejecución; numerosos soldados alemanes alegaban que se oponían a dicho crimen y algunos de ellos, incluso, aseguraban que se pondrían de parte de los detenidos si estos reaccionaban. Se ofrecieron a avisarnos en cuanto se produjese cualquier preparativo fuera de la rutina normal del campo. De hecho, nos comunicaron una serie de datos que se salían de lo corriente: la llegada de una fuerte cantidad de gas, el refuerzo de la guardia nocturna, el acondicionamiento de emplazamientos para armas que acababan de llegar al campo, conversaciones sostenidas entre oficiales según las cuales se deducía que la Wehrmacht iba a hacerse cargo del campo y que las tropas SS marcharían al frente, etc.

La casi totalidad de los presos de derecho común alemanes y austríacos, así como algunos presos de derecho común polacos fueron incorporados de grado o por fuerza a las unidades SS. El comandante del campo, Ziereis, quiso obligar a los españoles a que se alistasen en las tropas alemanas para combatir a los rusos, a semejanza de la División Azul falangista; insinuó que ésta era para ellos la

única posibilidad de salvación y dio a entender que los que permaneciesen en el campo serían exterminados. Los españoles se negaron categóricamente y quedaron a la espera de las represalias; pero todo quedó en amenazas.

A partir de los últimos días de abril, los SS se pusieron a quemar grandes cantidades de documentos. El 3 de mayo las compañías de la policía de Viena participaban en la vigilancia del exterior del campo; corrió el rumor de que unidades SS iban a salir hacia el frente. El 2 de mayo, la cámara de gas fue desmontada y parcialmente destruida, al igual que los hornos crematorios y los instrumentos de tortura.

Aquellos que trabajaban en el horno crematorio fueron fusilados para que no pudiesen divulgar nada a ese respecto.

El jefe de la policía de Viena asumió el mando del campo. A partir de ese momento ya no eran de temer más que actos de violencia

esporádicos por parte de algunos SS fanatizados, pero todo estaba dispuesto para oponerse a ellos. El nuevo comandante no deseaba, con toda seguridad, verse comprometido y, tras enconadas discusiones con los SS, todos éstos marcharon del campo durante la noche.

Entablamos negociaciones con el jefe de policía, que nos aseguró que defendería el campo contra todo regreso ofensivo de los SS, gran parte de los cuales estaban acantonados cerca del campo, al otro lado del Danubio, a orillas del Enns.

No nos sentíamos del todo tranquilizados. Podían pasar unidades SS en retirada. Además, la promesa del comandante del campo no nos inspiraba la menor confianza. Debíamos asumir nosotros mismos la defensa y la protección del campo. Si las compañías de la policía no nos entregaban sus armas, se las arrebataríamos.

5 de mayo de 1945. Durante toda la mañana prosiguieron las negociaciones con nuestros nuevos guardianes que no se atrevían a comprometerse y tenían miedo de deponer las armas; sin embargo, teníamos la certeza de que, si el campo era atacado, no se opondrían a que nosotros nos hiciésemos cargo de su defensa.

A las 13 h 14 min, tres o cuatro vehículos blindados con el distintivo americano se presentaron inopinadamente. Se originó una oleada de entusiasmo en la enorme masa humana recluida en el campo. Pero esas fuerzas aliadas no eran

más que una avanzadilla de la vanguardia americana y hacia las 17 h regresaron a su base, que se hallaba situada a unos 30 kilómetros de Mauthausen, cerca de Linz, dejando al campo en plena efervescencia.

El AMI recibió de inmediato la orden de adueñarse a la fuerza de las armas y de asumir la responsabilidad del orden dentro del campo.

La situación era bastante confusa y peligrosa. La lucha había cesado en el oeste, dado que los alemanes ya no ofrecían resistencia organizada a los americanos; pero, unos 50 ó 60 kilómetros al este y al sureste, proseguía aún la lucha encarnizada. Poderosas unidades SS, mandadas por Bachmaycr y otros verdugos cuyas terribles hazañas eran bien conocidas en el campo, se hallaban a menos de diez kilómetros de distancia. Sabíamos sobradamente de lo que

eran capaces y, caso de que se batiesen en retirada, temíamos que se ensañasen con nosotros.

La policía de Vicna se dejó desarmar sin oponer resistencia. Sus oficiales huyeron y los agentes, más bien satisfechos de salir tan bien parados, se alejaron de aquel lugar donde tantos crímenes habían sido cometidos. No les fue hecho el menor daño. Incluso, varios de ellos solicitaron constituirse prisioneros para no correr el riesgo de encontrarse con SS que les podrían pedir cuentas.

En menos que canta un gallo, las torres de vigilancia y el frontón de la puerta monumental quedaron cubiertos de carteles en honor de los ejércitos aliados y de banderas surgidas como por arte de magia. En el mástil principal, donde unos días antes aún ondeaba el siniestro estandarte negro con calavera, ondea ahora alegremente la bandera de la República española. ¡Ah! ¡Ojalá hubieseis podido ver vosotros, queridos camaradas que habéis perdido la vida en este infierno, este grandioso espectáculo que hubiese constituido vuestra venganza y vuestro eterno consuelo...!

A renglón seguido, sin perder ni un instante, el AMI ocupó todos los depósitos de armas y de municiones, la armería, los garajes, los almacenes de víveres, la central telefónica y demás lugares estratégicos. Simultáneamente, estableció una línea de protección alrededor del campo, así como una línea de vigilancia y un servicio de patrullas para impedir la salida de elementos “incontrolados”, mantener el orden y facilitar la formación de compañías de hombres armados y debidamente encuadrados.

Fueron requisados todos los medios de transporte y enviados destacamentos a la población de Mauthausen con el propósito de controlar las carreteras, ocupar las oficinas de correos, de telégrafos y de teléfonos, así como el puente sobre el Danubio y el embarcadero. La emisora de radio con la que tanto contábamos, había quedado desgraciadamente inutilizable.

A la caída de la tarde, el campo estaba en condiciones de hacer frente a cualquier eventualidad. El dispositivo de defensa comportaba 15 ametralladoras pesadas, 12 fusiles ametralladores, unas decenas de *panzerfeuste* (bazookas), 80 metralletas, pistolas, unos miles de granadas y más de 3.000 fusiles. Esas armas fueron dis-

tribuidas a 3.500 valerosos deportados, disciplinados, bien encuadrados, que sabían servirse de ellas con pericia y sangre fría, y estaban dispuestos a morir antes que rendirse. Ya podían venir ahora los SS, serían recibidos tal como se merecían.

Aún quedaban algunos grupitos de “incontrolados” que se dedicaban preferentemente al saqueo, lo que resultaba de momento imposible de evitar, pero no constituían un peligro real para el mantenimiento del orden. Además, durante la noche, serían desarmados e internados en el campo. Los soviéticos, que suelen tomarse la disciplina a la ligera, fusilaron a tres de los suyos que se habían emborrachado de mala manera y habían cometido fechorías en las granjas cercanas.

El puesto de mando recibió en el curso de la noche informes sobre los primeros enfrentamientos en el pueblo de Mauthausen. Elementos nazis y SS aislados, que disparaban desde el interior de unas casas, hirieron a algunos de los nuestros. Al mismo tiempo, viniendo de la otra orilla, se aproximaron SS y solicitaron paso libre para las tropas del comandante Bachmayer, creyendo probablemente que se trataba de una milicia local. Unas ráfagas de ametralladora barrieron el puente y pronto un fuego graneado se originó entre ambas orillas.

Llovía y la noche estaba como boca de lobo. Se dispusieron puestos avanzados. Pelotones patrullaban por los alrededores; algunos elementos SS más o menos bien escondidos fueron sorprendidos y capturados.

El mando reaccionó enérgicamente ante los bulos que empezaron a circular. Especialmente contra el que anunciaba la llegada de los SS de Cusen. Una patrulla enviada para reconocer el terreno averiguó que se trataba de los policías

de Viena que, al enterarse de la liberación de Mauthausen, estaban evacuando el campo de Cusen. Se detuvo a un paisano cuando estaba pregonando que una división SS, procedente de Checoslovaquia, se dirigía hacia el campo de Mauthausen. Llevado al puesto de mando, confesó que desertores de la Wehrmacht le habían comunicado en efecto que dichas fuerzas llegaban, pero en dirección de Linz. Se había apresurado a propagar la noticia de que se dirigían hacia Mauthausen, esperando

que saldríamos pilando, pues los granjeros de aquellos contornos, influenciados por la propaganda nazi, abrigaban un gran temor hacia los bandidos bolcheviques que éramos a sus ojos.

Los destacamentos enviados a la población fueron reforzados; las fortificaciones que dominaban las inmediaciones del pueblo y del Danubio fueron ocupadas por mayores efectivos. Cuatro ametralladoras, tres fusiles ametralladores y varios bazookas mantenían bajo su fuego el puente, la carretera de Enns que lleva al embarcadero y los márgenes del río.

Un nuevo intento para cruzar el puente fue rechazado y el enemigo sufrió grandes pérdidas.

Varias casas ocupadas por los SS y otros nazis fueron cercadas y tomadas por asalto. Los prisioneros fueron enviados al puesto de mando. Les ajustaron las cuentas: ya no volverían a asesinar a nadie.

Después de esa operación de limpieza, los destacamentos soviético y español que defendían el puente, y el destacamento checo que se había hecho fuerte en el embarcadero, respiraron más tranquilos; su retaguardia ya no estaba amenazada más que por unos pocos tiradores enemigos cuyos disparos serían cada vez más escasos y acabarían cesando en el curso de la noche.

Capturamos un barco cargado de víveres y unos camiones que transportaban al campo su cargamento, todo lo cual nos vendría de perillas durante los días siguientes.

Unos equipos de especialistas establecieron el enlace telefónico con Cusen, donde, a falta de una organización disciplinada como el AMI, cerca de 20.000 hombres se hallaban en pleno desbarajuste. Los almacenes de víveres habían sido saqueados, los polacos, que constituían la mayoría de los detenidos, y algunos *kapos* de entre los más odiados se habían apoderado de las annas

abandonadas por los guardianes y tenían aterrorizado al campo. Se habían suscitado reyertas, ocasionando muertos y heridos.

El comandante Miguel hizo que se pusieran al teléfono los jefes polacos y les echó una fdpica: tenían que estructurar de inmediato una organización internacional en el campo, repartir las annas y hacer que reinase el orden. Unicamente con la condición expresa

de que así procediesen, les serían enviadas más expediciones de víveres, además de la primera, que ya estaba en camino. En cuanto a la atmósfera de terror que reinaba en dicho campo, se les conminaba a que cesase y se les consideraba, a partir de ese momento, responsables personalmente de la muerte de los camaradas, fuese cual fuese la nacionalidad de éstos.

Esta conversación telefónica puso término a los excesos. Pero ya era demasiado tarde para atajar el desbarajuste que se había organizado. Los camiones de víveres que habíamos enviado fueron asaltados antes de que se lograra descargarlos siquiera. A raíz de ese incidente se suspendieron los servicios de avituallamiento. Durante la mañana, la casi totalidad de los soviéticos, de los checos, de los españoles, de los franceses y de los yugoslavos abandonaron Cusen y vinieron a refugiarse a Mauthausen.

Hacia medianoche, el comandante Lavin y dos oficiales austríacos fueron enviados a Linz con el fin de establecer contacto con las fuerzas americanas, informarles sobre la situación en el campo y poner en su conocimiento las posiciones que ocupábamos a orillas del Danubio y en el sector de Mauthausen.

A la una de la madrugada, el 6 de mayo, un destacamento salido de Cusen entró en contacto con unas avanzadillas americanas a pocos kilómetros al noroeste de Sankt Georgcn, es decir, a unos 20 kilómetros del campo. Los aliados no proseguirían su avance hasta que se hiciese de día.

Era de desear que no tardasen demasiado en llegar. El mando preveía que en cuanto amaneciese los combates para apoderarse del puente iban a cobrar mayor dureza y que las municiones podían empezar a faltarnos. Por supuesto, quedaba el recurso final de volarlo: los SS habían colocado cargas con este propósito, hacía unos días. Pero Miguel no tenía la intención de recurrir a esta solución más que en último extremo, pues deseaba para el AMI el honor de entregarlo intacto a los aliados. En efecto, ese puente era la única vía de comunicación que cruzaba

el Danubio entre Linz y Krems, es decir, a lo largo de unos 135 kilómetros, aproximadamente. De ahí se derivaba su importancia estratégica y su ulterior utilidad.

Entre los prisioneros que habíamos capturado en la población, se encontraban cuatro paisanos de aspecto próspero que olían a aguardiente y que llevaban mochilas atiborradas de conservas, cigarrillos, chocolate y otros comestibles de origen americano (todos esos artículos procedían de los paquetes de la Cruz Roja llegados al campo hacía de ello algunos días y destinados a los detenidos, pero que habían sido interceptados por los SS y distribuidos a los suyos). Fueron detenidos cuando trataban de cruzar nuestras líneas con intención de dirigirse hacia el oeste.

Uno de aquellos cuatro prisioneros empezó a protestar enérgicamente, arguyendo que era delegado de la Cruz Roja. Sus compañeros habían sido colocados bajo su protección y se dirigían a Suiza: no teníamos derecho a detenerlos y exigía ser puesto en libertad de inmediato. Pero, mientras hablaba con vehemencia y soltaba amenazas, alguien entregó a Miguel una hojita de papel. Este la leyó, sonrió irónicamente y se puso a mirar con dureza, con todo detenimiento, a los cuatro individuos vestidos de paisano. Los acompañantes del delegado se pusieron lívidos. El delegado, intranquilo de pronto, sacó y enseñó su documentación: se trataba de un suizo alemán y, en efecto, delegado de la Cruz Roja. Pero sus protegidos habían sido reconocidos: se trataba de dos miembros de la Gestapo y de un oficial SS, tal como lo demostraban, por demás, las documentaciones que habían disimulado cuidadosamente hasta aquel momento. Miguel hizo un ademán y los tres alemanes, temblorosos ahora, fueron agarrados en el acto y conducidos al *Anvst*. (Era la prisión situada en el interior del campo, encima del horno crematorio y de la cámara de gas. Dependía directamente de la Gestapo. Millares de prisioneros habían sido sometidos a tortura en esta. Tan sólo el hijo del mariscal Badoglio y cinco o seis más habían logrado salir de ahí con vida). Volviéndose entonces hacia el delegado de la Cruz Roja, Miguel le preguntó si era el organismo de Ginebra el que le había encargado proteger a esos criminales. “No tengo por qué darle explicación alguna -replicó el otro-. Ustedes no constituyen una autoridad cualificada y pienso quejarme a los aliados, que les pedirán cuentas por mi detención arbitraria”. (Ya no hablaba de los demás). “Al *Anvst*”, ordenó simplemente Miguel.

Los compañeros, que hastiados e indignados habían asistido a aquella escena, se

lo llevaron, visiblemente satisfechos de haber acabado con aquel despreciable individuo, pero Miguel, dirigiéndose a alguno de sus lugartenientes, le indicó: “Ves allá y estés al tanto que no lo fusilen; mañana nos ocuparemos de ese pájaro”.

Al día siguiente, todo el mundo estaba al corriente de lo sucedido y reinaba gran indignación. Sin embargo, temiendo el Comité Internacional que fuera linchado aquel individuo y no queriendo que se suscitase una situación embarazosa, optaría por hacerlo poner en libertad.

Poco después, haríamos prisionero a otro personaje de cuidado: el *ex rapportfiihrer* del “campo ruso”, un hombre -y ruego me perdone la especie- de unos treinta años, de un físico imponente de 1,90 m de estatura y en cuya conciencia debían pesar varios centenares de víctimas. Nos ofreció un espectáculo repugnante, arrastrándose de rodillas a los pies de Miguel, agarrándose a sus piernas, pidiendo perdón, piedad...

Era ese desalmado quien, cada día, imperturbable y sonriente, examinaba detenidamente los centenares de cadáveres apilados entre los barracones de sus dominios y que gustaba de repetir al contemplar la delgadez esquelética de sus víctimas: “Zu faul zu fressen” (demasiado gandules, incluso para jalar). Era ese monstruo quien ahora pedía clemencia. Era el asesino sin entrañas, despiadado, de hacía menos de una semana, que se hallaba ahora de rodillas, con las manos juntas, con los ojos llenos de lágrimas, implorando misericordia.

De una patada, Miguel se deshizo de aquel tipo asqueroso asido a sus piernas. “¡Cerdo, cobarde -exclamó Miguel, profundamente asqueado y con una mirada llena de infinito desprecio-, hubieses debido aprender a morir! ¡Al Arrest!”.

Y las quejas y súplicas acabaron perdiéndose en la oscuridad de la noche.

Algunos presos alemanes de derecho común que habían matado, al igual que los SS, a centenares de desgraciados, fueron ejecutados. Entre otros, el jefe del barracón 13, el *oberkapo* del *Baukommando* y tres o cuatro compatriotas suyos.

Un teniente coronel polaco, que había organizado dos compañías de deportados polacos, vino a ponerse a las órdenes del comandante del AMI, que aceptó gustoso su colaboración. El jefe polaco se sintió orgulloso ante esta prueba de confianza e hizo entrega al comandante -como testimonio de admiración y respeto, precisó cldc una alta condecoración polaca que sus compatriotas habían

ocultado celosamente durante su cautiverio.

El 6 de mayo, al romper el alba, algunos responsables de la organización española fueron a inspeccionar nuestras posiciones a orillas del Danubio, punto neurálgico de la defensa del campo. Su vehículo fue ametrallado; uno de los ocupantes resultó muerto y otros cuatro heridos. Montero fue el único en salir ileso y su presencia en el pueblo, donde permanecería hasta el final de las operaciones, consolidaría el espíritu de resistencia de nuestro dispositivo. Valiente, infatigable, Montero estaba por todas partes dando instrucciones para el mejor emplazamiento de las armas automáticas que, de noche, habían sido colocadas cerca del puente en puntos demasiado al descubierto. Junto con Espi, el joven jefe del destacamento que había contenido los primeros ataques, se encontraba siempre en los lugares más estratégicos amenazados por el enemigo, dirigiendo el tiro y levantando, gracias a su prestigio y a su valentía, la moral y el entusiasmo de los combatientes.

Al llegar el día, se observó la presencia de fuertes concentraciones enemigas en el triángulo Enns-Sankt Valentin-Sankt Pantaleon, en la orilla derecha. Las identificamos como las antiguas guarniciones de Mauthausen y de Gusen, debido a que no disponían ni de artillería ni de tanques (afortunadamente para nosotros). Pero, no nos explicábamos su encarnizamiento en querer cruzar el río. Esos criminales eran demasiado cobardes para querer ir al encuentro de los rusos, con los que habían tenido la pretensión de medirse. Probablemente, lo que trataban era de ocultarse en sus familias que se hallaban a este lado del río.

El *Tntppen-Revier* (enfermería SS) fue transformado en hospital de campaña donde nuestros heridos eran objeto de esmerados cuidados por parte de los médicos y de los enfermeros asignados a esa honrosa labor.

La mañana iba llegando a su fin. Por todas las carreteras procedentes del este y del noroeste llegaban desertores de la Wehrmacht. Se iban rindiendo y se dejaban desarmar. Así fue como un pequeño destacamento avanzado hizo prisionera a toda una compañía. Al mediodía, más de 700 prisioneros alemanes se hallaban en nuestro poder, de entre los cuales muchos de ellos formaban parte de los contingentes de milicia y de las unidades del "Frente de trabajo", que trabajaban en las fortificaciones. Nos vimos obligados a ponerlos nuevamente en libertad o a dirigirlos hacia Linz, donde se hallaban los americanos. No podíamos permitirnos el lujo de alimentarlos.

Centenares de nuevos combatientes del AMI entraron en liza. Desgraciadamente nuestras tropas no disponían de muchas municiones y esto era lo que preocupaba en mayor grado al mando. Se cursaron órdenes para que las tropas de protección que rodeaban el campo no conservasen más que los efectivos estrictamente necesarios; el resto sería dirigido hacia nuestras posiciones del Danubio. A primeras horas de la tarde, el comandante Lavin, que había sido enviado a Linz con dos oficiales austríacos para establecer contacto con los aliados, regresó irritado e informó acerca de su misión. Un puesto de centinelas americanos les había detenido y desarmado, a pesar de sus explicaciones, negándose a molestar a su oficial, que estaba durmiendo. Fueron encerrados en una habitación y no pudieron hablar con los jefes hasta las 9 de la mañana. Los americanos no podían precisar a qué hora alcanzarían Mauthausen, pero tratarían de llegar lo más rápidamente posible y deseaban que el puente no sufriese daños.

Hacia las cuatro de la tarde, tras haber rechazado un nuevo ataque contra el puente y habiendo quedado la situación estabilizada, se procedió a una ampliación de los órganos de dirección del AMI, así como a la creación de comités nacionales donde todas las tendencias políticas estaban representadas. El Estado Mayor, bajo las órdenes del mayor soviético Pirogoff, fue reorganizado. Ahora figuraban en él el coronel austriaco Codre y otro oficial que no formaba parte del AMI. El comandante Miguel transmitió el mando supremo al coronel Codre.

Cada Estado Mayor nacional inició su reorganización y los aparatos militares iban a transformarse en unidades regulares nacionales, que englobando la casi totalidad de los hombres válidos, se convertirían en un pequeño ejército perfectamente encuadrado y disciplinado.

A las cinco de aquella misma tarde, nuevos destacamentos partieron para relevar a las fuerzas situadas en el pueblo y en las posiciones avanzadas. Estas últimas fueron citadas en el orden del día por haber rechazado durante 24 horas seguidas todos los asaltos de las tropas SS, en el transcurso de una noche sumamente crítica y a pesar de la falta de avituallamiento. También fueron citados algunos casos individuales, así como Suñer y otros mecánicos que habían dado el do de pecho en los garajes, reparando vehículos y trabajando sin desmayo para mantener en buen estado de funcionamiento los diferentes medios de transporte a disposición del mando.

A las 18 h 30 min, las avanzadillas americanas llegaron al campo y, poco

después, ocuparon la población de Mauthausen.

En dicho momento la situación era la siguiente: desesperada para el enemigo del otro lado del río, que se batía en retirada bajo la presión de los rusos al este y al sureste y de los aliados al oeste y al suroeste. Al norte, el Danubio y nuestras posiciones, que grupos alemanes atacaban aún con la vana esperanza de romper el cerco. Nuestra misión había llegado a su fin: las tropas americanas se hicieron cargo de la situación. A las 19 h, se dio orden general de repliegue a todas las fuerzas que se hallaban a orillas del Danubio, en las carreteras y en la población de Mauthausen. Luego, a todas las demás.

Los deportados entregaron sus armas a los americanos y se reintegraron al campo, que vibraba de entusiasmo y de júbilo.

El 7 de mayo, tuvimos la satisfacción inenarrable de asistir a los últimos combates. Frente a nosotros, en la llanura más allá del Danubio, un cuadrilátero de apenas unos kilómetros aún ocupado por los SS se iba reduciendo implacablemente. Ninguna escapatoria posible: a los verdugos no les quedaban más que dos alternativas, la de rendirse o la de morir. De cualquier forma, expiarían sus

crímenes. Los ejércitos soviéticos y americanos realizaron su función en el mismísimo campo de batalla. A los dos días, un soldado de caballería ruso, empuñando una metralleta, montaba guardia en el margen derecho del Danubio y otro tanto hacía un norteamericano en el margen izquierdo.

El cuerpo del comandante SS de Cusen, con la cabeza atravesada por una bala, fue llevado al campo. Se había suicidado, al igual que Bachmayer y algunos otros. Ziercis, comandante del conjunto de los campos de Mauthausen, sería capturado unos días más tarde. Cierta día, un oficial ruso al que había mandado que fusilasen le había dicho:

-¡Aprende a morir, cobarde, mañana será tu turno!

La profecía se había cumplido. Pero no se puede pedir a los asesinos que mueran como valientes.

Cuarta Parte

El imperio de Mauthausen

No cabría aquí relatar lo que fue la vida de los españoles enviados a los diferentes kommandos exteriores de Mauthausen. Tal extremo obligaría a escribir la historia, por ejemplo de Ebensee, que fue por sí solo un verdadero campo de concentración y que llevó en gran medida una vida autónoma debido a su alejamiento con respecto al campo central. El lector podrá hallar en este capítulo los relatos relacionados con Steyr y con Cusen, que le darán una idea de lo que fue la vida en esos kommandos exteriores.

Steyr, porque fue el primero de los kommandos de ese tipo, y en su origen, un kommando de españoles. Su historia es representativa de todos esos kommandos desperdigados por Austria, situados cerca de las fabricas que trabajaban para el armamento, con el fin de permitir la utilización de la mano de obra que proporcionaban los campos de concentración en la industria de guerra.

A decir verdad, Cusen no fue un kommando propiamente dicho. Era el duplicado de Mauthausen. El duplicado en negro. El espanto duplicado. Había que conservar el relato de su historia para el final, porque después de Cusen, nada más se puede añadir acerca de la vida en un campo de concentración que no la haga parecer casi placentera comparada con aquello. Sin embargo, también ahí los españoles se aferraron a la existencia. También así lograron resistir. Porque nada puede llegar a domeñar la resistencia moral de aquellos que saben luchar en pro de una causa justa.

A diferencia de los relatos sobre Mauthausen, éstos, en lo esencial, provienen de narraciones realizadas de forma colectiva. La que se refiere a Cusen es obra de Patricio Serrano, completada con remi-

niscencias de Santiago Raga y de Ricardo Rico. Al igual que José San:, eran hombres que apenas si habían cumplido veinte años cuando la guerra de España. Llegaron a Mauthausen en el invierno del / 940 i; a Gusen. casi inmediatamente después. Santiago Raga fue el único en regresar a Mauthausen unos meses más tarde. Y como lo podrá apreciar el lector, el regresar a Mauthausen era considerado en Gusen como el colmo de la suerte.

STEYR

Patricio Serrano

En la primavera de 1941, se constituyó un *kommando* para poner en condiciones las naves de una fabrica llamada Steyr-Werke, que se dedicaba a la fabricación de material de guerra. Estaba situada a unos 30 km de Mauthausen. Este primer *kommando* estuvo compuesto por 49 españoles y 1 rumano, Miron, de las Brigadas Internacionales. Además de algunos albañiles, había obreros dedicados al terraplenado.

El primer día, cuando llegó el momento de cruzar el Danubio a bordo de una chalana, Bachmayer nos amenazó con aplicarnos los castigos más severos si intentábamos evadirnos. Éramos el primer *kommando* en salir a trabajar fuera del campo de Mauthausen. Por aquel entonces, íbamos y veníamos cada día en camiones.

En diciembre de 1941, el *kommando* fue incrementado considerablemente y 400 españoles fueron enviados a Steyr bajo el mando del *Arbeitsdienstführer* Müller y de nueve *kapos* alemanes, presos de derecho común, para construir ahí el campo.

Los primeros meses fueron terribles, pues, además de la jornada de trabajo de diez horas, estábamos obligados a realizar varios viajes cargando piedras para construir un camino alrededor del campo. Los enfermos eran devueltos a Mauthausen. Fue en aquella época cuando empezamos a organizar el Partido Comunista español en Steyr: Castello, Sebastián, Lara, Arroyo, Cañete, Cruz, Chicote y yo. Más adelante, en 1944, Trujcra. Más tarde, se organizó un grupo de la CNT, dirigido por Pey y Eduardo. Nuestro camarada Lara se mantenía en contacto con ellos. Benito hizo otro tanto con un camarada austríaco que trabajaba en el campo.

A pesar de que resultase casi imposible ayudar a los enfermos en aquellos tiempos, conseguíamos salvar a algunos de nuestros compatriotas. Entre éstos, a Bargueño, Castillo, Balaguer, Aureliano, Sánchez y algunos más. Bargueño relata: “Partí para Mauthausen en julio de 1943. Al ser yo incapaz de seguir el ritmo de trabajo de los demás, me habían destinado al almacén de carbón. Cierta día, un enfermero alemán vino a ponernos unas inyecciones. Tan sólo sobrevivimos dos de los doce que éramos: Madriles y yo. Quedamos tumbados entre los muertos, sin decir ni palabra, aterrorizados. Hacia las tres de la tarde, nos metieron en una camioneta cerrada, a unos cuarenta prisioneros. Tan sólo diez de nosotros llegamos con vida a nuestro punto de destino. Los muertos fueron descargados ante el horno crematorio y a los vivos nos enviaron a las duchas. Por conducto de mi amigo Martín, pude avisar a los camaradas de que me trasladaban al “campo ruso”. Al día siguiente, fui puesto en contacto con la organización. He conseguido salir con vida de aquel infierno, pero soy el único superviviente de los diez”.

A medida que el campo iba cobrando importancia, los SS se vieron obligados a organizar un servicio de sanidad. Gracias al camarada enfermero español, Juan Termens, pudieron ser escamoteadas grandes cantidades de medicamentos a los

SS, lo que nos permitió cuidar a los prisioneros enfermos. Termens pudo incluso llevar a cabo una transfusión de sangre en la persona de José Balaguer que, de esta suerte, pudo salvar la vida.

Se pudo extender la solidaridad y los camaradas que trabajaban en la cocina de los SS se apañaron para “organizar” una marmita de sopa cada día, que era distribuida por Sebastián; González, Carretón, Arroyo y otros muchos contribuyeron a esa ayuda. Chozas, también, gracias a su puesto de asistente del *rapportführer*. Hay que reconocer que el último *rapportführer* era menos criminal que los demás. En efecto, cierto día sorprendió a Chozas mientras éste escuchaba una radio clandestina y se limitó a reprenderle y a amenazarle. Chozas podía incluso solicitarle algunos favores.

El grupo español de Steyr supo conservar su homogeneidad, no tan sólo organizando la solidaridad y la información política, sino también el sabotaje de la producción en la fábrica. Díaz cuenta cómo pudo evitar que nueve españoles fuesen castigados por falta de productividad c, incluso, hacer recaer las culpas sobre el *kapo*, preso de derecho común y torturador de los nuestros, que fue ahorcado por los SS. Posteriormente, volvimos a poner en práctica ese método para sacarnos de encima a los *kapos* más criminales, al propio tiempo que provocábamos interrupciones en el trabajo de la fábrica durante tres e, incluso, en cierta ocasión, durante cuatro días como consecuencia de sabotajes.

GUSEN

Patricio Serrano, Santiago Raga, Ricardo Rico

En el transcurso del mes de enero de 1941, corrió el rumor de que se iba a edificar otro campo en los alrededores de Mauthausen¹, que los inválidos serían enviados a éste y que, de cualquier forma, el régimen de vida sería menos inhumano allí que en Mauthausen. El campo se hallaba a 5 km de distancia. Esto era todo cuanto se sabía. Patricio y Santiago, así como muchos otros, deliberaron entre sí a este respecto y decidieron formar parte de los primeros convoyes, siempre y cuando fuese posible, y confiar en su buena estrella... El 24 de enero, fue enviado un primer destacamento; estaba constituido por los que parecían no ser aptos para trabajar en Mauthausen, debido a su mal estado de salud. Pero el misterio subsistía. Tan sólo se sabía que el campo se llamaba Gusen y que también estaba situado en el margen izquierdo del Danubio. Y nada más.

El 17 de febrero se debía formar un nuevo destacamento. Santiago y Patricio tomaron la decisión de hacerse incorporar a éste. Los camaradas Julián, Fidel y muchos otros optaron por unirse a ellos. Para comprobar su mal estado físico, el comandante les hacía desfilar ante él a paso de carga.

12) En realidad, el campo de Gusen existía ya desde hacía varios meses.

Una explanada de 400 metros y luego, a la izquierda, 32 barracones pintados de negro. La primera impresión resultaba verdaderamente siniestra. Cusen era el auténtico campo de exterminio, y ahora se comprendía el porqué el comandante de Mauthausen enviaba a ese matadero a aquellos que, según él, ya no servían para nada.

El campo bordeaba la carretera principal. Tal circunstancia no modificaba en nada el comportamiento de los SS. Y los niños que, cada mañana, se dirigían a la escuela eran a menudo testigos de sus crímenes. El camarada Santiago, que trabajó más adelante en la construcción del muro que rodearía el campo, no vio jamás a esos niños detenerse ni dar la sensación de ver estas escenas terroríficas, así como tampoco a los hombres electrocutados que aún no habían sido retirados de las alambradas de púas a las que estaban asidos. Los prisioneros fueron repartidos entre los jefes de barracones, todos ellos alemanes, presidiarios ya de muy antiguo. Empezaron a llover sobre nosotros los primeros estacazos. Santiago, Julián y Patricio fueron al barracón 19, uno de los más terribles del campo, cuyo jefe era un preso de derecho común, sádico por naturaleza. Nadie podía ausentarse del barracón si no le había pedido previamente la autorización.

Un catalán que había ido a visitar a otros presos del barracón de al lado sufrió a su regreso un correctivo que le dejó la cara y el pecho ensangrentados.

Desquiciándose aún más al ver correr la sangre, esc salvaje hizo hacinarse a la fuerza a unos 200 deportados en un extremo del barracón.

Estábamos todos llenos de aprensión, esperando a ver lo que iba a suceder al día siguiente. A las cinco de la mañana, todo el mundo se tuvo que levantar y precipitarse hacia los lavabos, con el torso desnudo, y regresar mojados para demostrar que se habían lavado. Seguidamente, se distribuyó un cubilete de sucedáneo de café. Luego, después de que se hubo pasado lista, los hombres fueron repartidos en grupos de trabajo.

Los primeros días, muchos de los nuestros creyeron salir del paso inscribiéndose para pasar un reconocimiento médico. Cuando los demás habían partido ya para

el trabajo, se les hizo recoger guijarros y formar con ellos montoncitos que, seguidamente, eran echados abajo. Si los montones no estaban bien hechos, todo el grupo era sometido a diversas vejaciones físicas, tal como el salto de la rana.

Los que morían durante la noche eran contados como siguiendo vivos cuando se procedía a pasar lista por la mañana, hasta que se les llevaba al horno crematorio. Esto hizo que llegásemos a decir que en Gusen hasta los muertos debían estar presentes cuando se pasaba lista.

Era un verdadero campo de exterminio.

Los prisioneros que se encontraban en el campo antes de nuestra llegada eran polacos casi todos ellos. Muchos habían sido eliminados por sus propios compatriotas. La razón de tal hecho era de carácter ideológico. Los polacos, que lo mangoneaban todo, habían sido personas ricas y encontraban natural el pegar o el matar a los pobres. Habían acabado por ocupar los puestos más importantes del campo de Gusen, desde la secretaría hasta los empleos más insignificantes, estando todo entre sus manos, excepción hecha de la dirección de los barracones, que seguían siendo privilegio de los prisioneros alemanes de derecho común. Por descontado, esos elementos polacos eran los enemigos más encarnizados de los combatientes de la República española.

En Gusen, al igual que en Mauthausen, el trabajo principal consistía en la explotación de la cantera. Situada ésta al norte del campo, en un macizo montañoso, se desprendía la roca con cartuchos de dinamita. Columnas de presos transportaban luego las piedras a cuestras. Los primeros españoles tuvieron que edificar un muro alrededor de las alambradas de púas que circundaban el campo. Se percataron entonces de que no se les trataría como a inválidos.

De hecho, la eliminación de vidas humanas en la cantera se iniciaba en cuanto se había pasado lista por la mañana. Nadie quería ir a ese *kommando* y el envío de los detenidos se llevaba a cabo a vergajazo limpio.

El camarada Santiago había conseguido colocarse de albañil en la construcción del muro y Julián trabajaba de fontanero. Fábregas había sido designado para trabajar en la carpintería; Barahona seguía trabajando en la cantera, igual que Rico, Gascón y muchos otros, y Patricio, tras haber formado parte durante cierto tiempo de la columna que transportaba piedras, consiguió por fin ser incorporado

a la cuadrilla de albañiles.

Hacia finales de 1941, Fábregas tuvo la oportunidad de hacer ingresar en el grupo de carpinteros a Patricio, pero éste cedió el sitio a Barahona, que era de salud muy delicada y trabajaba en la cantera. Así fue como pudo salvar la vida. Más tarde, cuando se estaba procediendo a la construcción de talleres, Barahona hizo cuanto estuvo en su mano para que Patricio fuese a parar a la carpintería, y esto fue lo que también salvo la vida a este último. Durante los años 1941-1942, los alemanes llevaron a cabo las más atroces y fulgurantes eliminaciones que pueda uno imaginarse. Fssas eliminaciones afectaban sobre todo a los españoles.

Se les llamaba “rojos” porque habían defendido a su patria de la invasión germano-italiana y del fascismo internacional.

Para mejor realizar esa labor de exterminio, los SS escogieron a los hombres que se hallaban en las peores condiciones físicas, tras haberlos hecho correr para comprobar el estado de sus fuerzas. Debido a ese método, se apodó al comandante de Cusen, que en realidad se llamaba Milesky, el “Gitano”, porque nos trataba a todos como si fuésemos ganado. En aquel momento, debía haber unos 10.000 deportados en el campo de Cusen.

Más de 3.000 hombres fueron apartados de esta manera, con el fin de ser eliminados; Patricio se salvó por los pelos, pero no pudo evitar que otros excelentes camaradas fuesen designados para ser inmolados. Sus vidas se vieron truncadas en un tiempo récord y en circunstancias espantosas.

Por aquel entonces, se instalaban, según se decía, duchas para el personal. Se habían colocado 80 grifos-duchas individuales en la parte alta de la estructura y, sin tapparlas por arriba ni por los lados, los SS empezaron a utilizar las duchas para llevar a cabo la matanza.

Un nuevo dispositivo para exterminar a los hombres había sido puesto en funcionamiento.

Los que habían sido apartados de nosotros fueron sometidos a las más horrendas torturas en los barracones 31 y 32, denominados barracones de los “inválidos”.

Su régimen alimentario fue reducido a la mitad, pues en la Alemania nazi, el que no trabajaba no tenía derecho a comer.

Al cabo de unos días, y a guisa de experimento, un grupo de cien hombres fue colocado bajo las duchas; se abrieron los grifos al máximo para que el agua circulase a plena presión, y ello a la intemperie y con un frío insoportable, puesto que aquello ocurría en el mes de diciembre. Los prisioneros se frotaban el cuerpo para tratar de reaccionar, y los testigos oculares, como Patricio, que estaba alojado en un barracón contiguo, se tiraban de los pelos con desesperación ante esa escena atroz. Los verdugos daban latigazos a derecha e izquierda y en esa acción llena de salvajismo, un *Oberschaführer*, apodado “Drácula”, se distinguía por su crueldad. Con las mangas remangadas, calzado con botas altas, esgrimía un mango de madera con el que golpeaba a aquellos seres que luchaban a brazo partido con la muerte, pero que acababan cayendo agonizantes y ya no podían levantarse. El canal de desagüe había quedado obstruido y el agua cubría sus cuerpos.

No se podría, y jamás se podrá imaginar, lo que allí se hacía con las personas. Nadie podrá comprender que hayan podido existir semejantes seres humanos; seres sin corazón y sin alma; y, sin embargo, existieron. Y fue con una impasibilidad, un goce y, finalmente, con un sadismo increíbles que fueron perpetrados esos crímenes.

Otro método empleado frecuentemente consistía en hundir la cabeza de las víctimas en un cubo lleno de agua o bien en los lavabos hasta que pereciesen; para realizar estas salvajadas los SS reclutaron hombres degenerados y cobardes para quienes lo único que contaba era el poder comer un plato más de rancho y congraciarse con los alemanes.

Debemos reconocer que también hubo algunos españoles que se vendieron a esta suerte.

No cabe la menor duda de que fue el desenvolvimiento de los acontecimientos debido a la guerra relámpago y a la ocupación de los países europeos, lo que incitó a los SS a llevar a cabo esa eliminación masiva.

Pero los presos eran demasiado numerosos y el sistema de las duchas pronto ya no dio abasto; se inventó entonces otro, quizá aún más cruel.

Todas las noches de aquel invierno, 150 hombres fueron dejados a la intemperie delante del barracón 32, desnudos y sin ninguna clase de alimento. El frío cumplía con su cometido y cada mañana se podían hallar entre 60 y 70 muertos.

Aquellos que habían sobrevivido, acababan pereciendo al día siguiente.

Nos resultaba imposible toda intervención debido a la presencia en esc barracón de un español llamado “Tomás” que se había convertido en verdugo de los nuestros. El peluquero de esc barracón, “El Maño”, era de la misma calaña.

Esos dos elementos fueron juzgados en Mauthausen después de la liberación de Cusen. Tomás respondió de sus crímenes y fue ejecutado.

Los barracones de los que acabamos de hablar estaban aislados del resto del campo y justo al lado de las alambradas de púas electrificadas; gran número de esos desgraciados, impulsados por la desesperación, se lanzaban contra ellas para electrocutarse. En tales casos, al día siguiente, el Estado Mayor de los SS tomaba fotografías que justificaban todos sus crímenes bajo la denominación de “suicidios”.

Habían transcurrido apenas algunos meses y ya se podían contar los muertos por millares.

Fue aproximadamente por estas fechas que el comandante del campo asesinó al responsable del hospital, que se había negado a suicidarse, pues éste, viejo antifascista austríaco, sabía demasiado acerca de los crímenes que tenían lugar en dicho hospital.

Los nazis se distraían haciendo la vida imposible a los prisioneros. Por la noche, se introducían en los barracones por las ventanas, blandiendo pistolas y látigos; nos hacían deshacer las camas, meternos debajo y hacemos subir y bajar cuantas veces se les antojaba. Acababan designando a un hombre al azar y le administraban veinticinco bastonazos en el trasero. Cuando se habían hartado de un barracón, pasaban al siguiente, hasta que, agotados por ese siniestro goce, se iban a dormir.

El propio comandante procedía a estas incursiones. Cierta noche, entró borracho en el campo, acompañado por su asistente y su peno. Fue a la cocina y, como no hallaba lo que el quería, hizo venir al cocinero (un preso alemán), le apaleó y lanzó sobre el su perro lobo, dejándolo en un estado lamentable.

Una vez finalizada esa perversa proeza, el “Gitano” (Milesky) y su asistente se dirigieron hacia el barracón de los inválidos y, como quien pide un bocadillo, exigieron el degüello de 100 prisioneros. Milesky intervino personalmente en

esa sangrienta matanza, utilizando sus pistolas contra los inválidos moribundos, hasta que su sádico goce hubo quedado satisfecho.

Ya no quedaban más que muy pocos inválidos en este barracón. Cierta día, cuando estaban todos ellos formados para pasar lista, se les comunicó que los que se encontrasen enfermos y no se sintieran en condiciones de acudir al trabajo podían salir de filas. Pero pocos fueron los que se atrevieron a hacerlo, pues había circulado el rumor entre los prisioneros de que había camiones fantasma que se llevaban a los inválidos hacia un destino desconocido. No fue hasta la liberación que nos enteramos de que existía realmente el “castillo de donde no se regresaba”, Harthcim, donde los inválidos eran gaseados colectivamente.

En esos convoyes partieron excelentes camaradas, como García Prisciliano, de Miercs (Asturias). A menudo estuvo entre la vida y la muerte como consecuencia de los golpes recibidos en la cantera y logró salir sano y salvo gracias a la ayuda de José y de Ricardo. Una noche, al encontrarse muy mal, hizo venir a Patricio a su lado y le dio a conocer algunos hechos de su pasado y sus ideas sobre el futuro. Patricio comunicó más adelante esos datos a José y a Ricardo, caso de que él también llegase a morir. Pero, por increíble que esto parezca. García sobrevivió; fue trasladado a otro campo. Se benefició de la ayuda de presos políticos alemanes y, después de la liberación, se le encontró en París en un hospital, aquejado de una gangrena de la que fallecería poco después.

Dijo que era uno de los poquísimos supervivientes de aquellos convoyes dirigidos al “castillo fantasma”.

También se cree que el camarada Gascón debió de morir allí.

Los alemanes trataban de justificar sus incontables crímenes y conservaban celosamente las cenizas de los muertos para enviarlas a las familias. Las colocaban en unas cajitas de forma cónica, inscribiendo el nombre del muerto sobre cada una de ellas, cuando resulta evidente que las cenizas debían estar mezcladas.

En el mes de febrero de 1942, Santiago, que trabajaba de albañil, tuvo la suerte de ser designado para integrarse al grupo que debía regresar a Mauthausen.

Los camaradas de Gusen sintieron la marcha de ese gran amigo, pero, por otra parte, se alegraron de ella, pues de esta manera podría informar a los demás españoles sobre la situación que imperaba en Gusen.

Los alemanes, en vista de la cantidad de piojos que proliferaban en el campo, decidieron proceder a una desinfección general, por medio de gas. Además, cada día había una inspección de los uniformes de los prisioneros y sus cuerpos eran afeitados cada mes; pero, bueno será decirlo, la paja con la que estaban hechos nuestros jergones no había sido cambiada desde la fundación de Gusen, tres años atrás.

El 19 de mayo de 1942, a las tres de la madrugada, nos hicieron levantar a todos, ir desnudos a la explanada donde se pasaba lista, y nos hacinaron en un extremo de ésta. Incluso los enfermos y los heridos tuvieron que salir del hospital.

Resulta difícil describir en pocas palabras lo que sucedió aquella noche del mes de mayo.

Hacía mucho frío y, apretujados los unos contra los otros, sosteníamos una lucha continua para no quedar en la parte exterior del grupo y hallar el calor que propiciaba el contacto con los cuerpos en el interior de aquel amasijo humano. Al hacerse de día, llegó el calor y la variación de la temperatura fue tan brutal que resultó insoportable para muchos. Bueno será añadir que durante aquella interminable espera los látigos de los SS y de los *kapos* no habían dejado ni un momento de acosarnos.

Por añadidura, tras haber pasado un día entero a pleno sol, las cabezas afeitadas de todos nosotros sufrieron insolaciones, lo que

degeneró en graves trastornos en el sistema cerebral de muchos prisioneros.

A las nueve de la noche, nos llevaron a las duchas y, con el cuerpo mojado, permanecimos aún largo rato en la explanada. Luego, cada uno regresó a su barracón.

Así pues, tras esa jornada, los nazis pudieron contabilizar, para su desinfección y satisfacción, más de 800 muertos. El 13 de junio de 1942, se llevó a cabo una nueva desinfección, pero esta se desarrolló en mejores condiciones que la primera debido a que el jefe del campo, veterano de Mauthausen, parecía tener mejores sentimientos. El primero de enero de 1943, se realizó una tercera desinfección. El campo estaba cubierto por la nieve. En esta ocasión, los nazis procedieron a nuevos experimentos: cerca de cien rusos fueron introducidos en el barracón 16 y se arrojaron dentro los gases. No hubo supervivientes. Los cuerpos fueron llevados directamente a los hornos crematorios.

GUSEN II

La llegada masiva de prisioneros en 1942 obligó a los SS a construir un nuevo campo al otro lado de la carretera. Fue ocupado principalmente por soviéticos y por italianos.

Cuando llegaron los primeros convoyes de españoles, se había construido un gigantesco molino de piedras, el Sota-Silo, que había costado un gran número de vidas. Los convoyes de soviéticos sirvieron para la realización de nuevas e importantes obras del lado izquierdo de la cantera.

Se practicaron galerías subterráneas y en éstas fueron instalados amplios talleres para la fábrica Stcyr. Esa fábrica producía fusiles y ametralladoras que se expedían posteriormente a la fábrica central de la ciudad de Stcyr. Tal circunstancia determinó la construcción de una vía férrea.

Todos los trabajos fueron realizados a ritmo acelerado. Los prisioneros trabajaban día y noche, incluso los domingos. Los hombres se agotaban rápidamente, debido a la falta de oxígeno en las galerías.

A finales de 1943, Milesky fue enviado al frente del Este y sustituido por Seiller, altanero, orgulloso, muy estricto con respeto a la disciplina. Por la menor infracción -por ejemplo, por llevar más ropa de la estipulada- era castigado uno con los veinticinco bastonazos reglamentarios.

Un domingo de agosto de 1944, se organizó una columna para el transporte de piedras. En uno de los extremos, los SS formaron círculo para golpear a discreción a los hombres cargados con esas pesadas piedras, cuando llegaban para depositarlas. Aquel día, una vez más, hubo numerosos muertos. Así fue como nos enteramos del éxito del segundo frente en Francia y de la liberación de París. Una nueva época de sufrimientos se inició entonces. Se construyó un paredón de ejecución para los fusilamientos en masa. También se erigió un nuevo patíbulo en el que se podía colgar a siete hombres a la vez.

Cuando ya no les quedaba más que unos pocos días de estancia a los SS, estudiaron un plan para el exterminio de la totalidad de los prisioneros. Supimos de lo que se trataba gracias a un *kommando-filirer* de la cocina de Cusen II, que comunicó a dos camaradas españoles que nuestros verdugos habían colocado toneles de dinamita en las galerías subterráneas. El comandante reunió una

noche a los SS para que diesen la alarma y propiciasen de esta manera el motivo para que los prisioneros del campo fuesen a refugiarse en esas galerías.

Afortunadamente, todos menos tres, rechazaron ese plan diabólico y el comandante se vio obligado a desecharlo.

José Sanz

Resultó muy difícil reconstituir nuestra organización en el campo de Cusen porque las condiciones de vida que allí imperaban eran verdaderamente espantosas. Pero precisamente, cuanto más difícil era esa tarea debido a la miseria y al hambre que nos atenazaba, tanto más indispensable resultaba para poder resistir a la desesperación, que obligaba a que nuestros cerebros siguiesen funcionando a pesar de las palizas, del miedo, de la debilidad.

Repetidas veces fui llevado a los barracones adonde se hacinaba a los deportados extenuados antes de acabar con ellos lo antes posible, con el fin de hacer sitio a los recién llegados. He trabajado en el *kommando* Soto-Silo, al que llamábamos “el Pozo”. Era uno de los *kommandos* más terribles de Cusen. Se trataba de construir un enorme molino para triturar las piedras extraídas de la cantera. El *kapo* era un canalla. Lo llamábamos “El Chulo”. En diferentes ocasiones, me amenazó con enviarme al horno crematorio, diciendo que era un gandul y un saboteador. Con toda seguridad hubiese perdido el pellejo de no haber sido porque la organización intervino a mi favor. Mis compatriotas trataron de ayudarme en todo lo posible, aun cuando también ellos fuesen víctimas de malos tratos. No pudieron sacarme de ese *kommando*, pero consiguieron refrenar la brutalidad del “Chulo”. Finalmente, logré ser trasladado a la enfermería, donde pude rehacerme un poco.

Otra vez, fui llevado al célebre barracón 32, donde iban a parar los deportados demasiado debilitados. El jefe de barracón era bajito y delgado y le llamábamos “Tirillas”. El jefe del *stube* donde me tocó ir se llamaba Wols. Era uno de los asesinos más sádicos de Gusen. Mataba de 8 a 10 detenidos cada día. Lo más terrible de todo eran las noches. Empezábamos por no disponer de sitio suficiente para tumbarnos. Pero una hora después, aproximadamente, Wols se presentaba con sus ayudantes e iba sacando sin hacer el menor caso a los deportados en los que habían reparado por ser los que parecían estar en peores condiciones. Los arrastraban hasta una cuba llena de agua y Wols les metía la cabeza dentro hasta ahogarlos.

A pesar de todo, la organización consiguió introducirse en ese barracón. De noche, aprovechando que las ventanas estaban siempre abiertas, un camarada traía alimento para mí y para los demás camaradas que compartían mi infortunio. En efecto, varios de nuestros camaradas habían conseguido ya ser admitidos en el *kommando* de la cocina.

También trabajé en un *kommando* al que denominábamos el “grupo de la muerte”. Se encontraba a 4 km de Gusen, en Sankt Georgen. Para ir a trabajar, nos llevaban en tren. Nos apiñaban a más de cien en un vagón de mercancías. Bastonazos para que subiésemos a éste y más bastonazos para que bajásemos. Y desde la estación hasta el lugar de trabajo, había una buena caminata. Cada día muchos compañeros se desplomaban para no volver a levantarse ya más. El trabajo consistía en horadar túneles para la fábrica de aviones de caza Messerschmidt.

Cuando llegué, el *kapo* español, Asturias, al que los alemanes apodaban “Napoleón”, me propuso secundarle en la sala que dirigía él. Me negué a ello y aquel camarada empezó a insultarme.

Trabajé entonces en el equipo que se encargaba de hacer la instalación eléctrica de los aviones. Pronto fui el responsable del equipo y pude desplazarme para charlar con los camaradas. Pero no tardaron mucho las cosas en ponerse mal, debido a que alguien me había denunciado a los SS. A partir de aquel momento, no me quitaron ojo. Dado que en ese *kommando* habían saboteado la parte del avión prevista para la instalación de bombas, estaba con el alma en un hilo. Afortunadamente, el experto dijo que la culpa la tenía el material, que era defectuoso. Jamás logramos saber si ese civil alemán era de los nuestros, pero hubiésemos jurado que era antinazi. De cualquier manera, las cosas se presentaron mal para mí y la organización me hizo permanecer un día en el campo, haciéndome pasar por enfermo, con el fin de que pudiese cambiar de *kommando*.

Quiero hacer constar aquí el comportamiento ejemplar de los camaradas Rico, Belmonte y Serrano quienes, después de su trabajo, iban a visitar a aquellos de nuestros compatriotas que se hallaban en mal estado de salud para aportarles la solidaridad.

Puntos de referencia cronológicos de la historia del campo de Mauthausen

Principios de 1938. Inmediatamente después de la incorporación de Austria a Alemania (13 de marzo), el campo de Dachau destaca un *kommando* de trabajo a la cantera de Wienergraban. cuya propiedad acaba de ser transferida de la ciudad de Viena -ahí es donde se habían elaborado gran parte de los adoquines que cubren las calles de la capital- a la administración central de las SS.

Verano de 1938. Himmler da la orden de edificar un nuevo campo de concentración sobre la colina que domina la cantera. 8 de octubre de 1941. Inicio de la construcción del *Bunker*, prisión del campo.

5 de febrero de 1942. Inicio de la construcción de la *Kommandantur*.

30 de abril de 1942. Orden del SS *Obergruppenführer* Polh en la que se advertía de que *el centro de pravedad se ha desplazado ahora hacia el factor económico. De dicha constatación se inspiran importantes medidas que exigen un paso progresivo de los K.Z. de su antigua estructura puramente política a una organización adaptada a /as estructuras económicas...*

Primavera de 1943. El secretario del campo, Josef Lcitzinger (un preso de derecho común) es liquidado por los SS. A partir de ese momento, serán los presos políticos quienes dirigirán la secretaría. El primer secretario (*Lagerschreiber I*) es el checo Kart Pany, el segundo es el austríaco Hans Marselek, el tercero, el español Juan de Diego.

Noche del 2 al 3 de febrero de 1945. Rebelión del barracón 20.

5 de marzo de 1945. Llegada del convoy de evacuación de las mujeres de Ravensbrück.

22 al 28 de abril de 1945. Evacuación de los franceses del campo por medio de la Cruz Roja.

7 de mayo de 1945. Liberación definitiva del campo.

*Construcción del campo
de Mauthausen*



Torre de vigilancia del campo central de Mauthausen. Foto: SS





Construcción de edificios en la zona exterior del campo central de Mauthausen, destinada a la tropa de las SS. Foto: SS

Gusen



Edificio de entrada al campo de Gusen. *Foto: SS*



Edificios de obra situados en el exterior del campo de prisioneros, que servían de alojamiento de los oficiales de las SS destinados a Gusen. *Foto: SS*



Obras de construcción y empedrado de la plaza central del campo de Gusen.

Foto: SS

Oficiales



Suboficial de las SS delante de un edificio de oficinas del campo de Gusen.

Foto: SS



Heinrich Himmler con su comitiva durante una visita de inspección en el campo de Mauthausen. *Foto: SS*



Oficiales del campo de Gusen ante la formación de un convoy de prisioneros rusos recién llegados. El segundo por la izquierda parece que es Karl Schulz, jefe de la *Politische Abteilung* (oficina política controlada por la Gestapo). Octubre de 1941. *Foto: SS*



Grupo de *Blocksführer* de las SS (responsables de los barracones de prisioneros del campo central de Mauthausen). *Foto: SS*



Franz Ziereis, comandante jefe de Mauthausen y todos sus anexos. Detrás de él pueden verse las dos torres de la puerta de entrada al campo de prisioneros. *Foto: SS*



Heinrich Himmler, jefe supremo de las SS, durante una de sus visitas al campo de Mauthausen, en el comando de trabajo en la cantera. *Foto: SS*

196



A la izquierda de la imagen, George Bachmayer, *Obersturmführer*, capitán del campo central de Mauthausen. *Foto: SS*



El oficial médico de las SS, el doctor Krebsbach, responsable de la muerte de muchos de los deportados en Mauthausen y Gusen.

Foto: SS

Cantera



Vista de la cantera de Mauthausen. *Foto: SS*

Cantera de Mauthausen. En primer término, se pueden observar la barracas de los picapedreros. *Foto: SS*



Deportados



Jóvenes ucranianos, destinados al oficio de picapedreros, son obligados a realizar ejercicios de gimnasia, completamente desnudos, delante de uno de los barracones del campo de prisioneros. *Foto: SS*



Detenidos ejecutados en "intentos de evasión". Foto: SS

Resistencia

Miembros del Aparato Militar Internacional (AMI) en estado de alerta antes de la llegada de las tropas aliadas. 4-7 de mayo de 1945. *Foto: Frúncese Boix*



Grupo de republicanos armados. De izquierda a derecha: Miguel García, Manuel San Martín, Jesús Tello, Jesús Grau y Rafael Sivera. 4-7 de mayo de 1945. *Foto: Fmncesc Boix*



Fernando Fernández Lavín, miembro del AMI, organización resistente que clandestinamente fue creada en el año 1944 en el campo de Mauthausen. 4-7 de mayo de 1945.

Foto: Fmncesc Boix

Liberación



Escenas del interrogatorio al cual fue sometido el comandante jefe de Mauthausen, después de ser capturado el 23 de mayo de 1945, cuando intentaba huir. 23-25 de mayo de 1945. *Foto: Francesc Boix*



Grupo de supervivientes trasladados en camiones a Linz, donde les esperaban los aviones que los llevarían a sus países de destino. Mayo de 1945. *Foto: Frúncese Boix.*



Francesc Boix i Campo. Nacido en Barcelona, fotógrafo. Llegó a Mauthausen el 27 de enero de 1941, desde el *stalag*XI-B (Fallingsbottel). 4-7 de mayo de 1945.



Fotógrafo: desconocido

Mariano Constante manipulando un aparato de radio. Su matrícula era la 4584; llegó a Mauthausen el 7 de abril de 1941 procedente del Stalag XVII-A (Kaisersteinbruck). 4-7 de mayo de 1945. Foto: *Frúncese Boix*



Grupos de supervivientes en la *Appellplatz*, esperando dentro del campo de

Mauthausen la llegada de los soldados norteamericanos. 5-7 de mayo de 1945-
Foto: Francesc Boix